

MARIAN ARPA

S. F. TALE

A grey silhouette of a man in a top hat, holding a cane, standing in the center of the cover. The background is a light pink with faint, larger-scale floral patterns. The entire cover is framed by a decorative border of red and white floral swirls.

Las
IMPERTINENCIAS
calientes de lord
TRANSILGATE

WHARRINGTON
PALACE

Selecta



Las impertinencia calientes
de lord Transilgate

SERIE

Wharrington Palace 3

Marian Arpa y S.F. Tale

Selecta

Heather, en el lenguaje de las flores,
significa «Suerte, protección y fortuna».

Esta novela va dedicada a Ángeles, a Manuela, a Beatriz y a Ramiro, que nos apoyan en nuestras locuras en todo momento. Os queremos, a pesar de que penséis que estamos como cabras.

Prólogo

Cementerio de Londres

A lo lejos, los graznidos de los cuervos rompían el solemne silencio que cubría el camposanto, donde un numeroso grupo, de negro, daban el último adiós a una mujer. Mas, si alguien miraba bien la escena, vería a un joven hierático, cabizbajo que aceptaba las condolencias que le ofrecían antes de marcharse, pues el féretro ya estaba enterrado. Se podía observar que estaba roto ya que, por momentos, sus hombros temblaban bajo la chaqueta hecha a medida.

Estaba tan sumido en su mundo que no se percató de cuándo la última persona dejó el cementerio.

—Hijo. —El vicario Pancras Peregrine se acercó a él y le rodeó los hombros con un brazo—. Vamos a la vicaría —le ofreció.

Él negó con la cabeza.

—Quiero quedarme un momento a solas con ella —le pidió.

—Está bien, te espero en la vicaría.

El muchacho asintió y esperó a que las pisadas de aquel buen hombre se alejaran. Durante unos instantes, miró por encima del hombro. Al quedarse con la única compañía de los muertos, soltó un quejido, las fuerzas le fallaron y cayó de rodillas ante el túmulo de tierra, sin importarle que el pantalón se le ensuciase.

—Te prometo que tu muerte no quedará así. —Cogió aire por la boca—. Te prometo que lo pagará. —Tomó, con una mano, un puñado de tierra y soltó todo el odio que le corría por las venas, que era más fuerte que el dolor de la pérdida—. Juro que me vengaré, Transilgate.

Capítulo 1

Cinco años después

La nieve caía con cadencia sobre Londres, congelaba cada adoquín y esquina, y convertía a las farolas en espectros que soltaban su aliento, lo que originaba la neblina, que lo cubría todo. Aun así, cuando la portezuela del carruaje se abrió y lady Heather Clover bajó con la ayuda del lacayo, nada —ni la niebla ni la nieve— le impidió observar, con una sonrisa melancólica, la fachada de aquel majestuoso hotel.

El Wharrington Palace se alzaba delante de ella impertérrito. Con sus miles de ojos, formados por las ventanas, contemplaba tanto la ciudad como a los transeúntes en su ir y venir constante, a la espera de que alguno levantase la vista y reparase en él, o que aceptase su invitación muda a traspasar sus límites. Mas sus esquinas quedaban ocultas tras el muro de niebla gris, lo que dificultaba abarcarlo en todas sus dimensiones. A medida que los copos caían sobre su bonito sombrero negro, su mente voló a la primera vez que había ido al Wharrington.

En aquella ocasión, era una niña de diez años y el hotel se hallaba a las afueras de la ciudad. Recordó como no había despegado la nariz de la ventanilla del carruaje. La entrada de piedra flanqueada por dos arqueros daba paso a un camino empedrado, a cuyos lados había grandes árboles que no permitían ver el jardín o la explanada de hierba bien cortada, frente a la cual se erigía la formidable mansión con dos altas torres, señal de su antigüedad, y con un impresionante pórtico de cuatro columnas imposibles de abarcar con los brazos. Se acordaba, nítidamente y de un modo vívido, de los pasillos infinitos donde saltaba a la comba, aunque por aquel entonces no sabía lo que sucedía en el hotel pues, por las noches, cuando su institutriz dormía, ella se escabullía de la cama para mirar por la ventana.

Una noche cálida de verano, había visto a hombres y mujeres desnudos correr los unos detrás de los otros por el enorme laberinto iluminado por antorchas de pie. A pesar de ser una niña, quería vivir con todas sus fuerzas aquellas aventuras y la libertad que les proporcionaba a aquellas personas el Wharrington.

—¡Noticia, noticia! Los terribles asesinatos del East End no están resueltos. La policía no encuentra nuevas pistas sobre Jack el Destripador. ¿Dónde está? —El noticiero vespertino la

devolvió a la realidad, y miró con ojos abiertos al niño que contaba el titular de la prensa—. ¿Quiere uno, milady? —le ofreció el muchacho.

Ella levantó un brazo y negó con la cabeza cuando, de pronto, se vio empujada por una levita negra. Al reparar en ella, se fijó en que debía ser un cura o un canónigo que traspasaba la puerta de entrada del hotel, que era la misma que había en aquella mansión o una réplica de ella, que durante las últimas semanas no había podido quitarse de la cabeza. Aunque también había estado alojada en ese edificio que tenía enfrente, tras su inauguración en ese mismo barrio, Belgravia. Aquel cambio la había molestado, pues sus ansias de vivir lo que la gente experimentaba en la mansión se esfumaron.

—Buenas tardes, milady, ¿es la primera vez que se aloja en el Wharrington? —le inquirió el botones que había apostado en la entrada.

Heather se tomó su tiempo antes de responderle, volviendo a contemplar el edificio al que hacía décadas que no había regresado.

—No, no es mi primera vez en el hotel —confesó con voz queda.

—Entonces ¿lo ve distinto?

—Para nada, está tal cual como lo recordaba —asintió en dirección del joven.

—Lady...

El botones dejó la frase sin terminar para que Heather se identificase.

—Lady Clover.

—Bienvenida, de nuevo, al Wharrington Palace, lady Clover.

Capítulo 2

El carruaje de lord Cornelius Transilgate se detuvo ante las puertas del hotel, y bajó de un salto. El viaje desde Edimburgo, donde era dueño de una destilería de whisky, le había resultado tedioso: el tiempo no había acompañado, y la lluvia había estado presente durante todo el camino, cuando no se convertía en nieve. Suerte que había parado en varias posadas, donde había podido dar rienda suelta a su pícaro humor y pasar las noches acompañado de criadas, a las que les gustaba que, mientras jugaban entre las sábanas, él les dijera cochinadas.

Aún tenía muy fresca en la memoria la última noche. Lily, la camarera, después de dejar que le sobara el culo mientras le servía la cena, y que le guiñara los ojos al ponerse en la boca un pedazo de pollo al que chupeteaba con la lengua obscenamente, como si le estuviera advirtiendo de lo que podía hacer en su cuerpo, había subido a su dormitorio con una botella de whisky y el escote muy bajo, para que él cumpliera con lo que sus ojos habían prometido.

Se tomaron un vaso de aquel licor que sabía a rayos. Él estaba acostumbrado al suyo, que era de calidad, pero no le hizo ascos porque ella se le arrimaba coqueta, dejando que viera sus voluptuosos pechos, y las manos femeninas le iban dando toques excitándolo: tan pronto como las tenía en el brazo, subían hasta su cuello y bajaban por su pecho hasta llegar un poco más abajo del ombligo.

—Puedes llegar hasta el boniato, preciosa. Está deseoso de sentir tus dedos acariciantes —dijo refiriéndose a su miembro viril.

Ella no se lo hizo repetir, y su mano se coló bajo sus pantalones hasta acariciarlo.

—Eso parece, más bien, una calabaza —habló ella palpándolo.

Él le tomó el vaso de entre los dedos y dejó los dos sobre la repisa de la chimenea que tenía al lado; envolviéndola entre sus brazos, la besó con glotonería. Su lengua se recreó en la complaciente boca y, cuando se apartó, le mordisqueó el cuello y le susurró al oído:

—Si tu almeja tiene ese sabor, me la voy a comer entera. —Sus manos fueron a los hombros

del vestido, y se lo bajó hasta la cintura—. ¡Vaya melocotones apetitosos! —Sus ojos marrones se deleitaron con lo que veía—. Y estas puntas de lanza... —Se pasó la lengua por los labios, con anticipación, al acariciar los pechos y notar los pezones, que se disparaban hacia él—. Me las tragaré con gusto.

Lily le sacó la camisa de los pantalones y tiró hacia arriba, metió sus manos por debajo y las pasó por su peludo pecho.

—Eres duro por todas partes, como a mí me gusta. —Ella notó que él se excitaba hablando y le siguió la corriente—. Me pregunto si esa calabaza no se convertirá en calabacín demasiado pronto.

Era una provocación que a él le encantó, y se carcajeó.

—No, encanto, se mantendrá dura y lustrosa toda la noche para ti.

—Todos los lores presumen, pero luego se arrugan como pasas —soltó ella, que puso su boca caliente en el pezón de él y lo lamió con la punta de la lengua.

Transilgate la cogió por las caderas y la pegó a su cuerpo, se restregó contra ella al mismo tiempo que le amasaba las nalgas.

—Verás cómo este lord te va a dejar escocida. Por la mañana, parecerá que te has pasado la noche sobre un caballo.

—Eso habrá que verlo.

Lily lo miraba sin abandonar el pezón, duro como un guisante verde.

Que ella lo desafiase lo ponía muy cachondo. Con destreza, la despojó de sus ropas y se desnudó; la cogió por la cintura y, elevándola a su altura, le chupó un pecho como si se estuviese comiendo una fruta madura de verano. Caminó hasta la cama y cayó de espaldas, con el cuerpo de ella sobre el suyo.

—Ahora estás donde quieres, conviérteme en una pasa.

Era su momento de provocarla.

Ella empleó su boca a fondo, recorriéndolo de arriba abajo.

—Vaya, detrás de la calabaza, escondes dos mejillones con mucho pelo. Esos son los más sabrosos.

Transilgate nunca se había encontrado con una mujer que le siguiera la corriente, que le hablara con groserías mientras jugaban entre las sábanas, y notaba que esta disfrutaba tanto como él. Ese pensamiento lo distrajo durante un segundo, que fue lo que ella tardó en mordisquearle un mejillón.

—¡Ah! —exclamó sintiendo como si las paredes se ondularan a su alrededor. Lily le estaba dando tanto gozo que, si no tomaba las riendas, explotaría muy pronto. Incorporándose, la cogió por debajo de los brazos y rodó para quedar encima de ella—. Ahora es mi turno de probar el higo que tienes entre las piernas.

—No es eso lo que tengo ahí, es una serpiente que te va a engullir entero.

Con aquellas palabras, Lily se colgó de su cuello y lo besó introduciendo la lengua en su boca.

Enroscó las piernas en torno a su cintura, pegándose a ella como si fuera a cumplir lo que le acababa de decir.

Con movimientos certeros, ella se restregaba contra él mostrándole la humedad de su cuerpo y, contorsionándose debajo de él, se empaló con su falo engrosado y palpitante, y lo apretó con sus carnes internas, lo que lo hizo jadear de placer.

—Tienes razón, querida. Ahí no hay ningún higo, eres una loba feroz.

—¿Lo dudabas?

Ella le sonrió con satisfacción, lo que él aprovechó para salir de ella, darle la vuelta y poseerla como si lo fuera.

Había pasado una noche fantástica con aquella mujer. Parado delante del hotel, Cornelius se preguntaba si en el Wharrington Palace habría criadas tan complacientes como aquella. Ciertamente, las otras veces que había estado, allí no se había encontrado con ninguna. Una lástima. Aunque algunas huéspedes, en las fiestas del hotel, se desinhibían con descaro y demasiada sensualidad para seducir a todos los caballeros que quisieran.

Él disfrutaba viendo a mujeres de alta alcurnia como verdaderas damas sexuales, dominadoras de los placeres masculinos, sometiendo los instintos más bajos. ¿Se podría dar el caso al estar tan cerca la fiesta de Navidad del Wharrington Palace? ¿Habría alguna que terminara en orgía?

El portero ya lo conocía.

—Lord Transilgate, bienvenido.

—Gracias —dijo sin pararse, camino de la recepción.

En cuanto llegó ante el mostrador, un hombre muy repeinado, con la raya en el centro, que parecía que se había embadurnado la cabeza con aceites para tenerla más lustrosa y que ningún pelo se le saliera del sitio, esperaba, tieso como una tabla, a que él le dijera quién era. ¿Cómo hacía Wharrington para rodearse de tipos que parecían que se habían puesto un corcho en el culo y no podían soltarlo?

Su negocio de destilación de whisky le había granjeado muchos clientes en Londres, y viajaba a menudo y los visitaba. Sin embargo, hacía tiempo que no se alojaba en ese hotel.

—Soy Cornelius Transilgate.

Por el vestíbulo pasaban Lucas y Pansy, Calpurnia, Jacquetta y lady Susan. Todas escucharon la voz profunda de aquel hombre, y Calpurnia, con el rostro sorprendido, se giró hacia él. Lo conocía desde que su difunto esposo hacía negocios con el padre de Transilgate.

Pansy no podía creer lo que estaba escuchando, era el nombre que ella usaba cuando se disfrazaba de varón. Los ojos iban a salirsele de las órbitas, y su boca no podía estar más abierta. Quedó anonadada cuando vio que su tía se acercaba a ese hombre y le hablaba con una sonrisa.

—Caramba, Cornelius, ¡qué casualidad! —Al escucharla, él se giró y le sonrió como un

demonio. Al besarle la mano, le hizo cosquillas sugerentes en la palma—. No seas picarón, conmigo estas argucias no te van a funcionar.

—Me gustas porque me conoces, querida. ¿No vas a presentarme a tus amistades?

Cornelius habló mirando con fijeza a Pansy; las demás no le importaban en absoluto, y los hombres menos. Uno de ellos se había quedado con otras personas.

Ella le presentó a su sobrina Pansy y a sus amigas, que la acompañaban. El recién llegado se quedó mirando al perro que iba en brazos de Calpurnia, un *yorkshire* de ojos vivarachos y orejas tiesas.

—Esta es miss Rexlion. Ve con cuidado con ella, le gustan mucho las entrepiernas masculinas —terminó susurrándole, y ambos rieron.

Capítulo 3

El valet de Cornelius, Pots —un hombre maduro, enérgico, rápido, que parecía que las hormigas le comían los pies—, estaba guardando las ropas de su señor cuando este entró en el dormitorio.

—¿Querrá bañarse, milord?

—Sí, venimos llenos de polvo del camino y el hotel está lleno de bellezas. No puedo presentarme así ante estas damiselas.

Mientras esperaba que Pots llegara con los sirvientes del hotel, cargando el agua caliente, él se sacó la levita y se desabrochó la camisa; se quitó los zapatos y, descalzo, fue a mirar por la ventana. A esa hora del día y desde el tercer piso, donde estaba, podía ver el ir y venir de las damas que salían a pasear o de compras. Los jardines bien cuidados estaban repletos de los coloridos vestidos que ellas lucían.

Una que caminaba sola entre los diferentes parterres de flores le llamó la atención. Con una sonrisa cínica, pensó que esa estadía en el Wharrington podía ser muy satisfactoria.

—Señor, el agua está lista.

La voz de Pots lo sacó de sus cavilaciones. Se terminó de desnudar y se puso en el agua. Al hacerlo vio que el sudor bañaba el rostro del criado y que llevaba la coleta con la que se sujetaba el cabello blanco torcida.

—¿Cuándo vas a decidirte a cortarte el cabello? Parece que llevas un hurón viejo y medio muerto en la cabeza.

Pots estaba acostumbrado a que se metiera con su pelo, y hasta le hacía gracia con lo que lo comparaba.

—Nunca se me ocurriría privarlo del placer de meterse conmigo por eso.

Ocultó una sonrisa. Trabajaba con ese hombre desde hacía años, y siempre encontraba algo criticable en su persona.

—Ya me burlaría de alguna otra cosa. No debes preocuparte por eso. —Lo miró inclinando la cabeza y entrecerrando un ojo—. ¿Acaso a las mujeres les gusta?

—No lo sabe usted bien. Unas lo usan para agarrarse cuando..., ya me entiende, y a otras les

agrada sentir su caricia entre las piernas.

—¡Viejo pillastre! —exclamó Cornelius soltando una carcajada.

Solo con imaginárselo, su miembro viril dio una sacudida, pensando en unos muslos lechosos abiertos ante él. Entonces recordó a aquella que paseaba sola por el jardín. Le vinieron a la cabeza unas imágenes muy tórridas, y se apresuró a lavarse, a ver si tenía suerte y la encontraba; era una pena que no estuviese acompañada.

Todo acicalado, Cornelius bajó silbando por las escaleras. Al salir fuera, miró alrededor y vio que había muy pocos caballeros; supo que los muy tontos se quedaban jugando, haciendo negocios, o fumando en el salón destinado a ello. Mejor para él, más damiselas que escoger.

Empezó a caminar entre las damas y las saludaba con un movimiento de cabeza. Vio a una que lo miraba con interés y le guiñó un ojo. A la mujer se le subieron los colores a las mejillas y le dio la espalda. «Una mojigata —pensó—. Pobre del que esté casado con ella, seguro que hacen el amor a oscuras y con el camisón puesto».

Recordó que, no hacía mucho, un joven de su negocio se había casado, y su padre lo había llevado a un burdel para que supiera qué hacer en su noche de bodas, ya que el muchacho no se había estrenado. El hombre le había dicho: «Tienes que meterla donde encuentres pelo», y resultó que el muy zoquete se la había puesto en el sobaco. Suerte había tenido con que la ramera había visto lo que ocurría y lo había instruido. Aun así, él muy memo se lo había contado a sus compañeros y había sido motivo de burlas durante semanas. A él se le dibujaba una sonrisa en los labios cuando recordaba aquello.

Paseando llegó al invernadero, y la tentación de entrar fue más fuerte que él; sabía que era el lugar idóneo para robar algunos besos, y algo más. Con su presencia haría que a más de uno se le arrugara el soldadito.

Entró como si estuviera admirando la gran variedad de flores y plantas exóticas que crecían entre aquellas paredes de cristal. Su ojo experto vio que se movía una gran palmera y, como si no se hubiese dado cuenta, se dirigió hacia allí. Antes de que llegara, escuchó unos murmullos y, de repente, salieron, de detrás, una mujer que se estaba recolocando la parte de arriba del vestido y un hombre que se ponía bien los pantalones.

—Ay, perdón —habló sin sentirlo en absoluto—. No sabía que hubiese nadie por aquí, está todo tan silencioso.

Mentira, se escuchaban movimientos y ruidos sofocados.

La pareja no dijo nada y desaparecieron de su vista como si se les quemaran las partes bajas; a esas alturas, lo dudaba, sus caras mostraban que se habían quedado helados.

Siguió su vuelta y oyó un gemido ahogado que venía desde detrás de una gran planta de hojas verdes. Se acercó silencioso y, cuando estaba justo encima, soltó un gran y ruidoso estornudo fingido. La reacción de esos dos fue mucho peor que la de los primeros. Ella gritó por el susto y empujó al hombre, quien cayó de culo en un cactus, se alzó como una flecha y empezó a correr con las manos en las nalgas; la mujer se quedó mirando, horrorizada, como su pareja la dejaba

sola en aquella situación.

Cornelius estaba a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo al ver el apuro de la muchacha y le tendió una mano para ayudarla a levantarse del suelo, donde se hallaba.

—¿Quién es usted? —preguntó de malas maneras, sin aceptar aquella mano.

Se puso en pie con trabajo, de espaldas a él, ofreciéndole una fantástica visión de la forma de su culito debajo de las faldas.

—Cornelius Transilgate, para servirla.

—Pues muy bien que me ha servido, señor. Lo tenía a punto para que me pidiera matrimonio. ¡Vaya fiasco!

Ante aquella respuesta, él pensó que le había hecho un favor a la moza.

—¿De veras quiere estar casada con un tipo que la deja así delante de un extraño? —Él hizo un gesto con la mano, señalando el lugar donde había estado recostada—. Creo que la he librado de unos esponsales espantosos.

—¡Qué sabrá usted! —exclamó ella.

—Tiene razón, no sé nada. Solo digo que un hombre como Dios manda no deja a la mujer que ama por cuatro espigas en el culo —habló con una ceja alzada, pudo ver la mirada furiosa y calculadora de ella—. Pero, por lo que veo, no se trataba de un matrimonio por amor. ¿Qué pasa? ¿Su padre está arruinado y se ha propuesto cazar a alguien con la bolsa llena? —La miró con reproche—. Mejor me voy antes de que llegue la persona que debía encontrarlos en posición comprometida, y quieran cargarme el muerto a mí. Que pase un buen día.

Cornelius había visto, por el rabillo de sus ojos, que varias parejas se escabullían ante los gritos de aquella mujer. Caramba, se les había estropeado la diversión; sin embargo, se alegraba de haber librado a un hombre de caer bajo la trampa que le habían tendido.

Ya fuera de allí, se fue un rato a la sala de juegos y echó unas manos a los naipes mientras se tomaba un whisky. El viejete que tenía al lado estaba perdiendo una buena suma de dinero, lo que parecía ponerlo nervioso. A tal punto que, de repente, barrió la mesa con la mano, lanzando cartas y vasos por los aires, con la mala fortuna de que el licor que Cornelius estaba bebiendo le cayó sobre la entrepierna y lo manchó.

No sabía si era debido a su empresa, a la cata del whisky, o a qué, pero tenía un olfato muy desarrollado, y no soportaba ciertos olores. Además, las gotas habían salpicado, también, su levita, así que se levantó para irse a cambiar, no podía presentarse en el comedor con aquella facha.

Estaba esperando el ascensor cuando una joven se situó a su lado.

—¡Qué pestilencia! —señaló la chica arrugando la nariz—. ¿Está seguro de que encontrará su habitación?

Él sonrió, lo estaba tratando de borracho.

—Quizás, debería acompañarme para que no me pierda.

Trató de engatusarla.

—Por mí, como si recorre el hotel de rodillas, buscando su dormitorio, no cuente conmigo.

El cubículo paró ante ellos y el encargado abrió las puertas. Cornelius le cedió el pasó a la mujer, y se situó a su lado. El hombre, que les preguntó el piso al que iban, lo miró de arriba abajo, y él le guiñó un ojo, lo que hizo que les diera la espalda para que no lo vieran sonreír.

—Mujer sin compasión, yo, con mi capullito de alelí chorreando whisky por mis joyas, y no le doy ninguna pena.

Él se inclinó para hablarle y olfateó el suave perfume de ella.

—Será cochino... Sujétese mejor los huevos dorados, no vaya a ser que se le caigan al suelo. Y aléjese un poco, que huele que apesta.

Heather le hizo un gesto con la mano para que se moviera hacia el otro lado del cubículo.

—Será mejor que no me mueva demasiado —dijo él mientras una sonrisa le bailaba en los ojos—. No vaya a ser que haga una tortilla... dorada.

La mujer dio un paso adelante, alejándose de él, y se puso tiesa como una vara. Era evidente que con sus comentarios la había enojado, y estaba preciosa, incluso enfadada. ¿Quién sería? De pronto, le entraron ganas de conocerla mucho, muchísimo mejor.

Capítulo 4

*M*ujer sin compasión, yo, con mi capullito de alelí chorreando whisky por mis joyas... Aquel hombre era un descarado, un maleducado, y el guarro más atractivo con el que se había tropezado. Su aura llenaba el ascensor; había sentido cómo se proyectaba en ella con una fuerza espectacular, vibrando en el aire aquella promesa sexual que irradiaba en sus obscenas palabras.

¡Quería dominarla! Por unos instantes, aunque le hubiese respondido del mismo modo, muy dentro de sí misma, si la conversación hubiese continuado, no le hubiera importado que la tocara o tocarle ella esas joyas reales de las que tanto presumía. Luego, estaban sus ojos: aunque pareciesen comunes por el color marrón, no tenían nada de normales, ya que jamás ningún hombre la había mirado de esa manera tan libidinosa que le había prendido la sangre, la había desnudado con cada parpadeo para adentrarse en ella a través de la piel. Quería leerle la mente, hurgar en cada uno de sus pensamientos.

No obstante, no comprendía como un hombre como él —con esa mandíbula sinuosa que terminaba en un mentón bien marcado que resaltaba aún más su atractivo masculino, y su cuerpo bien musculado, que se percibía bajo el traje— se había fijado en ella, pues su belleza no era de admirar. Sin embargo, sentirlo tan cerca había despertado sus instintos más bajos, esos que a veces otro colmaba.

Uno muy diferente a ese caballero de lengua larga y caliente, cuya impertinencia había provocado que su cuerpo reaccionase del modo menos inesperado. Sus labios íntimos se habían hinchado, y había percibido como de su excitación se desprendía una humedad caliente que había generado una mayor presión en su bajo vientre y había aumentado la necesidad de tocarlo.

«Maldito mastuerzo, ¿qué ha hecho?», lo increpó en silencio.

—Heather, querida, no has probado el vino caliente —advirtió Jacquetta, que la sacó de sus pensamientos, que le erizaban la piel bajo la blusa.

—Sí, lo siento —respondió volviendo en sí.

Cogió el vasito que, a pesar de humear, ya no quemaba. Aquel líquido, cuando entró en su boca y lo tragó, la recompuso. Hasta los nervios habían desaparecido, pues el sabor intenso del vino con la mezcla de especias la había conducido a aquellos días antes de Navidad, en los que

acompañaba a su abuela a las reuniones de la sociedad secreta de mujeres a la que ella también pertenecía desde hacía un año y algo.

—¿Cómo estás? —intervino Calpurnia—. Es lo que más me interesa saber.

—Lo sobrellevo. Bah, por momentos. Nunca es fácil sentir que lo has perdido todo.

Miró a su alrededor para coger fuerzas y poder hablar. La habitación 222 estaba decorada ya con motivos navideños, aunque los calcetines todavía no colgaban de la chimenea, que ardía con fuerza cerca de los sofás donde estaban sentadas.

—Las muchachas más jóvenes y mi sobrina estaban deseando decorar la habitación, ya tienen el espíritu navideño muy interno —bromeó Calpurnia.

Heather asintió con la cabeza.

—Muchacha, no te aflijas. A veces, poner distancia nos hace ver las cosas de un modo distinto y comprender lo que necesitamos —la animó lady Susan—. No te sientas culpable por estar aquí.

—Así es —afirmó.

Pues allí, sentada con esas tres mujeres que la habían ayudado tras el fallecimiento de su abuela, su último familiar vivo, se había percatado de que la soledad —aunque, por momentos, necesaria— no la estaba ayudando; al contrario, la aislaba de la gente que la quería. Su abuela ya se lo había advertido en el lecho de muerte, mas no sabía cómo sacar el tema que la había conducido hacia Londres.

—Y, cuéntame, ¿mi sobrino te ha ayudado?

Lady Susan no se anduvo con rodeos.

—Sí, por supuesto. —Heather bebió un poco de licor para correr el nudo que le atenazaba la garganta—. Es un hombre muy amable, y me lo ha explicado todo con un lenguaje que pudiera entender, lo cual es de agradecer viniendo de un abogado.

—Eso lo aprendió de mi difunto John, ¡ay!

Lady Susan suspiró. Tras ese comentario, las cuatro quedaron en silencio, sin saber qué decir, y eso puso más nerviosa a Heather, que comenzó a mover un pie.

—Querida. —Jacquetta rompió aquel mutismo—. Sabes que nos puedes confiar lo que quieras, estamos aquí para lo que requieras.

Las rimas de lady Susan se les contagiaban.

Heather tomó todo el vino de un trago. Tras dejar el vaso en la mesita, sus manos jugaron con la falda.

—Lo que me ha traído a Londres es...

—Lo sé, muchacha. La Navidad, a cada año que pasa, se hace más dura porque los que no están aumentan su vacío gracias al señor Dickens y su *Cuento de Navidad* —la interrumpió lady Susan, siempre preparada para lanzar pullitas contra el escritor.

—Te cae muy bien.

Calpurnia escondió la sonrisa en el vaso, y Heather también sonrió.

—Lo adoro tanto que le cortaría las manos para que dejase la pluma en paz —encasquetó lady

Susan—. Ese hombre es un verdadero peligro para la sociedad, y solo yo me doy cuenta.

—No, no es por Dickens ni por la soledad, aunque un poco sí —reconoció Heather más animada por esas tres mujeres, a las que les tenía un gran aprecio, pues no la habían dejado tras la muerte de su abuela y estaban dispuestas a todo por su bien.

—Cuéntanos.

Jacquetta la animó a hablar.

—Resulta que mi tío, en su testamento, dejó una cláusula que mi abuela me escondió hasta unos días antes de su fallecimiento. Había dejado estipulado que tenía tres años para hallar al marido adecuado que herede el título familiar, y fue tu sobrino... —Señaló a lady Susan—... quien me advirtió que solo me quedan algo más de tres meses para que esa cláusula venza.

Heather terminó con la respiración agitada, un tanto sofocada, y tuvo que limpiarse las esquinas de los ojos, pues las lágrimas amenazaban con desprenderse.

—Tranquila. —Calpurnia se levantó y se sentó a su lado. La tomó de las manos y, al percibir el candor de las de esa mujer que la consolaba, las cadenas que mantenían presa su alma se aflojaron, así como la presión de aquel cometido que tenía que llevar a cabo. Su abuela se lo había dicho en más de una ocasión: «Cuando yo ya no esté y tengas algún aprieto, acude a ellas, saldrán en tu rescate». No se equivocaba—. A tu abuela no le gustaría verte así.

—Lo siento —se disculpó.

Heather volvió a asentir en silencio, esa vez mordía el labio inferior para que dejase de temblar.

—No te disculpes por llorar —intervino Jacquetta—. Calpurnia tiene razón, a tu abuela no le gustaban las lágrimas.

—Menuda mujer era tu abuela —dijo lady Susan perdida en sus pensamientos—. Las mejores conversaciones sobre relaciones sexuales las tuve con ella. Mujer sensata que hablaba a las claras. Era sabia en las artes de la cama.

Todas compartieron unas risas por aquel comentario.

—De verdad, siento molestaros con esta petición, pero no sé por dónde empezar y no sabía a quién acudir.

Los nervios habían recuperado el terreno y la hacían sentirse insegura.

—No es molestia —apuntilló Calpurnia—. Estás en el lugar correcto y, por mucho que estés sola, nosotras estamos aquí para que no cometas ningún error.

—Te ayudaremos en cualquier trance de la vida, como en cualquier problema o asunto que te inquiete —añadió Jacquetta.

—Impediremos que des con algún cazafortunas que pretenda lapidar la fortuna familiar.

Lady Susan tampoco se calló.

—A partir de ahora, no estás sola, mentalízate. Y, además, así mantendremos vivo el recuerdo de tu abuela, magnífica mujer y formidable amiga.

Jacquetta la recordaba con cariño.

—Antes de morir me dijo que recurriese a vosotras. —Heather tenía que reconocer la verdad —. Aunque vosotras acudisteis primero a mí.

Ellas se habían quedado en su casa para ayudarla y hacer los preparativos del funeral y entierro de su abuela. Luego, habían permanecido más tiempo para consolarla. Sin percatarse había descubierto que la sociedad secreta era una gran familia.

—Y aquí estamos y seguiremos —sentenció Jacquetta.

—Nunca os agradecí lo que hicisteis por mí en verano.

Aquello también era cierto.

—Te cuidaremos siempre, esa es una de las premisas de la sociedad —le recordó Calpurnia.

—Gracias.

Las observó con los ojos anegados en lágrimas.

—No se dan, querida —le dijo con cariño Jacquetta.

—Heather, muchacha, escogeremos al más guapo y amable; un hombre que se vista por los pies, con la mente y los pensamientos claros y, si se puede, hasta un poco picante, como la guindilla, para que ponga emoción a tu vida.

Lady Susan soltó una de sus rimas, más larga de lo normal.

Con aquello el aire se aligeró sobre sus cabezas y las penas quedaron relegadas a un segundo plano. Tener a esas tres mujeres era el mejor regalo de Navidad que su abuela le pudo haber dejado.

Capítulo 5

Tras dos horas poniéndose al día, Calpurnia, Jacquetta y lady Susan observaron, con cariño y amor, como Heather salía de la habitación 222, dejándolas con un «ay» en el corazón, pues era una muchacha que las tres apreciaban y adoraban. Las tres mantenían viva a su abuela al decir algunas de sus frases o al recordar su presencia, sobre todo, en esas fechas.

Al unísono soltaron el aire cuando la puerta se cerró.

—Vaya...

Jacquetta exhaló y se llevó una mano al pecho antes de servirse más vino caliente.

—Esta Navidad no va a ser aburrida.

Calpurnia se atusó la falda para esconder las emociones que Heather le había dejado. Había sido muy allegada a Margot Clover, la abuela de Heather; de ella había aprendido a no tener miedo a exponer sus ideas feministas, y había plantado la semilla de la sociedad secreta, de la cual Margot era la miembro de más edad. Había apreciado y había puesto en valor muchos de sus pensamientos en las normas de la sociedad —entre ellos, la sororidad—, sus ideas tan modernas para los tiempos que corrían, y con una reina que odiaba a las feministas o todo lo que tuviera ese tinte. «Para ser una mujer con trabajo de hombre, qué poca solidaridad con las demás», pensó Calpurnia para sí misma.

—Para nada —asintió Jacquetta.

—Si la Navidad de por sí es un ajetreo con tanto regalo, cenas y un largo etcétera, ahora hay que añadirle la búsqueda de un marido —apostilló lady Susan un tanto desbordada.

—No pareces muy contenta.

Jacquetta estaba asombrada con su amiga, ya que era muy sonada su alma casamentera.

—Seamos sinceras, es complicado: se requiere invitaciones, acudir a tomar el té, acudir a bailes, presentaciones...

—Estamos en un hotel —apuntó Calpurnia, que se sentó al borde del sofá—. Sabemos por Eddie que, en Nochebuena y Navidad, se celebran sendas fiestas para los huéspedes y luego, en Fin de Año, hay un baile de disfraces; solo tenemos que hacernos con la lista de invitados.

—¿Y eso? —se interesó Jacquetta.

—A esa fiesta acude gente de fuera del hotel, y sabemos que siempre tiene una gran afluencia. Se acordó de ello.

—¡Es cierto! —Lady Susan pegó un pequeño brinco en su asiento—. Se me había olvidado por completo.

—Hay que buscarle un buen partido y que sepa honrar el título que va a caer en él gracias a Heather.

Jacquetta aprobó esas palabras, sabía que las tres las compartían.

—Desde luego. —Lady Susan lo daba por hecho—. Por ser Navidad, no vamos a escogerle un grillo o un sátiro. Debe ser inteligente; un hombre, aunque divertido, que tenga un gran sentido del honor y, lo más importante, que no le vaya a poner una cornamenta de cierva a Heather nada más casarse, porque entonces afilaré el cuchillo carnicero.

—Vaya, no conocía tu vena asesina, Susan —se jactó Jacquetta.

—Ante todo, lealtad, Jacquetta. —Los ojos color miel de lady Susan brillaron por la claridad que todavía entraba en el salón de la habitación 222—. Lealtad por parte de ambos. Y sí, me encantaría tomar una copita de madeira con ese tal Jack el Destripador para que me cuente sus secretos más ocultos.

—Pero no hablas en serio con verte la cara con Jack el Destripador, ¿verdad?

Jacquetta no las tenía todas con ella, Susan era muy imprevisible.

—Si me entero de que el hombre con el que se case Heather le pone los cuernos, lo contraría para que lo castrase.

Lady Susan no dejó nada a la imaginación. Tras ese comentario un tanto sanguinario de lady Susan, Jacquetta recondujo el tema.

—Tiene que ser un hombre familiar —añadió Jacquetta—; que, aunque sea joven, aspire, en algún momento, a tener una familia a la que dedicarse.

—Jacquetta, es una ironía pedirle eso a un hombre; pero, haberlos, los hay y lo sabemos por nuestros matrimonios.

Lady Susan estaba en lo cierto, ellas habían tenido mucha suerte en sus respectivos esposos.

—Guapo, vigoroso...

—La guapura de un hombre se esconde entre los calzones. —Lady Susan corrigió a Jacquetta—. Que esté bien armado, que le encante la cama y le dé hijos lustrosos que continúen con el legado, y que sea un buen vizconde.

—Estás muy callada, Calpurnia.

Jacquettaladeó la cabeza al mirar a su amiga.

—Algo está barruntando, lo veo. —Lady Susan tiró hacia abajo el párpado inferior derecho—. Creo que no lo vamos a tener que inventar ni sacarlo de la chistera.

—Así es, señoras mías. —Se frotó las manos con entusiasmo—. Creo que ya tengo al candidato perfecto.

Capítulo 6

Después de cambiarse el traje arruinado por el whisky, Cornelius bajó a cenar y, en el vestíbulo del hotel, se encontró con Calpurnia y sus acompañantes, que hablaban entre sí y con el hombre muy alto y rubio que ya había visto al llegar, al que ella dedicaba unas sonrisas picaronas. Si sus ojos no lo engañaban, estaba tratando de seducirlo. «¡Vaya, vaya, con Calpurnia!», pensó.

Al acercarse a ellos, vio que la joven del ascensor estaba junto a una de las damas. Parecían tener una conversación muy interesante, pues no prestaban atención al resto.

—Cornelius —lo nombró ella haciéndole una seña con la mano—. Ven, te presentaré al dueño del hotel.

—Ya voy, ya voy. No querrás que me ponga a correr por el vestíbulo como si huyera de un marido celoso —bromeó al llegar junto a ellos.

—Tú siempre irónico, bribón.

Con una risita le dio un golpe en el brazo.

—Lo intento, sí. La vida puede ser muy aburrida si no le ponemos un poco de sal y pimienta —replicó él con una sonrisa embaucadora.

—Ya sé yo los condimentos que más te gustan.

Al decirlo, Calpurnia le guiñó un ojo. Para que ella no soltara lo que sabía de él ante aquellos extraños, desvió la conversación.

—¿No ibas a presentarme a alguien?

—Sí, desde luego. Este es Edward Wharrington, un buen amigo, además del dueño del hotel. —Ella hizo un elegante gesto con la mano y lo señaló—. Él es lord Cornelius Transilgate, marqués del reino.

Ella sabía que odiaba que lo trataran con formalismos. Para muchos, era como una barrera que impedía juntarse con los menos favorecidos, y para él era un fastidio.

—Caballero, es un placer conocerlo —dijo estrechándole la mano.

—Es un honor que se aloje en el hotel, milord. Espero que se quede por algún tiempo. Con las Navidades tan cerca, ofrecemos muchos entretenimientos y fiestas. —Wharrington sabía que la afluencia en esas fechas daba prestigio a su establecimiento—. Y llámeme Eddie, por favor; si es

amigo de Calpurnia, ya lo considero mío también.

«Definitivamente, entre esos dos, hay mucho más que amistad», pensó Cornelius.

—Si quiere que le conteste, no me llame milord. Con Transilgate será suficiente, o por mi nombre de pila, tanto da.

—Yo preferiría el apellido, caballero. —Era lady Susan. Su mirada hacía que no se olvidara del nombre, parecía que lo estuviese desnudando con aquellos ojos vivarachos de color miel—. Perdone, pero su nombre...

Él soltó una carcajada.

—Supongo que al nacer debía apuntar maneras, porque la verdad es que me gusta ser yo el que corone a los demás. Guárdeme el secreto.

No habló precisamente bajo, todos pudieron escuchar lo que decía.

—¿Está esperando que me ruborice? —preguntó lady Susan con una risita pícara—. Puede aguardar sentado, no vaya a cansarse. Cuando usted va, yo ya he vuelto diez veces.

—Uy, uy, uy, Susan, no vayas a asustar al muchacho —previno otra que le habían presentado al llegar, Jacquetta, que en ese momento había dejado de hablar con la muchacha.

—Señora, hace años que dejé de acalorarme por los comentarios que pudieran hacer de mi nombre.

—Eso se llama madurez —afirmó ella.

—Ahora sí que me está ofendiendo. Lo maduro se cae del árbol y no se levanta; espero que mi armamento siga dando guerra durante muchos años. Siga lanzando proyectiles y dando en la diana.

Las guasas y palabras de aquel joven hicieron que las damas se miraran las unas a las otras.

—Heather, no te hemos presentado como es debido. —Calpurnia señaló a la chica—. Esta belleza es lady Heather Clover.

Ella se le acercó y le tendió la mano para que se la besara, cuando lo que quería era darle una patada en el culo. A pesar de que era guapo a rabiar, tenía unos modales que la hacían desear mandarlo muy lejos, alejarse de él, pues se conocía, y terminaría devolviéndole sus chanzas y se pondría en ridículo ante todas aquellas que pretendían ayudarla a encontrar esposo. No podía consentirlo.

Cornelius la miró con los ojos brillantes y ella pudo ver que, al estirársele los labios, tenía una sonrisa de lo más pícara.

—Es un placer conocerla, milady. —Al cogerle la mano e inclinarse sobre ella, le pasó las yemas de los dedos por la palma. Los guantes eran tan finos que sabía que lo notaría, y fue premiado por un estremecimiento de la muchacha—. Su belleza me abruma, su gracia me hace desear...

Una tos de Calpurnia hizo que se callara en medio de lo que iba a soltar.

—Cornelius, que estáis acompañados. Deja eso para cuando estéis solos.

Heather dio un tirón a la mano que él aún retenía, con la mala suerte de que el guante quedó

entre los dedos de él. Lo recuperó de un manotazo.

—¡Eso no va a ocurrir! —exclamó la chica lanzando rayos por sus impresionantes ojos verdes. Al verlo sonreír, se le calentó la sangre; su rostro se tornaba mucho más atractivo.

Cornelius ya había notado su belleza esa tarde; sin embargo, teniéndola tan cerca, apreciaba su cara en forma de corazón, su nariz respingona y sus cejas finas, aunque su mirada se posó en su boca pequeña y besuqueable.

—Nunca digas nunca, querida —susurró acercándose a su oído para que nadie más pudiera escucharlo.

Sintió cómo su aliento la estremecía y quedó muy satisfecho. Sus ojos se pasearon por aquel cuerpo delgado de caderas anchas, y su piel blanca lo tentaba a desear recorrerla toda con su boca, regalándole cosquillas con la lengua en los lugares más íntimos. Su aroma floral le revolucionó el cuerpo entero.

Aquellas palabras hicieron que ella diera un paso atrás. Era el hombre más descarado que había conocido en su vida; a pesar de ello, la atraía como una polilla a la luz.

Sus acompañantes se dieron cuenta de los colores subidos de sus mejillas, y se miraron entre sí. Estaban seguras de que, si les daban un empujón en la dirección correcta, entre esos dos podía saltar la chispa.

Eddie vio aquellas miradas calculadoras y supo lo que pretendían. Eran incorregibles: cuando les salía su vena celestina, no había quien las parara. No obstante, en esta ocasión, iba a meterse. Quería que, en las fiestas navideñas, que estaban a la vuelta de la esquina, todo el mundo fuera feliz y se lo pasara bien; no deseaba ver malas caras a su alrededor.

—Transilgate, podemos ir pasando y tomamos una copa antes de la cena. Las damas van a su ritmo.

—Desde luego, Eddie.

Los dos hombres tomaron la delantera, no sin que antes Cornelius mirara a Heather y le guiñara un ojo.

—¡Será descarado! —exclamó ella sin ver que las señoras sonreían.

—Querida, tengo la sensación de que este hombre pondría alegría en tu vida —dijo lady Susan, que había visto el intercambio de miradas—. No busques a ninguno con sangre fría. Necesitas a uno que se vista por los pies, con lava en las venas, que sepa como hacerte vibrar con una sola ojeada.

Heather negaba con la cabeza.

—Él mismo ha reconocido que es aficionado a poner los cuernos a otros. Que no tiene escrúpulos en seducir a mujeres casadas.

—Lo hace porque ellas se prestan —afirmó Calpurnia—. Si le dieras el placer que busca, no miraría hacia otro lado. Lo que tienes que hacer es amarrarlo con tus propias armas, que sus partes nobles solo deseen lo que tú posees. Que solo sea capaz de pensar en ti, que no vea a nadie más que a ti.

La joven soltó un resoplido.

—Lo que yo tengo lo tienen todas las mujeres, estoy segura de que le gusta la variedad. Al principio, puede ser la novedad, y luego no podré retenerlo a mi lado, mirará en otra dirección.

—No te menosprecies, querida —intervino Jacquetta—. Si lo vuelves loco de pasión, te harás dueña hasta de su alma. Solo tienes que jugar bien tus cartas. —Heather la miró sin comprender—. Nosotras te enseñaremos.

—¿Tu abuela no te dijo nunca que, si le das alas a un hombre y luego te le escurres entre los dedos y marcas distancias, enloquecerá por tus huesos? —preguntó lady Susan.

—No estoy segura de que eso funcione con uno que se satisface con cualquiera. Además, no sé si es lo que quiero. Lo único que he visto de él es que se lo tiene muy creído, es presuntuoso y muy pagado de sí mismo.

Las damas se miraron; quizá, estaban corriendo demasiado. Después de todo, ambos habían llegado ese día al Wharrington; tal vez, sería mejor observarlos antes de lanzar a uno en brazos del otro. Como si se lo hubiesen dicho, dejaron el tema y caminaron hacia el comedor.

Eddie había pedido dos whiskies al camarero, y él y Cornelius estaban tomándolos mientras los huéspedes iban llenando la sala.

—¿Has venido a Londres en busca de esposa? —quiso saber el dueño del hotel.

—No, de vez en cuando, viajo y visito a mis clientes. Además, durante estas fiestas, la casa se me cae encima. Mi madre solía hacernos vivir todas las tradiciones y ahora, que no está...

—Lo lamento. —Eddie era sincero—. ¿Y tu padre?

—Murió de pena no mucho tiempo después de ella. Su amor era tan grande que se fue apagando como una vela.

—Qué tragedia.

—Dejemos de hablar de cosas tristes —dijo Cornelius—. He venido a pasarlo bien.

Eddie se daba cuenta de que, a pesar de ser un crápula, tenía sentimientos. En su voz notaba que había sufrido y que no quería revivir el pasado. Tal vez, por eso se había vuelto tal como era; debía haber amado mucho a sus padres y, estando convencido de que no encontraría el amor que ellos se habían profesado, se limitaba a pasarlo bien sin ahondar ni en sus propios anhelos.

—Y lo harás, estoy seguro.

Wharrington solo esperaba que, buscando diversión, no dañara a ninguna damisela o armara algún escándalo entre sus huéspedes.

Cornelius, que estaba pendiente de la puerta, vio a las damas que acompañaban a lady Clayton, se dio la vuelta y la siguió con la mirada.

Capítulo 7

—Esa mujer está para mojar...

Cornelius se interrumpió al reparar en quien lo estaba escuchando. Eddie soltó una carcajada. «Esto va a ser divertido», pensó. Si ese hombre no guardaba las formas, las rápidas lenguas de las amigas de Calpurnia le pararían los pies en menos de lo que cantaba un gallo.

—Vamos, no las hagamos esperar para cenar —dijo dándole un golpe amistoso en el hombro.

Ambos caminaron hacia la mesa donde ellas estaban y, antes de llegar, él vio que un canónigo vestido totalmente de negro, con alzacuellos, se sentaba al lado de Heather. Se mordió la lengua para no soltar una maldición en voz alta.

—¿Quién es ese?

—Lo habrán invitado las damas.

Eddie se encogió de hombros, estaba acostumbrado a que algunos conocidos de ellas se sentaran con ellos.

—No me las imaginaba como a unas beatas —habló Cornelius sin pensar en lo que decía, y Eddie se estaba haciendo la misma pregunta.

Al llegar a la mesa, se encontraron con que ellas también lo miraban con una ceja alzada. Era evidente que tampoco lo habían invitado.

—Señor, creo que se ha equivocado de mesa —señaló lady Susan con la mirada clavada en ese hombre regordete, con el pelo blanco, con los ojos azul hielo tan pegados que parecía un besugo; aquellas cejas pobladas y despeinadas podían hacerle sombra y, además, tenía la nariz que parecía la de un cerdito.

—Señora, tendría que estar contenta de que un canónigo se siente en su mesa.

El hombre ceceaba al hablar y la miraba como si lo que él dijera fuera ley.

—Sería el mismo honor si estuviese en otra.

A lady Susan no le gustaba tener que medir sus palabras, y no empezaría en ese momento; si el hombre se quería quedar, que lo hiciera, pero que no se metiera donde no lo llamaban.

—¡Susan, por Dios! —exclamó Jacquetta—. Quiere cenar, como todos nosotros, no nos vamos a poner tiquismiquis.

La aludida cerró la boca, pero, cuando vio que el hombre ponía la Biblia sobre la mesa al lado de su plato, se atragantó con un sorbo de vino que le habían servido.

—Dale en la espalda —ordenó Calpurnia a Heather, que se sentaba entre el canónigo y lady Susan.

Esta le dio unos golpecitos y la mujer miró a aquel hombre como si él se lo hubiese provocado.

—Ya vale, ya vale, me vas a sacar los huesos del lugar —se quejó lady Susan.

Heather ocultó una sonrisa que le venía a los labios. Aquella mujer era más teatrera que los actores de las óperas.

Entonces Cornelius y Eddie llegaron a la mesa.

—Lady Susan, ¿se encuentra bien? —preguntó el segundo.

—Sí, hijo, sí. Es solo que no esperaba cenar con la palabra de Dios sobre la mesa.

Los hombres se sentaron y Wharrington dijo:

—No sabía que teníamos a un clérigo entre los huéspedes.

El hombre pareció ofenderse por cómo lo había llamado.

—Soy el canónigo Pancras Peregrine.

Su tono de voz parecía ofendido.

—Pues también podía ir a peregrinar a otra parte —susurró lady Susan, y sintió que Jacquetta le daba un golpe con el pie por debajo de la mesa—. Si no puedo decir lo que quiera, me voy a cenar a mi habitación —murmuró mirando a su amiga.

A Cornelius lo separaba una silla vacía de aquel hombre y, viendo la incomodidad de la dama, sugirió:

—Podría poner la Biblia en la silla, no creo que la vaya a ocupar nadie, y no molestará sobre la mesa.

—Joven, ¿me está diciendo que la palabra de Dios tiene que ser escondida?

Su indignación hacía que aquellos ojillos parecieran arder.

Cornelius vio que aquel párroco, canónigo o lo que fuera, no estaba por la labor de hacer la cena agradable a nadie y, cuando se topaba con alguien así de caprichoso, no podía evitar pagarle con la misma moneda.

—No ponga palabras en mi boca que yo no he dicho. Solo lo he sugerido porque puede terminar manchada con comida, o se puede volcar alguna copa y empaparla.

La mirada de aquel hombre lo taladró, y hasta podría decirse que era amenazante. Cornelius se preguntaba qué demonios estaba haciendo allí. Soltó un resoplido, y les dedicó la atención a los demás comensales; lo ignoraría para no agriar la cena a nadie.

Eddie se había sentado al lado de Calpurnia, y él veía las miradas que se lanzaban. Incluso la mano de ella no estaba sobre la mesa, ya podía imaginarse dónde estaría.

—¿Tenemos que bendecir la mesa? —soltó lady Susan con sarcasmo—. Uy, Jacquetta, si vuelves a darme una patada por debajo de la mesa, te estamparé el plato en la cabeza.

A esa mujer los versos le salían solos.

—Pues, si no retienes la lengua, es posible que veas que el hambre nos mengua.

Le devolvió otra rima de su propia cosecha.

Cornelius vio que los labios de Heather se estiraban y que trataba de disimular su hilaridad.

—¿Es obligado hablar en verso en la mesa? —quiso saber.

—Muchacho, no las escuche; de vez en cuando, se lían a soltar tonterías.

Calpurnia no podía aguantarse la risa.

—Es de mala educación burlarse de otra persona.

El canónigo, que había permanecido callado por un momento, eligió ese para intervenir con mirada de censura.

—Lo hacemos sin malicia, se lo aseguro.

Jacquetta habló para no dar la sensación de que eran unas ordinarias.

—Pues yo me burlo hasta de mi propia sombra, y no saben lo satisfecho que me quedo.

Cornelius puso baza para que aquello no terminara en un lanzamiento de copas y platos. Debía desviar la atención hacia él, para que ese canónigo dejara de meterse con las damas.

—Pues eso está muy mal, porque alguien puede pensar que lo está haciendo de él y sacar el lado salvaje.

—¿Qué quiere decir?

—Que se puede encontrar usted en un lío. Hay muchos hombres que solucionan sus problemas a puñetazo limpio, o en duelos al amanecer, que es mucho peor.

—Eso no representaría ningún sobresalto, se lo aseguro; es un deporte que practico en la intimidad o en un establecimiento allá, en Edimburgo.

—¡Jesús, María y José! —El hombre se escandalizó—. Nunca había escuchado una cosa igual.

—Si viajara por estos caminos de Dios, y se encontrara con maleantes, hasta usted aprendería a defenderse —le encasquetó Cornelius.

—No, señor, salmo 1.2.3: «Mi protección es el Altísimo».

—No creo que a los asaltantes de camino los parara entonando un salmo.

—Yo pienso lo mismo que Transilgate —terció Eddie.

La cara del hombre se transformó en una máscara de furia.

—¿Usted es Transilgate, Cornelius Transilgate?

El tono de su voz había subido, y lo miraba como si se le hubiese aparecido el mismísimo Satanás.

—Sí, yo soy, ¿nos conocemos? —El canónigo tenía hasta las aletas de la nariz de cerdo abiertas, y parecía tener dificultades para respirar—. He causado vahídos entre las damas, pero nunca en un hombre. ¿Se encuentra usted mal?

Cornelius no entendía la reacción de aquel.

—No, no nos conocemos. He oído hablar de usted —se justificó.

—Mucha gente me conoce, tengo un negocio próspero de whisky que provee a muchos

establecimientos londinenses.

El hombre asintió con la cabeza y desvió la mirada de él para centrarla en el plato que tenía delante. Lo vieron terminarse la cena y, con una disculpa, se retiró.

—Vaya tipo raro —dijo Calpurnia—. Cuando ha sabido quién eras, se le han pasado las ganas de soltarnos salmos.

Cornelius estaba sorprendido, nunca había causado aquella reacción en nadie, y se dio cuenta de que se había dejado la Biblia.

—No se vengan arriba. Se ha dejado la Biblia, volverá en cuanto se dé cuenta.

Aquello fue como una premonición.

—Ahí viene —advirtió Heather, que estaba de cara a la puerta.

Al llegar junto a ellos, se quedó muy tieso.

—Vengo a recoger mi Biblia, y a pedir disculpas. —Todos los sentados a la mesa lo miraron extrañados—. A veces, me dejo llevar y eso es un pecado mortal. Mucho me temo que les he arruinado la cena, les prometo que no volverá a pasar. Ahora mismo me merezco una buena flagelación.

Antes de que nadie le pudiera decir nada, se marchó como si tuviera prisa por castigarse.

—¡Este tipo es un masoquista! —afirmó lady Susan; todas las miradas cayeron sobre ella—. Primero, se flagelará para excitarse y, luego, se masturbará.

—No digas tonterías, Susan —la reprendió Calpurnia.

—No las digo, y vosotras lo sabéis bien. Ha estado osco toda la cena, buscaba un motivo para tener que hacerlo.

Eddie y Cornelius se miraron.

—A mí no me mires —señaló el último—. Yo prefiero a una buena moza, pero, si no la hay, no busco excusas.

Su tono pícaro hizo reír a las damas de mayor edad.

Heather se había quedado pensativa.

—¿Qué piensas, muchacha? —preguntó Jacquetta.

—Que quien hace eso tiene que estar loco, o poco le falta. Me gustaría verlo.

Ella sabía que el hotel estaba lleno de pasadizos secretos, y de mirillas en los dormitorios. Le entró una enorme curiosidad: ¿cómo podía ser que alguien se excitara a través del dolor?

—Eres un poco morbosa, ¿no?

Cornelius la miraba con diversión en sus ojos marrones, que en ese momento se acercaban mucho al ámbar.

—No sea hipócrita, seguro que a usted también le gustaría.

—Muchacha, no seas descarada, así no...

Calpurnia iba a decir que no iba a encontrar marido si dejaba su lengua suelta, como en aquel momento; sin embargo, Cornelius la cortó.

—Está equivocada. —Los ojos de él ardían—. Me gustan y me dan placer las manos de una

mujer encima de mí, no un látigo que me cause dolor; me sería imposible excitarme a golpes.

—Joven, el dolor bien administrado te puede llegar a enloquecer. —Lady Susan estaba lanzada—. Si tuviera menos años, te lo demostraría.

Heather asentía con la cabeza, mientras una sonrisilla le coronaba los labios, y él se la quedó mirando. ¿Qué sabría ella de esos asuntos?

Capítulo 8

Todo el mundo estaba entusiasmado con las inminentes Navidades. Cornelius se había enterado por Pots de que las damas salían a comprar regalos para las demás en secreto. Mientras unas se quedaban dirigiendo la ornamentación del gran árbol que Eddie Wharrington había hecho poner en el vestíbulo, las otras se escaqueaban con excusas e iban de compras.

Lady Heather Clover se mostraba esquiva con él, y eso no le gustaba. Era una mujer que se colaba en su cama cada noche: cuando se acostaba, no podía evitar soñar con ella. Con aquellas finas manos sobre su piel; con sus dedos en las caderas redondeadas, para atraerla hacia él y que notara cómo lo afectaba. En ese momento, se despertaba acalorado y excitado. El primer día lo había solucionado metiéndose en el agua del baño que Pots no había vaciado. Sin embargo, poco había durado el alivio frío; un rato más tarde, en un duermevela donde ella se había instalado, se había encontrado tocándose y se había masturbado.

Le atraía esa mujer, lo reconocía y, cuando la veía al lado de otro hombre, aunque solo fuera hablando, se le retorcían las entrañas. ¿Qué le estaría pasando?

Una mañana salió a visitar a unos clientes y, al volver, la vio en el vestíbulo sacando adornos para colgar en el árbol. No pudo evitar quedarse observándola. Un dandi revoloteaba alrededor de ella como si fuera un bombón al que pretendía zamparse. Cruzó los brazos sobre su pecho y se apoyó en una de las columnas. Lady Susan y Jacquetta, sentadas en unas butacas, les decían a las jóvenes dónde colgar cada ornamento.

A Cornelius le caían bien aquellas mujeres; en los pocos días que las conocía, se había percatado de que no tenían pelos en la lengua. Ya no les importaba que el canónigo se sentara en la misma mesa que ellas; se limitaban a hablar de lo que querían y, si a este no le gustaba lo que decían, se lo hacía saber.

—Señoras, van de cabeza al infierno. Tendré que orar y flagelarme para salvarlas de tan triste final.

—Le estaremos eternamente agradecidas —contestaba Jacquetta, que era más diplomática que su amiga.

—Solo busca excusas para cascársela —murmuraba lady Susan por lo bajo.

Cornelius miraba a Heather y la veía disimulando una sonrisa con la servilleta sobre la boca; lo que no podía esconder era el brillo divertido de sus ojos verdes, y él aprovechaba para guiñarle un ojo cuando sus miradas se encontraban.

En ese instante que la veía estirándose para colgar los adornos en el árbol, fue a sentarse junto a ellas.

—Señoras, les está quedando un árbol precioso —dijo después de saludarlas.

—Es por el entusiasmo de Heather, ¿se da cuenta de lo bien que se lo pasa? Las otras chicas son tan remilgadas... Fíjese en esa que solo adorna la parte baja.

Jacquetta lo dijo a propósito, para que viera que el moscón levantaba a Heather por la cintura para que llegara más alto.

Al darse cuenta, a Cornelius le entraron ganas de tumbarlo de un puñetazo por osar tocarla. Frunció el ceño y se levantó de un salto. Cogió un adorno de una de las cajas y, poniéndolo en las manos de ella, la aupó hasta lo más alto, y al bajarla lo hizo con lentitud, aspirando el aroma a rosas que siempre la envolvía.

Heather notó que aquellas manos no eran las del hombrecito que la alzaba, y miró por encima del hombro, aunque sabía muy bien a quién pertenecían aquellas fuertes que la cogían con posesividad.

—Vaya, qué sorpresa, lord Transilgate. No esperaba verlo por aquí.

—Me alojo aquí, por si lo ha olvidado —susurró en su oreja cuando la tuvo al alcance de su boca.

Notó que a ella la recorría un estremecimiento y, sin pensarlo, le dio un suave mordisquito. A pesar de que a ella le gustó, supo que le tenía que parar los pies.

—No sea descarado, ¿no se da cuenta de que alguien puede verlo? —murmuró ella sintiendo unas agradables mariposas en la barriga, y que se le acaloraban las mejillas.

Él vio aquellos bonitos colores que le teñían la piel, la dejó en el suelo, tomó otro de los abalorios que le tendía una de las damas, que se dedicaban a desenvolverlos. Lo puso en las manos finas de ella, la cogió por la cintura y, al subirla, se movió hacia la parte de atrás del árbol, allí donde nadie pudiera verlos.

—¿Estamos mejor aquí?

Heather se sentía ligera como una pluma; los brazos de ese hombre eran como de mármol.

—¿Está pretendiendo comprometerme?

Él la levantó hasta tener su trasero a la altura de su cara. Las ganas de morderlo eran grandes, sin embargo, la tela gruesa del vestido lo paró. Cuando la bajó muy despacio, le mordisqueó el cuello, lo que hizo que ella se revolviera y, sin querer, le diera una patada en sus partes viriles.

—¡Buf! —exclamó Cornelius, aflojando el apretón en la cintura femenina, lo que provocó que se le escurriera de entre los dedos; sin embargo, sus reflejos, al cogerla en brazos, la salvaron de quedar desparramada en el suelo.

—¡Ah!

A ella se le escapó un gritito sofocado. El susto que se llevó fue mayúsculo. La caída podía haber sido dolorosa, incluso le podría haber quebrado un hueso y, en esos momentos, no podía permitirse el lujo de estar en cama; el tiempo corría y tenía que encontrar marido.

Le pegó un golpe en el pecho, ya que él la tenía aupada como si fuera una criatura.

—Primero, me pega en los pendientes reales y, luego, en el pecho. Me estoy dando cuenta de que es usted muy violenta.

—¡Será zoquete! ¿Sabe el susto que me ha dado?

La voz de ella sonaba enojada, a pesar de su tono bajo.

—Todo esto por un pequeño mordisquito en su apetitoso cuello. —Él movía la cabeza de un lado a otro—. ¿Qué haría si la besara como vengo deseando desde que la conocí?

—Sus joyitas pueden sufrir un encontronazo con mi rodilla.

—¿Joyitas?

Los ojos verdes de ella se clavaron en los de él, que en ese momento estaban marrones y brillantes.

—Quien mucho presume de pene es que lo tiene de pena.

—Caramba, veo que eso de hablar en verso es contagioso.

Él la dejó sobre sus propios pies, le puso una de sus grandes manos en la nuca y la besó. Con la otra, cogió la de ella y la apretó contra su entrepierna, que estaba dura desde el momento que había notado su carne firme bajo las palmas de sus manos.

Heather se entregó a ese beso que la hacía volar, que la llevaba a las estrellas. Se sentía llena de energía. Palpó lo que él le mostraba y se preguntaba cómo podía andar un hombre con aquello entre las piernas.

Cuando pasó la sorpresa y participó en el beso, a él se le cortó el aliento. Se daba cuenta de que no estaba muy versada en el asunto, pero el entusiasmo que ponía lo podía hacer caer de rodillas.

—¿Aún crees que lo tengo de pena? —susurró Cornelius apartándose de aquella boca que lo enloquecía, y notaba cómo ella tocaba con tiento su miembro viril.

—Tiene que ser incómodo caminar con eso ahí. Prometo no volver a quejarme por llevar corsé, eso tiene que ser más molesto. —Ella hizo una mueca, y a Cornelius una carcajada le subía por el pecho. Ella lo vio y le cubrió la boca con una mano—. Ni se le ocurra reírse ahora, nos van a descubrir.

Él se inclinó y ocultó su boca en el cuello femenino, y ella notó cómo estaba ahogando la risa. Ese corpachón se estaba sacudiendo contra ella, y apoyaba las manos en su cintura; el peso de estas resultaba de lo más excitante.

Al sentirla tan maleable, su boca se abrió y le recorrió el cuello y la barbilla hasta llegar a la espiral de la oreja; allí se entretuvo acariciándola con la punta de la lengua y mordisqueando su aromatizada piel, cuando de repente notó que se le había quedado el pendiente en la boca. Con disimulo lo guardó en uno de sus bolsillos; tenía la excusa perfecta para acudir a su dormitorio, a

devolvérselo.

Aquel pequeño respiro hizo que ella saliera de la burbuja donde él la había sumido. Le plantó una mano en el pecho y se separó un poco de él.

—Esto es una locura, debemos parar.

Al ver aquellos ojos verdes, brillantes de gusto, Cornelius le dio un caprichoso beso en la punta de su respingona nariz.

—Tiene razón, pero me cuesta mucho cuando estoy pasándolo tan bien.

—Es un zoquete —afirmó ella con una chispa de diversión en la mirada.

—Un zoquete encantador —se guaseó él.

Heather le dedicó una maravillosa sonrisa.

Hablaban en susurros y no los escuchaba nadie, pero ambos sabían que cualquiera podía dar la vuelta al árbol y encontrarlos.

—Heather, querida.

Oyeron a Jacquetta, que la llamaba. Ella y lady Susan sabían dónde y con quién estaba y, cuando vieron que una mocita iba para allí, trataron de alertarla.

—Estoy aquí —dijo saliendo por el otro lado.

Cornelius, al escuchar a la muchacha, que le alertaba a alguien que faltaban adornos por el otro costado, se quedó allí para darle tiempo a Heather a salir sin levantar sospechas. Cuando lo hizo, vio las caras de las dos damas, que lo miraban con una ceja alzada.

—Ahora nos van a servir el té, ¿quiere tomarlo con nosotras? —preguntó lady Susan.

—Por supuesto.

A Cornelius le daba la sensación de que se traían algo entre manos, pero no acertaba a saber qué.

Iba a sentarse en un sillón a su lado cuando Jacquetta le hizo un gesto con la mano para que siguiera colgando adornos con Heather.

En cuanto una sirvienta del hotel les trajo la bandeja con el té que había pedido y la dejó sobre una mesita baja que había al lado de las damas, los jóvenes se les acercaron. Al mismo tiempo que Jacquetta estaba sirviendo las tazas, le entregó una a él y vio que no estaba humeante; iba a poner azúcar y lady Susan lo evitó con su mano huesuda encima de la taza.

—No lo haga, no creo que le guste dulce.

—Siempre lo tomo con dos azucarillos.

Él estaba extrañado del comportamiento de esa mujer.

—Hágame caso.

Jacquetta cogió una de las galletitas que les servían y, al metérsela en la boca, le guiñó un ojo. Heather hizo lo mismo y se le escapó una sonrisa. «¿Qué estará pasando?», se preguntó él, hasta que cogió la taza y, al acercarla a su boca, olió lo que contenía.

—Milady, es usted una caja de sorpresas —dijo, con una sonrisa, Cornelius.

Ella se inclinó hacia él, y este le enseñó su taza; por el color intenso, supo que no era té.

—Yo también prefiero algo con más sustancia —confesó lady Susan.

Los cuatro rieron y llamaron la atención de los demás huéspedes que pululaban por allí; al saber que ninguno podía imaginar a qué venían aquellas risas, les hizo más gracia.

Cornelius no podía creer que aquella mujer hubiese hecho que le sirvieran whisky en una taza y, por lo visto, lo de ella también era licor. Esa señora era de armas tomar.

Mientras cada uno se saboreaba su bebida, iban señalando lugares que quedaban despejados en el árbol.

—Aún quedan muchos adornos. Cuando las cajas estén vacías, veremos si quedan espacios sin rellenar —señaló Heather con la mano que sostenía la taza y, sin darse cuenta, un poco de té se le derramó en la falda—. ¡Diablos! —exclamó al ver la mancha que se extendía.

—Querida, será mejor que subas a cambiarte —sugirió Jacquetta.

—¡Qué desastre! Esta mancha quedará ahí para siempre.

Lady Susan iba a decirle que la dejara en su suite para que alguna de las mujeres se encargara, pero Cornelius se le adelantó.

—Si me deja el vestido, mi valet se ocupará de dejarlo como nuevo.

—Un hombre con recursos —lo halagó la dama.

—Ha tenido que quitar manchas peores —reconoció él—. Mejor será que se lo quite lo antes posible.

—Sí, claro, desde luego. —Heather se levantó y Cornelius, con ella—. ¿A dónde va? —preguntó mirándolo a los ojos marrones risueños.

—A que me dé el vestido para llevárselo a Pots; cuanto antes lo limpie, mejor va a quedar. —Ella apretó los labios para no decirle que se lo podía dar ella misma. Él, al ver aquel gesto, añadió—: Claro que siempre lo puede teñir con el color de la mancha, y nadie lo notará.

Los dos se marcharon hacia el ascensor, y lady Susan y Jacquetta los miraron hasta que desaparecieron de su vista.

—Hacen buena pareja.

Salió la celestina que Jacquetta llevaba dentro.

—No sé yo si Transilgate está por la labor de dejarse cazar.

En las puertas del cubículo que los llevaría a los pisos altos, había seis personas esperando. En cuanto se abrió la puerta, dejaron salir a los que bajaban y fueron entrando. Cornelius y Heather se situaron al fondo; a ella le daba vergüenza que la vieran con aquella mancha y se sujetaba la falda. Él, con su altura, miraba a todos los que los rodeaban. Conocía a varios de ellos por coincidir en el Wharrington; sabía que la mayoría no tenía títulos en su haber, pero se comportaban como si fuesen el mismísimo rey regente. ¡Panda de cretinos! Todos darían un huevo y parte del otro por poseer uno, y luego no sabrían qué hacer con las responsabilidades que conllevaba.

Miró a Heather y ella parecía querer ignorarlo; no lo iba a consentir. Moviendo solo el brazo que tenía más cerca de ella, le dio un pellizco en el culo y volvió a poner la mano detrás de su

cuerpo. La reacción de ella fue inmediata y extravagante: dio un salto hacia delante y empujó a un hombre, que a su vez se apoyó en la mujer que tenía ante sí para no caer. Esta, al notar el empuellón, se giró con cara de malas pulgas; llevaba un bastón en la mano y, con cara de asco, le dio un garrotazo, en medio de la cabeza, al tipo que había chocado con ella.

Al verlo, Cornelius cogió a Heather de un brazo, tiró de ella y la ancló a su lado para que no fuera a recibir algún golpe.

—Señores, por favor.

El lacayo que se ocupaba del ascensor no sabía lo que había pasado para que aquella mujer hiciera aquello.

—¡Será bribón! Mantenga las manos en los bolsillos —gruñó la mujer en el mismo momento que el cubículo se paraba en el primer piso y, levantando la nariz, salió con aires de grandeza.

Todos los que quedaban miraban a aquel hombre que había recibido el castañazo.

—Yo no he hecho nada —decía tocándose en lo alto de la cabeza.

Heather miraba a Cornelius y se mantenía callada. Este lucía una seriedad muy extraña en él. En cuanto se volvieron a detener, salieron los dos, y ella, que lo hizo delante, se paró de repente y lo encaró.

—¿Qué pretendía?

—Estaba tan seria que quería hacerla sonreír.

La boca de ella se abrió por la sorpresa. Reparó en lo cómica que había sido la reacción de la mujer, y se le fueron estirando los labios.

—La próxima vez, vigile que no sea yo la que lleve bastón.

—¿Me habría pegado en la cabeza por tocarle el culo?

—Nooo, quizá le habría roto sus colgantes reales.

Él hizo una mueca como si se lo estuviera imaginando, y ella se dio la vuelta para que no la viera sonreír. Ese hombre alto y musculoso era como un niño grande: le gustaba hacer travesuras, hablar a destiempo y con la intención de escandalizar a quien tuviera alrededor. Y la verdad era que aquel desparpajo empezaba a agradarle.

Capítulo 9

Habían dado la medianoche y la habitación 222 estaba en completo silencio, aunque por la rendija se podía apreciar un haz de luz muy tenue que demostraba que quien estuviera allí no dormía tan plácidamente como el resto de los huéspedes, salvo los caballeros que a esas horas todavía estaban en el bar del hotel o jugando alguna partida de naipes.

Bajo la luz de varios candelabros, Calpurnia, lady Susan y Jacquetta barruntaban un plan después de haber cenado con Cornelius y Heather, la pareja perfecta. Altos, jóvenes, de un físico muy bueno y con excelente salud: ¡todo estaba a su favor! Cornelius no era como el típico caballero inglés —era un tanto... peculiar, por decirlo de alguna manera—, algo despertaba en la joven, pues el color escarlata de sus mejillas así lo presagiaban.

—Hay algo en él que la perturba —señaló Calpurnia con una pierna sobre otra y, luego, colocando mejor la bata.

—No me quitas de ninguna duda, Calpurnia —protestó un poco lady Susan, que apreciaba su malestar.

—Creo que va a ser difícil juntarlos.

Jacquetta chasqueó la lengua.

—¿Por qué lo dices? —se interesó Calpurnia.

—Heather es una chica que ha cuidado a su abuela, siempre ha estado bajo la protección de Margot, y ya sabemos que las mujeres jóvenes son muy ingenuas.

—No creo que sea así, Jacquetta —apostilló lady Susan al interrumpirla—. La vemos más niña de lo que es. Es una mujer bastante espabilada, aunque por el momento está abrumada con lo que nos ha pedido. Creo que es lo que le pasa.

—A lo que voy es... ¿Cornelius es el indicado?

Jacquetta parecía tener dudas.

—Lo es. Ella necesita a un hombre como él: experimentado y trabajador...

—¿En la vida o en la cama? —cuestionó lady Susan.

—En ambas, que le enseñe de todo, y ese es Cornelius. Además, os puedo asegurar que no es un libertino. Las mujeres se le ofrecen y él, bueno, de vez en cuando, se permite algún escarceo;

pero es formal y, como Heather, también ha sufrido muchas pérdidas en su vida. Os aseguro que irse con las mujeres es su modo de sobrevivir a una vida solitaria —les explicó Calpurnia.

—Se os está pasando algo inadvertido. —Sus amigas miraron a lady Susan con curiosidad—. Heather se puso colorada. Una muchacha casamentera solo se pone de ese tono escarlata por dos hechos. Uno, lo que oiga o lo que le diga; dos, que quien lo diga sea el hombre que le gusta.

A lady Susan no se le había pasado inadvertido aquel hecho.

—¿Crees que a Heather le gusta Transilgate?

Jacquetta era la más escéptica de las tres.

—Ninguno es indiferente al otro: ni él de ella, ni ella de él.

Lady Susan expuso lo que había visto durante la cena.

—En eso me fijé también. —Calpurnia le dio la razón—. Y en eso debemos agarrarnos para juntarlos.

—Lo que debemos hacer es que pasen más tiempo juntos, buscar cualquier excusa para que compartan tiempo —añadió lady Susan.

—Cornelius cenará con nosotros todas las noches —dijo Calpurnia.

—A lo largo del día, deberíamos buscar esos momentos —intervino Jacquetta comprendiendo a sus amigas.

—Exacto.

Lady Susan se encogió de hombros.

—Dentro de poco habrá que adornar algunos rincones del hotel con motivo de la Navidad.

Calpurnia no terminó la frase.

—Les podemos decir que intervengan. —Jacquetta leyó las intenciones de Calpurnia—. Y así con todo.

Calpurnia le sonrió a Jacquetta; mas, al mirar a Susan, se le borró la mueca.

—¿Qué barruntas? —le inquirió a Susan.

—Sigo dándole vueltas a una cosa.

Lady Susan no añadió nada más.

—¿El qué?

Jacquetta no la entendía.

—Que haya un hombre que le guste el dolor para excitarse. —Las observó a ambas y parecía que les hablaba en la lengua de Chin Wang—. No es tan difícil, de verdad. El problema no es Cornelius, sino ese canónigo-lechuguino que está en el Wharrington. He conocido a hombres que les excita el dolor, pero siempre van en busca de una mujer y, en estas fechas, hay muchas en el hotel.

—¿Quieres decir que el canónigo...?

—Canónigo-lechuguino puede ir detrás de cualquier mujer, incluida Heather. —Lady Susan no le había permitido a Calpurnia terminar la frase—. Por más motivo hay que juntarla a Cornelius, y ya sabemos que los hombres de Dios no ganan mucho, y como ese entere de su

fortuna...

Negó con la cabeza y el dedo índice alzado.

—El canónigo, un cazafortunas —musitó Jacquetta.

—¿Crees que puede ser un inconveniente?

Calpurnia no había caído en ese detalle, ya que se trataba de un canónigo, no de un hombre cualquiera.

—Parece mentira, hay hombres que son como sabuesos: no necesariamente tienen que ser religiosos, están donde huelen el dinero —les advirtió lady Susan.

—Habrá que tener mil ojos.

—Mantendremos a Heather apartada de todos los hombres que podamos, mientras llevamos a cabo nuestro plan de juntarla a Cornelius —contó Calpurnia convencida, lo estaba tanto que se sentó al borde del sofá.

—También debemos comerle un poco la oreja a Cornelius, menudo nombre... —Lady Susan no pudo evitar hacer es comentario... de que Heather es la única que le conviene. Aunque creo que no requerirá de nuestra ayuda.

—Sí, sus miradas siempre iban dirigidas a ella. Las demás existíamos, pero estaba muy pendiente de sus reacciones —se acordó Jacquetta.

—Y así será. Hay que ponerse manos a la obra, señoras —las azuzó, con determinación y rapidez, Calpurnia—. Los juntaremos como sea.

—Lo conseguiremos.

Jacquetta alzó el puño.

Calpurnia se acercó al mueble y cogió una botella de madeira para servir tres copas, con las cuales brindaron por su magnífico plan.

El silencio retornó a la habitación 222, aunque a veces era roto por las bajas exclamaciones de las tres mujeres, en el momento que comenzaron a trazar su plan.

Capítulo 10

Cada día que pasaba, el Wharrington Palace vibraba más con los preparativos de los festejos navideños. El acebo, la hiedra y los helechos decoraban casi todas las superficies junto a velas que daban un ambiente festivo. De los techos colgaban los ramilletes de muérdago y tentaban a los hombres a robar besos a las mujeres, algo que molestaba a muchas matronas.

—Eso es una indecencia —decía una mujer con una verruga en la nariz, a la que le gustaba mucho chismorrear.

—No, milady, es envidia —le soltó Calpurnia una noche que la escuchó.

—¿Qué quiere decir?

Se envaró la dama, que no era ninguna lady.

—Encima de envidiosa, corta de entendederas —afirmó lady Susan, viendo como dos jóvenes recién casados se besaban con recato bajo un ramillete de muérdago—. El amor es lo más hermoso que tenemos en este mundo.

—Déjalo, Susan, ¿qué se le puede pedir a alguien que no lo ha vivido como nosotras?

—Nada, desde luego. No hay más ciego que el que no quiere ver y, si está señora vigilara a su hija, sabría mucho más de lo que hablamos.

Ambas la miraban como si le advirtieran que, con la boca cerrada, estaría guapa.

—Mi niña es una señorita intachable, no como otras.

—Le doy la razón en lo de «no como otras», lo otro lo pongo en duda —observó Calpurnia—. Sobre todo cuando la he visto en Hyde Park, lejos de su atenta mirada, coqueteando con hombres de mala reputación.

A la mujer se le tiñeron las mejillas de un subido tono carmesí.

—Deben haberla confundido con otra.

Su voz sonó chillona.

—No creo. Con esos colores chillones de sus vestidos, es inconfundible, es como un farolillo en la oscuridad.

A lady Susan le gustaban los colores vivos; sin embargo, los naranjas, los calabaza, los verdes repollo y los cobrizos no los podía soportar.

La mujer soltó un gruñido muy poco femenino y salió del salón de té como si se le estuvieran prendiendo fuego las faldas. Calpurnia y lady Susan supusieron que iba en busca de su adorada hija; si la pillaba en posición comprometida, sería interesante ver su reacción. Lástima que no pudieran convertirse en insectos para curiosear. Por suerte para ellas, no tuvo que salir del hotel para encontrarla.

Cornelius volvía de un paseo matinal, le gustaba empezar el día con una buena caminata. Allá, en Edimburgo, lo hacía por su amplia propiedad y, después, desayunaba antes de ir a la destilería, a controlar los trabajos.

En Londres, se cruzaba con muchos caballeros que preferían hacerlo a caballo. Sin embargo, para él era como una parte importante del deporte del que era muy aficionado: el boxeo, el cual practicaba a diario. En su suite había hecho que Pots colgara un saco para poder ejercitarse.

Al entrar en el Wharrington, una muchacha se le iba a echar encima; con sus reflejos bien entrenados, posó las manos en sus hombros para que no lo atropellara.

—Señorita, debería mirar por dónde va.

La jovencita, que no tendría más de dieciocho años, lo miró con una caída de pestañas muy estudiada, y él la soltó.

—Ya lo hago —dijo ella con voz melosa y poniendo morritos.

—Si eso es cierto, ¿se ha tirado sobre mí a propósito?

No lo entendía.

Cornelius vio que se ponía un dedo en la boca y se lamía la punta con descaro.

—Puede ser. ¿Se ha fijado en que estamos bajo un ramillete de muérdago?

Él no podía creer que lo estuviera invitando a que la besara. Era la primera vez que reparaba en ella, no habían sido presentados y podía ponerlo en un lío.

—Hay por todas partes.

Señaló lo evidente.

—Eso quiere decir que podemos aprovechar la ocasión.

Cornelius dio un paso atrás al ver las intenciones de la muchacha.

—Señorita, se ha equivocado de hombre.

—Nooo...

En ese instante, una mujer llegó junto a ellos.

—Claire, hija, ¿este hombre te está molestando? —Su voz era chillona y llamaba la atención de las personas que había en el vestíbulo. Él miró a aquella mujer con una ceja alzada y, luego, a la hija, esperando a ver lo que contestaba. Con sorpresa advirtió que bajaba la cabeza y sus hombros se sacudían como si estuviera llorando—. ¿Qué te ha hecho este desalmado?

—Señora...

—Lady March —lo interrumpió dándose importancia.

—Lady March, su hija me ha arrollado cuando entraba y pretendía que la besara al estar debajo del muérdago.

Su voz profunda era escuchada por todos los que se habían parado a saber qué estaba pasando.

Con semejante alboroto, lady Susan y Calpurnia salieron del salón de té.

—¡Miente! —exclamó la muchacha—. Era él quien quería robarme un beso.

Los ojos de Cornelius la miraron con furia.

—¿Me acusas de mentiroso, pequeña zorrita? ¿Qué es lo que pretendes?

El enojo que sentía hacía que no midiera sus palabras.

—¡Alfred! —bramó la mujer lanzándole llamaradas por los ojos.

Ante aquel grito, un hombre fornido salió corriendo de la sala de los caballeros, y se situó al lado de ellas.

—¿Qué está pasando aquí? —Se escuchó la voz cascada de él—. ¿Qué es todo este alboroto? ¿Qué has hecho, niña?

Sus pequeños ojillos se clavaron en su hija. Por sus palabras, Cornelius supo que no era la primera vez que la chica se metía en un lío.

—No te encares con ella, ¡este desaprensivo ha intentado besarla bajo el muérdago! —gritó aquella, que cogía a su hija por los hombros.

—Señor, eso no es cierto —desmintió Cornelius.

—Tienes que hacer algo, Alfred, no podemos permitir que avasallen a la niña.

—Por los huevos del profeta, le estoy diciendo que no he hecho nada parecido.

Cornelius estaba perdiendo la paciencia.

—Encima es un blasfemo, yo creo a mi pequeña.

Aquella mujer estaba tan loca como su hija.

—¿Qué es lo que quiere, señora? ¿Que nos batamos en duelo por el honor de su descarriada hija?

Al tal lord Alfred March, el padre de la chica, se le abrieron los ojos como platos al escucharlo.

—Quizá con una disculpa...

Viendo a las personas que se estaban congregando en el vestíbulo, el hombre trató de calmar los ánimos.

—Muy bien, estoy esperándola. Nadie me trata de mentiroso y aprovechador.

—De ella no, sinvergüenza. Suya —ordenó aquella bruja.

—¿Qué se ha creído usted?

Cornelius no estaba dispuesto a eso, sería como admitir que había hecho lo que ella decía.

—Entonces, tendremos que salvar el honor de mi hija de otra forma —sugirió lady March, tozuda como una muela.

—¿Qué propone?

—Alfred, enséñale que nadie se mete con la niña sin pagar las consecuencias.

Las cejas de Cornelius se elevaron, esperando a ver qué decía o hacía el hombre, y se sorprendió cuando levantó un puño y lo arreó con fuerza en la barbilla, lo que le hizo girar la cara. Él no lo pensó dos veces y devolvió el golpe dándole en la nariz, y lo dejó tendido y sin sentido en el suelo.

—Señora, espero que el honor de su hija esté resuelto con satisfacción, o quizá quiere que espere a que su esposo recupere el sentido, y que sigamos. ¿Es eso? ¿Pretende que le dé una paliza a su marido? ¿Es que quiere usted librarse de él?

Cornelius sabía que se estaba pasando con sus comentarios, no obstante, que aquella bruja empujase a su esposo a la violencia lo hacía sospechar. Además, el hombre estaba inconsciente y ella ni lo había mirado, ni se le había acercado a ver cómo estaba. Aquello era más que inquietante.

—Se arrepentirá de esto —bramó ella.

Él le dio la espalda y subió a su suite a cambiarse, se sentía sucio después de aquel episodio. ¿Cómo podía haber, en el mundo, mujeres tan calculadoras y conspiradoras?

Capítulo 11

Después de descargar su furia en el saco de boxeo que Pots había colgado en la suite, se refrescó y se vistió con su habitual elegancia. Tenía pensado buscar a Heather y devolverle el pendiente que se le había quedado en la boca cuando degustaba la piel de su oreja.

Salió al pasillo, y la alfombra mullida amortiguaba sus pasos; se preguntaba dónde encontrarla a esa hora, seguro que estaría abajo con las damas. Recorrió el salón de té, el restaurante, la sala de festejos por si estaba ayudando a decorarla; sin embargo, no la veía por ningún lado. O había salido o seguía en su dormitorio. Para asegurarse subió y, al plantarse ante su puerta, oyó movimiento dentro; estaba allí. Dio dos golpecitos con los nudillos y, en unos segundos, esta se abrió.

Heather vestía de rosa pálido, con lazos bordados en el cuerpo, con un escote recatado y las mangas que se adaptaban a sus brazos. Estaba preciosa.

—¿Qué está usted haciendo aquí?

Ella le frunció el ceño.

—Ni un hola, ni cómo está. Cualquiera diría que soy un desconocido.

Ella resopló.

—No lo es, pero sabe muy bien que no es decoroso visitar a una mujer en su dormitorio.

—Lo que sé es que, si no me deja pasar, alguien puede vernos.

Heather no se movió ni un poco para darle acceso a su habitación.

—Lo cierto es que le voy a dar con la puerta en las narices.

—Eso sería muy doloroso y, tal vez, desfiguraría mi agraciada cara —se guaseó.

—Si fuera tan tonto como para no apartarla...

Ella se preguntaba qué tenía ese hombre que le agradaban sus batallas verbales.

—¿No quiere saber por qué he venido?

Él pretendía despertar su curiosidad y le sonrió como un demonio.

—No, si para ello tengo que dejarlo pasar.

Ella iba a cerrar cuando él dijo:

—Tengo algo que le pertenece.

En ese instante, oyeron que alguien se acercaba por el corredor, y él la cogió por la cintura, entró en el dormitorio y cerró la puerta después de dejarla sobre sus propios pies.

—Váyase ahora mismo.

Cornelius puso un dedo sobre los labios besuqueables.

—Sh, la van a oír.

Ella sabía que tenía razón, y se calló para escuchar.

—Ya se han ido, salga de aquí.

Ella puso los brazos en jarras, en actitud bravucona.

—Si no, ¿qué va a hacer? ¿Se pondrá a gritar? —se burló.

Él sabía que no lo haría. Si ese fuera el caso, lo habría hecho cuando había personas fuera que la podían socorrer.

—Le puedo estampar una lámpara en toda la cabeza.

—Ya se vuelve a poner violenta —dijo él con una sonrisa demoníaca—. Tiene que tranquilizarse. Si quiere, le puedo enseñar cómo hacerlo.

—Solo con que salga de mi dormitorio...

—Va muy equivocada —la interrumpió Cornelius—. Para relajar a una mujer, no hay nada como la lengua juguetona de un hombre.

Ella contuvo el aliento al imaginar lo que había dicho, y se le subieron unos atractivos colores a las mejillas.

—¿Y qué hace un hombre con el calor de una piel suave y firme de mujer? —Heather no estaba dispuesta a que él dijera la última palabra. Vio cómo él se removía dentro de sus pantalones—. ¿Se siente apretujado, milord? Tal vez, tendría que abrir la ventana para que se le pasara el sofoco. ¿O sería mejor que le echara un cubo de agua fría por la cabeza?

Cornelius se sorprendía de que ella fuera tan rápida cambiándole los papeles. Se suponía que era él quien soltaba las impertinencias, le encantaba hacer ruborizar a las damas; sin embargo, esta era muy capaz de calentarlo a él sin siquiera tocarlo, con aquella lengua que había probado y era como ambrosía para sus sentidos.

Los ojos verdes se habían clavado en él, lo recorrían de arriba abajo, y era como si una mano invisible lo estuviera acariciando. Su pene estaba reaccionando ante aquella mujer como no lo había hecho con ninguna; seguro que ella lo notaba y por eso lo miraba con aquella intensidad. Las ansias de envolverla con sus brazos y regalarle placer eran tan grandes que sus manos le picaban.

—Si no deja de mirarme así, se encontrará tendida de espaldas muy pronto.

—Eso es lo que usted se cree —lo retó ella.

Él se le acercó despacio, como un gran lobo que pretendía comérsela, y ella no se movió del sitio. Cornelius le puso una mano en la nuca y bajó la cabeza hasta estar probando aquellos labios jugosos; ella le acarició las mejillas e introdujo la lengua en la boca sorprendida de él, a quien se le escapó un gemido. Se besaron hasta que les ardieron los labios y, al separarse con las

miradas prendidas, ella preguntó:

—¿Qué es eso que tiene que me pertenece?

Cornelius se cuestionaba cómo podía tener ella la cabeza tan lúcida, cuando él estaba tan excitado que explotaría en cualquier momento.

—No trate de disimular, seguro que sus pezones están tan duros dentro del corsé que le duelen.

—Yo no finjo nada, solo sé que tiene que marcharse antes de que hagamos algo de lo que nos podemos arrepentir más tarde.

Heather dio varios pasos atrás para liberarse de la energía que la ataba a ese hombre.

—Le aseguro que no suelo lamentarme de dar placer.

—Lo imagino, es de los que la meten hasta en el agujero de un topo. Cuidado, que no le explote mientras la tiene dentro; su pene real podría convertirse en un agujero real, y su voz se convertiría en chillona, como la de algunas damas.

—¿Es que no se toma nada en serio?

—Claro que sí, pero no a usted. Los dos sabemos lo que busca, y le recomiendo que lo haga en otra parte.

A Heather le gustaría, no, le encantaría acostarse con ese hombre. Estaba segura de que juntos se lo pasarían de maravilla; ese cuerpo musculoso y lo que había notado bajo sus pantalones la harían enloquecer. Sin embargo, no debía olvidar que estaba allí en busca de un marido, y no lo encontraría si él le prestaba atención; alejaría a los posibles candidatos... y el tiempo corría en su contra.

Cornelius no la entendía; sabía que la había excitado, no obstante, que ella se negara en ese momento lo tenía desconcertado. Se puso la mano en el bolsillo y sacó el pendiente.

—Esto es suyo.

Ella abrió la boca sorprendida. Lo había estado buscando por todas partes, incluso había preguntado a las sirvientas del hotel por si se les había caído en alguna parte.

—¿Qué hace usted con mi pendiente?! —exclamó mirándolo con el ceño fruncido.

—Lo perdió el otro día en el árbol del vestíbulo.

—¿Y no me lo dice hasta ahora? Me he vuelto loca buscándolo.

Su tono indicaba que estaba molesta. Perfecto, él también. Lo había calentado hasta decir basta, y luego lo dejaba con una molestia agónica.

—No me he acordado hasta hoy —mintió.

Lo había tenido entre los dedos mil veces, imaginando que aquella pieza acariciaba el cuello satinado y suave de ella cada vez que se movía, deseando ser él quién lo hiciera.

—¿Cómo supo que era mío? Allí había muchas damas.

—Soy muy observador.

Los ojos verdes se entrecerraron. No le creía, y él no decía nada para convencerla.

—Me está mintiendo.

—No lo voy a afirmar, ni a negar.

—¿Por qué?

Cornelius la cogió por los hombros y la besó con rabia, con pasión, con ardor. Cuando se separó de ella, le mordió el labio y le sacó una gota de sangre que lamió con la lengua.

—Recuerde este beso cuando se haga esa pregunta —dijo con las pupilas dilatadas de lo enojado que estaba.

La soltó y salió de la habitación con un humor de perros. Esa mujer lo iba a volver loco.

Capítulo 12

Cornelius estaba de un humor sombrío. Lady Clover le atraía como nunca le había sucedido con ninguna mujer, sin embargo, parecía que lo único que ella buscaba era burlarse de él. Lo excitaba a más no poder y, luego, lo alejaba de ella, dejándolo con los huevos doloridos y una erección que le costaba controlar. Era como una enfermedad: verla, y su pene se encabritaba. Por si eso fuera poco, parecía tener el sabor de sus besos grabado en la boca.

Se quitó la camisa y se puso a dar golpes al saco de boxeo que Pots había colgado en un rincón de la suite. Ese día ya era la segunda vez que lo hacía por una mujer. La otra no le había importado, aquella mocosa malcriada lo que requería era una buena zurra dada por su padre. En esos momentos, ni recordaba su cara. En cambio, Heather Clover parecía haberle clavado un aguijón hasta el corazón; aquel pensamiento le rememoró las rimas de las que tanto se burlaban aquellas damas. Soltando un resoplido, le dio al saco con muchas más ganas. Necesitaba descargar aquella frustración y que su capullo reposara, algo difícil de conseguir cuando no se la sacaba de la cabeza.

A pesar de estar en pleno invierno y que no había encendido la chimenea, el sudor le corría por el rostro y el cuerpo entero. Necesitaba una mujer sí o sí; sin embargo, a la que deseaba mucho se temía que no podía tenerla, y eso hacía que odiara las reglas de la alta sociedad.

Después de bañarse, no le apetecía cenar en la misma mesa que ella; se la imaginaba muy satisfecha por haber usado sus artimañas de mujer con él, lanzándole aquellas miradas que lo encendían y las sonrisas que él solo deseaba para sí.

Vestido con su habitual elegancia, salió del hotel y se fue al White's. Allí cenaría y trataría de sacársela de la cabeza jugando un rato a los naipes.

Para su desazón, no consiguió hacerlo. Era como si la llevara impresa en su piel, como si su aroma lo persiguiera y le anegara los sentidos. Apenas veía las cartas que tenía en la mano, en sus retinas solo estaba el rostro de ella arrebolado después de besarla.

Después de perder varias apuestas, supo que debía retirarse, y así lo hizo. Salió del club y volvió caminando al Wharrington, esperaba que el frío helador que inundaba las calles a esa hora lo ayudara a despejar las ideas.

—¿Que ha hecho qué?! —exclamó Heather al escuchar los comentarios que hacían las damas sobre lo sucedido aquella tarde en el vestíbulo—. ¿Es que ese hombre no tiene vergüenza?

—Sí, la tiene, querida. Si hubiese sido otro, habría exigido solventar el asunto al amanecer en el campo de honor.

Jacquetta apoyaba el comportamiento de Cornelius.

—Son todos unos salvajes —murmuró el canónigo sin levantar la vista del plato y moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Desde luego —apoyó Calpurnia a su amiga sin hacer caso de las palabras dichas por aquel hombre—. No se puede jugar con el orgullo de un hombre.

—Esa muchacha a su padre entierra si él no la encierra.

Lady Susan soltó una de sus rimas, aunque esta fuera un poco macabra.

—Pero dejar al hombre sin sentido...

Heather sabía que Transilgate era fuerte, lo había notado cada vez que había estado en sus brazos, y se imaginó a un hombre refinado y mayor siendo víctima de su puño. Calpurnia, adivinando lo que se le pasaba por la cabeza, añadió:

—No te creas que era un viejete, era un hombre corpulento y fuerte.

—He tenido la sensación de que ya está harto de sacarle las castañas del fuego a su hija —terció Jacquetta—. Si por él hubiese sido, habría dejado a la malcriada y a su madre dando el espectáculo. No me extrañaría que, si la muchacha vuelve a poner a alguien en evidencia, hagan los baúles y se marchen a su casa. Su comportamiento es intolerable.

Heather veía a todas defendiendo a Transilgate, y ella recordó aquel beso lleno de furia que le había dado. Lo había disfrutado porque también había encerrado mucha pasión. No era tonta, y se daba cuenta de que él la había ido a ver después de aquel suceso. Tal vez, ella se había excedido excitándolo para alejarlo luego, sin embargo, la violencia no le gustaba por muchos motivos que él hubiese tenido.

Estaba cavilando sobre ello cuando escuchó al canónigo Peregrine, que hasta el momento solo había murmurado por lo bajo. Raro en él, pues siempre encontraba un comentario ofensivo y soltaba alguno de sus salmos.

—La violencia solo engendra más violencia.

No sé dirigir a nadie en particular, solo hacía saber su opinión.

—Estoy de acuerdo con usted —le respondió ella, sin pensar, con el ceño fruncido.

Calpurnia, lady Susan y Jacquetta intercambiaron una mirada. No podían dejar que Heather le siguiera la corriente al canónigo; si este iba en busca de esposa, debían impedir que ese hombre se la camelara.

—Vamos a dejar el tema. Estas exquisiteces que ha preparado la cocinera están deliciosas, ¿no crees, Heather? —dijo Jacquetta—. No puedo ni imaginarme cómo se va a lucir en el menú

navideño.

—Deberían pensar en los niños que no son tan afortunados como ustedes —les encasquetó el canónigo.

—Lo mismo podríamos decir de usted —soltó lady Susan mirándolo por sobre la copa de vino que se estaba bebiendo.

—Mi camino me lleva a recorrer el mundo. —Su mirada azul hielo la taladró, y sus dientes de tiburón se encajaron—. Mi misión no termina nunca.

—Y lo lleva a hospedarse en un hotel como este, en lugar de con sus feligreses —le arreó lady Susan con una ceja alzada.

—Señora, yo voy donde hago más falta. Y en este momento, aquí, hay muchas personas a las que no les vendría mal escucharme.

Eddie se había mantenido callado, escuchando. En ese momento se dio cuenta de que, si ese hombre empezaba a criticar a sus huéspedes, le podía perjudicar el negocio.

—Canónigo Peregrine, le agradecería que dedicara su misión a los que quieran escucharlo.

—Desde luego, señor. Espero que no haya tenido ninguna queja sobre mí.

—No, no la he tenido. Que siga de esa forma —asintió el dueño del hotel.

Heather se preguntaba cómo había llegado a ese punto. Si habían empezado hablando del altercado de Transilgate, ¿qué tenía que ver el canónigo Peregrine en eso? ¿Es que el hombre no podía dar su opinión?

Sin entenderlo, se disculpó y dijo que estaba cansada y se retiraba a su dormitorio.

—¿Te encuentras bien, querida? —se interesó Calpurnia extrañada de que subiera tan pronto; lady Susan y Jacquetta también la miraban con preocupación.

—Sí, no os inquietéis.

Para que no siguieran indagando sobre lo que la había puesto de ese extraño humor, salió del comedor a paso ligero. Dejó detrás de sí a sus amigas, que la siguieron con la mirada hasta perderla de vista.

Ya en el vestíbulo, Heather aminoró el paso. Sabía que se le escapaba algo de los comentarios de la mesa, sin embargo, no entendía qué. Desde su punto de vista, el canónigo podía dar su opinión, como todos los demás. ¿Por qué le tenían aquella ojeriza?

Por el rabillo del ojo, notó que entraba alguien por la puerta y, al girar la cabeza, lo vio: Transilgate llegaba con su andar de pisada potente. ¡Oh, Dios, no! ¿Estaban destinados a tropezarse en todos lados? Apresuró el paso para ignorarlo, pero ya era demasiado tarde.

—Vaya, ¡qué suerte la mía! —habló él sin importarle quién lo escuchara al acercarse a ella—. Fuera hace un frío helador, y acabo de encontrar a quien me calentará. —Lo último lo dijo al llegar junto a ella y en voz baja, solo para sus oídos, y añadió—: Mi suite es la 303.

Y le guiñó un ojo con picardía.

—Es usted un sinvergüenza, ¿es que no se da cuenta de que pueden escucharlo?

Se detuvo y los ojos verdes lo miraron lanzándole rayos.

—No creo que tengan el oído tan fino. Después de todo, he tenido la cortesía de no gritarlo como usted.

—Yo no he gritado.

Ella bajó el tono mirando alrededor.

—Pues tendrían que estar sordos para no haberla escuchado.

Al hablar él se quitó los guantes, y ella pudo ver sus nudillos enrojecidos, lo que le recordó lo ocurrido allí mismo.

—¿Cómo se ha hecho eso?

Ella quería saber si le mentiría.

—Ha sido con mi saco de boxeo. Hoy he tenido un par de encontronazos y me he desahogado de esa forma.

—¿Solo dos? Con sus impertinencias, me extraña que no sean más.

—Muy aguda, pero lo que usted llama insolencia no lo es para mí.

Ella hizo una mueca con los labios.

—Todo son maneras de ver las cosas.

Heather se giró para marcharse, y él la tomó por un brazo.

—¿No quiere saber lo que me ha hecho desfogarme a golpes?

Él la retuvo con la pregunta, y ella se paró sin darse la vuelta. Quería decirle que había sido ella; que, si no había besado a aquella mocosa, había sido por ella, porque no podía sacársela de la cabeza.

—No, no quiero hablar con una persona tan agresiva —afirmó ella.

—¿Lo he sido alguna vez con usted?

Sus palabras quedaron en el aire, pues ella no se detuvo.

—Si lo hubiese intentado, lo habría dejado tendido en el suelo.

Aquella amenaza le hizo soltar una carcajada, y ella se estaba enfadando. Cornelius se le acercó hasta que ella pudo sentir el calor de su cuerpo en la espalda, se inclinó a su oído y le susurró:

—Es una mujer bellísima, pero cuando se enoja lo es mucho más. Su cuerpo tiembla y sus ojos lanzan unos rayos que me gustaría ser atravesado por ellos.

Heather se dio la vuelta y, con una sacudida de su brazo, se desprendió del amarre.

—Tiene usted suerte de que no tenga ese poder, lo despojaría de sus joyas reales con una mirada.

El rostro de él estaba risueño. Nunca había encontrado a una mujer con la lengua tan rápida como esta que tenía delante; disfrutaba de aquellas batallas verbales.

—¿Cómo podría darle placer si me deja sin mi armamento? ¿La tendría que hacer gozar con la lengua?

—Si la tuviera ocupada, no sería tan grosero.

—Podríamos hacer la prueba —susurró él y se acercó a ella hasta que le hizo levantar la

cabeza para mirarlo a los ojos.

—Es usted lo más insolente, vulgar, soez y maleducado que he hallado jamás. Manténgase alejado de mí si no quiere salir muy malparado.

—Estoy temblando con sus amenazas.

Soltó una risita que la enfureció aún más.

—Debería. —El cuerpo de ella vibraba de indignación, y sus ojos se habían oscurecido—. Una palabra aquí, una afirmación por allá... Ya sabe cómo es la sociedad londinense: su reputación y negocio se pueden ir al traste en menos de lo que tardo en chasquear los dedos.

Que se pusiera con él no le importó, sin embargo, su negocio era sagrado; muchas familias dependían de la destilería como para tomárselo a broma. Su genio subió como la lava de un volcán. Cornelius frunció el ceño y sus ojos marrones se clavaron en ella, al mismo tiempo que la cogía por los finos hombros y la elevaba hasta su altura, hasta que su aliento le diera en el rostro.

—Puede cotorrear lo que quiera de mí, pero, si oigo una mala palabra sobre mi empresa, se arrepentirá de haber abierto esa boca.

Como si sintiera asco, la soltó con una maldición en los labios, se giró y fue a la sala de caballeros. Necesitaba una copa. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto con esa mujer?

Heather no esperó el ascensor, subió por las escaleras. Reconocía que se había pasado con Transilgate, pero tenía que alejarse de él porque, en lo más profundo de su alma, notaba que, cuando estaban cerca, sentía unos hilos invisibles que la unían a ese hombre, que la atraían hacia él, a dejarse envolver entre sus brazos y perderse en esos besos que la alteraban muchísimo.

No debía olvidar el objetivo de su estancia en Londres.

Capítulo 13

Pasados unos días tras el enfrentamiento que había tenido con Cornelius en el vestíbulo del hotel, luego de haberse enterado de que le había pegado a un hombre, Heather continuaba molesta con él. Lo evitaba en todo momento, aunque una parte de ella quería acercarse a él, y de esa guisa llegó la noche anterior a Nochebuena.

En ese tiempo, a pesar de ser corto, lo observó, lo cual provocaba que la atracción que sentía por él fuera en aumento, pues recuerdos tales como lo sucedido detrás del árbol o el beso que le había dado cuando le había entregado el pendiente que le había robado a propósito solo conseguían que lo deseara más. Era consciente de que no tenían ningún tipo de relación afectuosa o cercana; sin embargo, verlo hablar animadamente con otras damas la convertían en una mujer celosa y le hervía tanto la sangre que, aun siendo invierno, más de una noche, se había visto obligada a dormir desnuda, así podía tocarse con total libertad. Jamás se había masturbado, pues siempre había tenido a un hombre dispuesto a darle placer —Joseph, el mozo de cuadras de la casa de su abuela—; sin embargo, debía conformarse con sus manos por culpa de Cornelius.

«¿Por qué no habré sido más atrevida?», se cuestionó esa noche antes de los festejos de Nochebuena, a la vez que andaba por su cuarto, dibujando un camino imaginario.

En otro tiempo, no hacía mucho, sí lo había sido. En más de una ocasión, había esperado a Joseph desnuda en una cuadra vacía, tumbada sobre la paja; o aquella tarde en la que había pegado su estrecho cuerpo contra la pared de la cuadra, y su pubis había quedado sobre la madera y sus pechos, encajados en los barrotes de la parte superior para tomarla por atrás. Había sido lo más excitante que había vivido.

No obstante, la atracción tan arrolladora que sentía por Cornelius no la había experimentado en ningún momento por Joseph; solo era diversión, sexualidad salvaje. Sin embargo, con Cornelius percibía que era algo más; quizá, esos hilos invisibles que los unían. Era raro, sobre todo, por el ataque de celos que debía disimular; con solo pensar que las mujeres podían haber probado el calor de sus labios o bebido el deseo de su boca, la enervaba.

Ella conocía el placer que daban los hombres, entonces, ¿por qué Cornelius la ponía tan nerviosa? No podía decir lo mismo de su ausencia, ya que siempre notaba su cercanía aunque

hubiese unos metros de por medio, o sentía sus ojos sobre ella. Estaba claro que, si quería saber si era un hombre mujeriego o había más de una mujer en su vida, curiosidad que mantenía a raya desde que lo había conocido, solo podía aventurarse a coger un pequeño candelabro con una vela y salir por una puerta secreta que había en la estantería de la sala de estar de su habitación.

Se sabía todos los recovecos que había en el hotel debido a que, cuando su abuela se reunía con sus amigas de la sociedad secreta, ella iba y venía por los pasillos; hasta que un día había descubierto, en la habitación 222, un pasadizo secreto. A partir de entonces, los iba buscando e investigaba a dónde la llevaban; en algunos casos se había sorprendido, porque había bifurcaciones a la derecha o a la izquierda. Los había aprendido de memoria.

Pese a haber tardado tanto tiempo en regresar, aquellos pasadizos no habían cambiado un ápice, lo cual agradeció, puesto que podría perderse fácilmente. Eran oscuros, inhóspitos, aunque eran unos buenos escondrijos por los que espiar. Estaban llenos de polvo y las telarañas brillaban por la luz de la vela; ella temblaba, debido a la brisa que entraba por algún agujero o grieta. Nunca había comprendido cómo era posible.

Continuó con los ojos bien abiertos y con cuidado de dónde pisar. A medida que avanzaba, podía escuchar conversaciones, como parejas hacían el amor; esos jadeos le endurecieron el pecho y le azuzaron el deseo.

Un arrepentimiento la azotó. Ella pudo haberse perdido en el cuerpo de Cornelius cuando la había besado en su habitación, mas lo que le interesaba era ver qué hacía o con quién estaba.

Tras subir varios escalones, que la trasladarían de la segunda planta a la tercera, apuró el paso y afinó el oído para oír mejor lo que sucedía en cada cuarto: discusiones muy acaloradas en víspera de Nochebuena —«No va a ser muy buena a este paso», pensó—, silencios prolongados, conversaciones sobre las fiestas del hotel en esos días. De pronto, una voz familiar la frenó.

—Necesito una perita en dulce.

¡Era Cornelius!

Heather se acercó al hueco y agradeció a todos los dioses que hubiese una mirilla en la pared, escondida en la habitación por algún objeto que le permitía ver sin ser vista. No sabía en qué parte de la suite se hallaba, mas ahí estaba: sentado en un sillón, desnudo, con un vaso de whisky en una mano y con la otra se masturbaba.

—Sí, una perita en dulce que envuelva con su calor mi falo para guiarlo como un faro hasta el orgasmo —dijo mirando hacia donde estaba Heather.

Ella permaneció tranquila y así sería aunque él la cazara, ya que estaba tan absorta, hipnotizada por su miembro duro, enhiesto, que se le secó la boca y comenzó a boquear por su tamaño. ¡Jamás había visto nada igual! Heather había observado el de Joseph; lo había acunado, magreado, besado, lo había acogido en su interior. Todavía recordaba lo bien que se sentía llenándola con su carne durante aquellas tardes cuando se encontraban.

No obstante, deseó el de Cornelius cuando este aumentaba el ritmo de su mano con la cabeza echada hacia atrás, jadeante. El cuerpo de Heather reaccionó al anhelo de aprender a cabalgarlo;

así, sus caderas comenzaron a cimbearse por acto reflejo, a la vez que sus labios íntimos se humedecieron más de lo que ya estaban. Se levantó el camisón para tocarse y, sí, estaba muy húmeda y sus pliegues vibraron bajo el tacto de las yemas de sus dedos. Los pechos, a causa de la brutal excitación, le pesaban y, en un intento por aflojar su necesidad por él, con gran destreza se desabrochó los botones del camisón para liberarlos, y la frialdad se los lamió en cuanto separó la tela y los pezones se le endurecieron aún más.

Nada era suficiente para aflojar la presión que iba aumentando en su entrepierna. Tenía el corazón desbocado, requería sentirlo dentro. Era tal el anhelo que, mientras el deseo le hervía la sangre y le cegaba la mente, salió de su escondrijo para encaminarse a su habitación.

Frente a la puerta que él le había dicho, llamó una vez. Solo obtuvo silencio y volvió a llamar, sabía que estaba dentro y solo. De súbito, la puerta se abrió y apareció él, completamente desnudo.

La boca se le hizo agua.

Capítulo 14

—Maldita sea —soltó Cornelius al escuchar unos golpecitos en la puerta de su suite—. Quien sea puede irse al diablo, no abriré.

Estaba sentado en el sillón orejero ante la chimenea, desnudo, con una pierna sobre el brazo del mueble; en una mano, sostenía un vaso de whisky y, con la otra, se estaba acariciando el pene, mientras en las llamas veía con nitidez el rostro de Heather Clover. Esa mujer lo había embrujado. El hotel estaba lleno de bellezas, sin embargo, ninguna lo atraía como ella. Y mucho se temía que, si se llevaba a alguna a la cama, haría el ridículo más espantoso de su vida. Nadie despertaba en él el anhelo que había dejado lady Clover a su paso.

Los golpes volvieron a sonar, esta vez con más insistencia. «¿Quién se habrá escapado del infierno para hacerme una visita a estas horas? ¿Quién amenaza con interrumpir el placer de mis huevos dorados? ¿Es que no le dan pena a nadie?», pensó. Se levantó de mala gana y fue a abrir la puerta. Cuál no fue su sorpresa cuando, al hacerlo, se encontró cara a cara con la fuente de sus desvelos: Lady Clover, con el camisón abierto.

Los ojos de ambos se recorrieron de arriba abajo y, como él no salía de su estupor, ella lo empujó con una mano sobre el pecho velludo para entrar en la habitación. Una vez dentro, sus ojos se recrearon en el pene grande e inhiesto que apuntaba hacia el ombligo del hombre. Mientras él se fijaba en la piel aterciopelada que dejaba ver la abertura de aquella prenda diáfana, los pezones eran como dos guijarros que lo señalaban con descaro. Se pasó la lengua por los labios, ansiando probar aquellos succulentos montículos.

Heather, al ver la lujuria descarnada en aquellos ojos brillantes de excitación, se movió con sensualidad, dejando que el camisón resbalara por su cuerpo hasta quedar en el suelo, y ella, tan desnuda como él. Con hambre, salvó la distancia que los separaba y le ofreció su boca, al mismo tiempo que una pierna se enrollaba en la de él y una mano se colaba entre los dos cuerpos y acariciaba el falo, que se sacudía entre sus dedos. ¿Joya real? Sí, la podía llamar así, siempre y cuando no fuera de las gordas y tontas. Había escuchado, en más de una ocasión, que el tamaño no importaba, mientras que se supiera usarla.

Cornelius le puso una mano en la nuca y saboreó aquella boca tentadora, dulce, atrevida, y le

acariciaba el pecho con la otra. Lo sopesó y era perfecto, lo pellizcó con suavidad y ella gimió dentro de su boca. La cogió por la cintura y la elevó hasta que aquellos apetitosos pezones estuvieron a la altura de su boca, y los probó con hambre, al tiempo que sentía que ella enredaba los dedos en su cabello y lo despeinaba por la pasión que los envolvía.

—Tus pezones son como pequeñas cerezas, frescas y maduras —dijo en el momento en que pasó de uno a otro.

—Pues cómetelas —murmuró ella al sentir que el placer que le estaba dando en los pechos le recorría el cuerpo entero.

Él no necesitó más aliento, se dedicó a mordisquearle el otro y lo hizo arder. Ella lanzaba grititos de gozo y, enrollando las piernas en la cintura masculina, empezó a frotarse contra aquel pene, que prometía el paraíso. Se sentía enardecida de pasión, aquel hombre sí que sabía cómo hacer vibrar a una mujer. Estaba tan fuera de sí que no notó que él había caminado hacia la cama, donde se dejó caer de espaldas, y ella se encontró, de pronto, encima de aquel cuerpo vigoroso. Le tomó las mejillas entre las manos y lo enloqueció a besos, su lengua entraba y salía tal como quería que hiciera con el cuerpo. Él le acariciaba los pechos, los costados, las caderas y le amasaba las nalgas.

Cuando Heather notó que él quería darse la vuelta y quedar encima de ella, lo paró y negó con la cabeza; le atormentó los pezones chatos con la lengua y los dientes, e hizo que levantara las caderas del colchón. Con movimientos seductores y calculados, se elevó sobre él y con lentitud fue dejando que aquel gran pene entrara en su cuerpo.

—¡Ah! —exclamó él cuando estuvo totalmente hundido en ella—. Cariño, tu rosa de pitiminí me acoge como un guante confeccionado a medida.

A Heather le parecía que estaba atravesada por una gran espada candente. Empezó a moverse y él la cogió por las nalgas, acompañando sus envites, al tiempo que sus caderas se elevaban buscando el contacto seductor de aquel cuerpo, que lo cabalgaba como una valquiria.

El ritmo de las acometidas se fue intensificando, ambos gozaban con cada uno de los movimientos hasta el delirio; las manos masculinas recorrían aquel cuerpo, que le estaba dando un placer enloquecedor.

Heather entrelazó los dedos con los de él, ambos estaban a punto de explotar y, llevando las manos al lugar donde estaban unidos, lo acarició, al tiempo que él la tocaba a ella. El orgasmo fue descomunal, intenso y largo. Ambos gritaron hasta casi ahogarse y, cuando saborearon todas las sensaciones, ella, saciada, cayó sobre el pecho de él y se acurrucó contra aquella piel cubierta de vello suave.

Cornelius estaba eufórico, aquella mujer era una diosa en la cama. Cuando el retumbar de su corazón fue volviendo a la normalidad, recordó aquella discusión en la que ella incluso lo había amenazado. Durante los días que habían transcurrido, había tratado de evitarla. No obstante, siempre sabía dónde estaba y con quién; era como si todo su ser vibrara cuando ella estaba cerca.

—¿En qué piensas? —susurró ella al verlo mirar el dosel de la cama.

—¿Por qué has venido?

Respondió a su pregunta con otra. Ella había levantado la cara, y sus ojos brillaban como esmeraldas.

—¿A ti qué te parece? —dijo ella moviendo las caderas, haciendo que él notara que aún estaba en su interior.

—Y, si me hubiese negado, ¿habrías esparcido rumores sobre mí?

Cornelius quería herirla tal como se había sentido él la última noche que habían discutido. Heather no entendía nada, él la había ignorado durante todos esos días en que ella se moría de celos. Se separó de él y se quedó de pie al lado de la cama.

—¿De qué me hablas? Yo nunca he cotorreado sobre nadie.

Él también se levantó y se impuso con su estatura.

—Entonces ¿por qué me amenazaste?

Ella recordó aquella discusión. Después de aquello, había oído tantas versiones de lo ocurrido que ya dudaba de todas ellas, y reconocía que se había comportado como una estúpida.

—Me había enterado de que te habías pegado con un huésped en el vestíbulo, y no me gustó.

—Es bueno saberlo. Si alguien se propasa contigo o te ofende, no moveré un dedo. —Las miradas de ambos se engancharon; a ella se le hundieron los hombros, y bajó los ojos—. ¿Es eso lo que quieres?

La voz de él no era lo picarona que solía ser, ni tenía esa sensualidad de un rato antes, mientras hacían el amor.

Heather no podía creer que aquella noche había terminado de esa forma. Se dio la vuelta como si llevara el peso del mundo sobre su espalda.

—Lamento haberte molestado —murmuró muy bajito, y caminó hacia donde había quedado su camisón.

Cornelius no pensaba dejarla escapar, llevaba días durmiendo poco y mal, teniendo sueños húmedos con aquella mujer.

—No, no, no, vamos a aclarar esto aquí y ahora —dijo cogiéndola del brazo para que se detuviera. La giró hacia él y puso su puño bajo el mentón para que lo mirara a los ojos—. Ese día tuve la mala suerte de cruzarme con aquella zorrilla y, después, tuve una discusión contigo. Cuando te llevé el pendiente, me calentaste y, luego, me echaste como si se tratara de un perro. ¿No tenía razones para desahogarme en mi saco de boxeo? ¿Qué hubiese preferido?, ¿que citara a ese hombre en el campo de honor en lugar de solucionarlo en el vestíbulo?

Con cada pregunta que le echaba en cara ella, se sentía peor.

—No puedo volver el tiempo atrás, solo te prometo que no volveré a juzgarte sin escucharte antes.

—No soy agresivo ni violento, siempre y cuando no se metan con las personas que me importan, y tú lo hiciste; no podía pasar por alto la amenaza que lanzaste contra mi negocio, del que dependen muchas personas y sus familias. —Heather se daba cuenta de que era un hombre

íntegro, de que se preocupaba por los suyos—. Practico boxeo porque me gusta, no para ir repartiendo leña por ahí.

—Me haces sentir como una cucaracha.

Al decirlo, él pudo ver humedad en aquellos preciosos ojos y se le enterneció el corazón.

—Esa no es mi intención. Solo quiero que comprendas que no todo es color de rosa, ni blanco ni negro. Un hombre que se viste por los pies exige respeto a quien lo rodea. —En los ojos de ella, veía escepticismo—. Puedes haber escuchado muchas historias por ahí sobre mí, no voy a negar que la mayoría pueden ser ciertas. Me gusta jugar y escandalizar con mis comentarios, eso ya debes haberlo notado. —La miró con una ceja alzada hasta que la vio asentir con la cabeza—. Soy así, no puedo ni quiero evitarlo.

Esas palabras las dijo con un guiño en sus ojos brillantes, y su voz ya había vuelto a ser la pícara de siempre.

Heather vio que había cambiado su forma de mirarla, había soltado todo lo que le había molestado, y era como si se hubiese sacado de encima el enojo. Reparó en que estaban uno frente al otro, completamente desnudos, y el falo de él no estaba en reposo.

—¿Te das cuenta de que estamos discutiendo, me estás riñendo y estamos desnudos?

Ella habló mirando aquella carne que cimbrea, y se le estiraron los labios en lo que parecía ser una sonrisa.

—Solo tú podías encontrar gracioso esto. —Cornelius se miró y vio al picaón que tenía entre las piernas, y levantó la cabeza—. Eres hermosa incluso cuando te enojas o cuando encajas una crítica. —Él acortó el espacio que los separaba, y los pezones de ella le acariciaron el pecho—. No soy el único que me he excitado. —Bajó la cabeza y le rozó los labios—. Ahora, que ya lo hemos aclarado todo y el pene real está bien lustroso, ¿qué te parece si...?

Ella no dejó que terminara de hablar, se aupó sobre la punta de sus pies y lo besó en el cuello con la boca abierta. A él lo recorrió un escalofrío placentero. La cargó en brazos y volvió a la cama, y la dejó en el medio con infinito cuidado. Se quedó un segundo de pie al lado para recrearse con la visión de aquel cuerpo escultural, y de sus ojos cargados de pasión, que eran como una llamada al gozo. Vio como ella se movía con seducción y ya no pudo resistir más; era como el canto de las sirenas, que lo atraía sin remedio.

Fueron unas horas maravillosas en las que ambos disfrutaron de su sexualidad al más alto nivel, daban tanto placer como recibían.

Al fin ella se quedó dormida en aquel nido que eran los brazos de él, y Cornelius la besó en lo alto de la cabeza, y también se dejó abrazar por Morfeo.

Capítulo 15

Antes del amanecer, cuando la última oscuridad de la noche bañaba todo Londres y la gente dormía, incluidos esos que guardaban la recepción del Wharrington Palace durante la noche, una sombra encapuchada se deslizaba por la entrada con una antiquísima lámpara de aceite, media oxidada, aunque el cristal estaba intacto. Se escabulló más allá del bar, a una habitación con una única ventana que daba al patio interior, que solo utilizaba el servicio del hotel y que pasaba desapercibido a los ojos de los huéspedes.

Ese cuarto formaba un cuadrado perfecto con sus cuatro paredes vacías de toda decoración; eran blancas y de una colgaba una tela negra con bordados dorados y morados, regalo de una de sus clientas. Todas las conocían como madame Morgana, mas las miembras de la sociedad secreta a la que pertenecía eran las únicas que la llamaban por su nombre de pila.

Tras cerrar la puerta, sacarse la capa y colocar la lámpara en uno de los dos aparadores (la única decoración junto con la mesa redonda, además del piano, que estaba cerca de la ventana; algunos espíritus se comunicaban a través de las notas musicales), en los que guardaba lo necesario para las sesiones de espiritismo o para lo que le pidiesen los diversos consultantes a los que atendía, se dispuso a prepararlo todo.

La tarde de Nochebuena, tendría una primera sesión de espiritismos para entretener a aquellos más impacientes antes de la cena. Lo normal era que se celebrasen a partir de la medianoche, momento en el que había programadas otras tantas hasta bien entrada la madrugada. Sabía que era un día perfecto por las connotaciones religiosas, ¿y qué mejor que tranquilizar a los vivos y aflojarles las penas con las palabras de los difuntos?

En un platito de plata, quemó hierbas brujas aromáticas para la limpieza del ambiente, mientras situaba las siete sillas donde correspondía, alrededor de la mesa. Luego, colocó velas sin usar en los cuatro puntos cardinales, que encendería un tiempo antes de la sesión para que los espíritus supieran el camino. Todo ello lo iba haciendo a medida que pronunciaba ciertas fórmulas «mágicas» que Morgana había aprendido para atraer la clarividencia.

Al tenerlo todo preparado, antes de que las hierbas se apagasen, cogió la baraja de cartas del tarot del primer cajón del segundo aparador, que estaba justo detrás de su silla, para echar un

vistazo a lo que podía deparar la sesión y, a mayores, sabría si los hados la acompañarían.

Al principio, todo eran buenas cartas, las esperadas, ya que le indicaban que era un momento muy receptivo para los espíritus. Sin embargo, la última la asustó tanto que un helador miedo la envolvió como jamás le había sucedido y, por acto reflejo, empujó con el trasero la silla hacia atrás. El corazón comenzó a latirle en las sienes, tenía los ojos abiertos como un sapo, las manos le sudaban frío, y la maza que sostenía con la mano derecha se cayó al lado de las otras, puestas a modo de pirámide. Se atrevió a cubrir esa carta y la que salió la dejó sin aliento, pues representaba un corazón atravesado con dos espadas.

—Esta noche va a morir alguien al que la muerte le ronda de cerca.

Esas palabras salieron, solas y sin permiso, de su boca.

De pronto, un picoteo en el cristal la volvió a asustar. Giró, de inmediato, la cabeza hacia la ventana, con las manos en el pecho, y vio la sombra de un cuervo que, para que no hubiera lugar a dudas, graznó dos veces.

La muerte estaba en el Wharrington Palace.

Capítulo 16

Cuando el cielo empezó a tornarse púrpura, ella, que estaba descansando enroscada al cuerpo masculino, despertó y dio un salto, por lo que él también abrió los ojos.

—¿Qué pasa?

La voz de Cornelius estaba enronquecida por el sueño.

—¡Tengo que irme! —exclamó.

A Cornelius, que la tenía entre sus brazos, no le gustó escuchar aquello.

—Quédate conmigo.

Nunca le había dicho eso a ninguna mujer y hasta él se sorprendió.

—No puedo. —Lo miró a los ojos y supo que no había nada que deseara más que seguir allí. Él se daba cuenta de que, detrás de aquellas palabras, le ocultaba algo. ¿De qué se trataría? Iba a levantarse, pero ella le puso una mano sobre el pecho, deteniéndolo—. ¿A dónde vas?

—No dejaré que vayas sola por los pasillos así —dijo él al ver que se agachaba a coger su camisón.

Heather cubrió su desnudez y lo miró.

—Nadie va a verme, sé muy bien cómo moverme por este hotel. Además, nadie ha despertado todavía.

—Pero...

Él iba a protestar.

—Nos vemos en el restaurante a la hora del desayuno.

Acercándose al lado de la cama, se inclinó y le dio un beso en los labios que a él le supo a poco. Sin embargo, no la detuvo.

La vio salir de la habitación con cuidado de no hacer ruido con la puerta, y se recostó otra vez sobre las sábanas. No se durmió, rememoró todos los instantes que habían pasado gozando el uno en los brazos del otro.

Cuando, mucho más tarde, Cornelius iba a salir de la suite para reunirse con Heather en el restaurante, un *christmas* se deslizó por debajo de la puerta. Abrió y miró a un lado y a otro; no había nadie. En ella se veía a un niño con expresión de dolor y la boca abierta, clamando ayuda, pues estaba dentro de una tetera de porcelana como si se tratara de un tropezón en la sopa. Iba acompañada de una frase grabada: «Felices fiestas para ti». También, de una frase intimidatoria escrita a mano: «Disfruta todo lo que puedas, estas serán tus últimas Navidades».

Ya conocía la tradición de regalar ese tipo de felicitaciones, no hizo ningún caso a esos deseos macabros y se puso la tarjeta en el bolsillo. Al llegar al vestíbulo, la colocó entre las ramas del gran árbol de Navidad y, al darse la vuelta, vio a Heather, que lo estaba mirando. Llevaba un vestido amarillo que le gustaría quitarle a mordiscos. Sintió unas cosquillas entre las piernas; esa mujer podía ir con un saco de arpillera y lo afectaría de igual manera.

Se le acercó y le besó los nudillos, envueltos en unos guantes que iban en conjunto con su vestimenta. Le hizo cosquillas en la palma de la mano, y ella le sonrió.

—Está colorada como si tuviese un hombre entre las piernas —susurró él solo para sus bonitas orejas.

—Qué pena que no sea usted.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, volvieron al tratamiento formal, al encontrarse fuera de la suite. No fuera a ser que se les escapara aquel tuteo íntimo delante de otras personas.

El pene de Cornelius se sacudió dentro de sus pantalones. Esa mujer lo volvería loco replicándole sus picardías.

—Vamos a desayunar antes de que me la cargue al hombro y me pase el día explorando todos los rincones de su cuerpo.

—¡Qué exagerado es! Estoy segura de que, antes del mediodía, estaría arrugado y pidiendo clemencia.

—¿Quiere que hagamos la prueba? —la retó él con una mirada encendida.

—Hoy es imposible, estamos en la víspera de Navidad. Estamos invitados a una sesión de espiritismo y, luego, está la cena de Nochebuena.

—Pronto, muy pronto, la mantendré en la cama tantas horas que se pasará varios días con su plumero escocido.

Ella soltó una risita.

—Yo que usted no fanfarronearía. No vaya a ser que sus joyas reales pierdan lustre y se le caigan como una fruta madura.

Los ojos de Cornelius brillaron.

—¿Me está tentando a propósito, milady?

—Podría ser, acabo de pasar una noche que me gustaría repetir.

—Con cada palabra que dice, me desafía a que olvide el desayuno para dedicarme a un menester mucho más placentero.

—Pues yo tengo hambre de comida.

—Y yo la tengo de ti.

Cornelius se había excitado y se le olvidó el formalismo.

Heather soltó una risita y, guiñándole un ojo, se dio la vuelta para ir al restaurante, a desayunar. Se sentó en la mesa que ocupaban siempre, que estaba vacía; aún todos debían estar en sus camas.

Él la siguió después de unos segundos en los que había tratado de controlar su descarriado cuerpo, que ella alteraba con solo una mirada.

—No me imaginaba que fuera usted aficionado al espiritismo —dijo ella en cuanto les sirvieron.

—Y no lo soy. Mis muertos descansan en paz, no creo que tengan nada que decirme. —Se quedó pensativo durante unos segundos—. En todo caso, mi madre me tiraría de las orejas por no haberme casado todavía, y mi padre me diría que lo hiciera cuando encontrase a la mujer indicada, a la que amara con toda mi alma.

Aquellas palabras hicieron que Heather se atragantara. Se repuso en un momento.

—Por lo que dice, amó mucho a su esposa.

—Sí. En cuanto ella falleció, él se consumió y se fue detrás de ella.

—¡Qué barbaridad! Debió ser muy doloroso para usted.

Sin ser consciente de ello, Heather le puso una mano sobre el brazo que él tenía sobre la mesa a su lado.

—Lo fue, pero me consuela pensar que están juntos.

Ella se lo quedó mirando.

—No me lo imagino como un hombre de familia.

—Lo sé, nadie lo hace. Pero la mujer indicada sabrá escarbar y descubrir lo que anida en mi corazón.

Aquel comentario la dejó patidifusa, una garra le oprimió las entrañas y se dio cuenta de que deseaba ser esa mujer. Le agradaba su compañía, sus picardías; era guapo a más no poder y un amante superlativo. ¿Qué más podía pedirle a un hombre? Que la amara.

Cornelius estaba pendiente de todas las expresiones que pasaban por aquel bello rostro. Se hubiese dado de palmadas en la espalda: la había dejado sin palabras y la hizo pensar.

Heather tosió en la servilleta para romper el hechizo que él había lanzado entre los dos.

—A mí me gustaría poder hablar con mi abuela —habló para que se le pasara aquel nudo que notaba en la garganta—. Era una mujer muy sabia, y la echo mucho de menos.

—Si la espiritista es todo lo buena que dicen, es posible que lo logre —dijo él para animarla; notaba la amalgama de emociones que, de repente, la recorrían.

—Ha dicho que no creía en esas cosas —le recordó ella.

—Pero usted sí, pues deseo que consiga lo que quiere.

Heather se quedó con la boca abierta al escucharlo. Debajo de aquella fachada que él daba al mundo, había un hombre que apoyaba a los demás, y sintió como si le hubiese acariciado el

corazón.

Capítulo 17

Esa misma tarde, Heather observaba a Cornelius con otros ojos. Tras haber hecho el amor, aclarado los asuntos que pendían de ellos y que él dijera que estaba dispuesto a cumplirle todos sus deseos, algo en su interior se había tornado diferente. Era más: Cornelius era un hombre distinto. Su lengua rápida y siempre preparada para decir una impertinencia caliente le hacía gracia, lo convertía en un niño travieso que a ella le azuzaba los sentidos y el deseo. Cuando sus miradas se cruzaban, se sonreían; debían ser cautos y disimulados, mas, de los dos, era Cornelius quien lo lograba. Increíble.

Tanto los recuerdos de su mente como los de su cuerpo la habían entretenido todo el día; le costaba seguir una conversación normal. Hasta ella misma sabía que la había elevado más allá del cielo y eso provocaba cierto desasosiego; pues no estaba muy segura de que pudiera disfrutar de la sesión espiritista, ya que esperaba, con ferviente anhelo, su próximo encuentro sexual. Era su deseo silencioso. Él había calado muy hondo en ella, tanto que su alma estaba satisfecha siempre que él la abrazaba. Se sentía completa con él. Cornelius la colmaba con un extraño sentimiento al que no sabía ponerle nombre; le había henchido el corazón con esperanzas renovadas, con la flora de la ilusión y la felicidad.

Para distraerse un poco, miró al pasillo, debido a que faltaba Morgana, que se acercaba a ellos vestida de riguroso luto, con un rictus en la cara muy distinto al que solía tener. No era típico en ella, aunque no podía juzgarlo; era su primera sesión espiritista con Morgana. En cuanto la tuvieron encima, los escrutó.

—¿Estamos todos?

Los contabilizaba con los ojos.

—Falta uno, querida —se le adelantó Calpurnia.

—¡Ah, mirad! —Lady Susan señaló al pasillo—. ¡Canónigo!

Alzó un brazo para que reparase en el grupo.

—¿Qué haces? —protestó Calpurnia.

—¿Nos acompañaría? —le propuso a medida que se acercaba a paso lento.

—No entiendo por qué no —les dijo con la Biblia pegada al pecho—. Pero ¿qué sucede aquí?

—Hay una sesión espiritista y nos falta uno para completar la mesa —le informó Eddie, que tenía las manos a la espalda.

—No creo en esos embustes y acepto porque así la desenmascararía. —Apuntó a Morgana con el dedo índice—. Son unos estafadores.

Heather, asombrada por la beligerancia del canónigo Peregrine, se fijó en que la respuesta de Morgana fue la indiferencia.

—Pasen.

Morgana abrió la puerta del cuarto.

—¡Uf, cómo huele! —apreció Cornelius, que durante unos segundos se tapó la nariz.

—Son los efluvios del incienso blanco y el negro que he quemado, junto con otras plantas, para fomentar la clarividencia —les explicó Morgana.

—Paparruchas, eso no existe —la contradijo el canónigo—. En otra época, sería quemada por esas palabras. Mi protección es el Altísimo.

Repitió el salmo 1.2.3.

—Mantenga los ojos y las ropas bien abiertas, canónigo —le aconsejó Morgana—. No vaya a ser que algún espíritu nos cuente sus secretos más ocultos. —Se carcajeó, obviando como el canónigo la reprobaba con la mirada. Con esa contestación, todos fueron tomando asiento. Ella lo hizo en la silla que ponía uno, y quedó en medio de lady Susan y el canónigo—. Como hay gente nueva, voy a exponer brevemente lo que va a pasar. —Así, comenzó a contar la secuencia, como la invocación al demonio para proteger tanto el salón como a los allí presentes y a otros espíritus. Le seguía la evocación a todos esos espíritus que rondaban por la estancia—. Aquí pueden suceder hechos extraños.

—¿Hay que preocuparse?

La pregunta se le atragantó al canónigo.

—No —contestó Eddie por Morgana—, lo más fuerte que podemos vivir es que las velas se apaguen y que vuelen objetos.

—No me lo creo —musitó Peregrine.

—Una vez se entra en ese paso, la sesión está en marcha —intervino Morgana para apurar—. Porque la parte tercera ya es el aislamiento, donde les pido a todos los espíritus que se marchen y se quede ese al que hemos invocado. En esta ocasión, será lady Margot Clover, a la cual invitaré a la cuarta fase, para que me haga entrar en trance. La quinta es el trance propiamente dicho; podré entrar en los recuerdos y en el pensamiento del espíritu.

—Pero ¿un espíritu contesta?

Cornelius estaba asombrado.

—Sí, todas las preguntas que haga... —Morgana se dirigió a Heather—... serán y quedarán respondidas. La sexta fase es el desenlace, me confesará todo, y la última es la terminación; conjuraré para expulsar a todos los espíritus. —Los miró a todos—. Comencemos.

A medida que se cogían de las manos, Heather observó, por última vez, la habitación, que

estaba muy poco iluminada; aun así, pudo comprobar cómo las paredes blancas estaban desprovistas de decoración, salvo por unos aparadores, el piano y la mesa. Las velas, colocadas en el suelo de un modo estratégico que solo entendería Morgana, y las otras cuatro encima de la mesa, justo en medio (dos eran usadas; otras dos, nuevas), eran la única fuente de luz y creaban sombras alargadas que ocupaban el techo, que carecía de lámpara. Parecían que anticipaban lo que allí estaba a punto de suceder. Para sus ojos, aquello originaba un aura de fascinación; para ella, era todo nuevo, respecto, además, de una oscuridad desconocida.

Todo comenzó con las fórmulas que Morgana iba recitando. No tenían sentido para Heather, le sonaban extrañas. Aunque la habitación estaba en un completo mutismo, no sucedía nada, y ella se agarró con más fuerza a la mano de Cornelius, quien le dio un suave apretón para mostrarle que no estaba sola. De pronto, una brisa recorrió a los presentes. Heather abrió un ojo y vio cómo Morgana echaba la cabeza hacia atrás, hacia delante, y luego la enderezó.

—Susan, sigue divirtiéndote —dijo una voz distorsionada que le salió por la boca a Morgana.

—Dime, John, ¿es divertido el cielo? —preguntó ella, hambrienta de conocimiento.

—Ese es el infierno —añadió Cornelius en voz baja.

—Tú diviértete, mi vida, como lo hacías cuando estábamos juntos —le pidió John a su mujer.

—Responde, John, así me pensaré si quedarme más tiempo o ir a tu lado para mantener una conversación con san Pedro, que todos sabemos que es el más visceral de todos los discípulos.

—Calpurnia. —El tono de Morgana se tornó distinto—. No sabes cuánto te añoro; cuántas ganas tengo de lamerte, de tocar tu piel y de surcar las olas en tus mareas calientes, entrando en ti...

—¡Abuelo, Jeremy Wharrington! —exclamó Eddie.

—¡Au! —Heather vio cómo Calpurnia abrió los ojos y pegaba un brinco en la silla—. ¿Quién me pellizcó?

—Yo —se descubrió el espíritu—. Precisaba notar tu piel, tu trasero terso.

—Espíritus eróticos, ¡me han quitado el puesto! —protestó Cornelius, divertido.

—Lady Clover, Margot —la llamó Morgana.

Tras unos segundos de silencio, una familiar voz llenó la habitación.

—¡No permitáis que mi niña se case con un mastuerzo aburrido, que no hable y no tenga bien puesto el pito! —les exigió Margot a Calpurnia y a lady Susan a través de Morgana.

—¡Abuela! —le llamó la atención Heather, cuyas mejillas sentía arder y daba por supuesto que el color sería un escarlata intenso—. Abuela, ¿eres tú?

—¡Oh, mi niña querida! —exclamó con cariño y voz melosa. Tenerla, en esos instantes, tan cerca de nuevo le hizo comprender que la echaba más de menos de lo que ya suponía—. Escúchame: cástate con cabeza y déjate llevar, también, por el corazón y nunca lo hagas antes de probar la mercancía de tu marido.

Sus palabras, cuales ángeles, le acariciaron el espíritu, la calmaron y los ojos se le anegaron de lágrimas, esas que no había expulsado en su momento. La necesitaba más de lo que creía.

El deseo por abrazarla la envolvió, y se le erizó la piel bajo la ropa, mas no duró mucho.

—Mis dulces bombones ya los ha probado, Heather. ¿Cuándo nos casamos? —Cornelius le propuso matrimonio. A Heather, superada por todo, se le paró el corazón y contuvo el aliento. No podía ser. No podía ser que, en mitad de una sesión, Cornelius le pidiera matrimonio. Jamás se lo hubiese imaginado, ya que contaba con que algún día alguien hincara la rodilla en el suelo. Heather le pegó un pisotón—. ¡Au! —se quejó él—. Era broma, mujer, no me dejes cojo. ¡Au! —volvió a protestar Cornelius—. No me pellizques, ten las manos quietas.

—No me he movido ni te he tocado, yo no fui —se defendió ella.

—Hay un espíritu travieso, ¿quién eres? —inquirió Cornelius.

Morgana, de pronto, pegó un grito que los sobresaltó a todos. Su respiración se volvió más errática, le sonaba un pitido en la garganta y soltó varios gruñidos, y las velas que había en el suelo se apagaron.

—¿Qué haces vestido así? —El espíritu iba en contra de alguno de los presentes—. Tu obligación es... ¡Mátalo, mátalo! Está aquí, no seas gañán. Él no satisfizo mis deseos y lo sabe, sabes todo lo que ocurrió.

Un fuerte viento apagó tres de las velas que había en el centro de la mesa, y Morgana, a una velocidad pasmosa, volvió en sí.

Todos se miraban en un sepulcral silencio, y el más impresionado por todo lo vivido era el canónigo, que estaba pálido.

—¿Ahora lo cree, canónigo? —le inquirió Cornelius.

No obtuvo respuesta, solo una mirada inyectada de pánico.

—Morgana, no contaba con esto —le dijo lady Susan—. ¿Quién quiere matar a quién?

—Un asesinato en Navidad.

Calpurnia también estaba desconcertada con el último mensaje.

—Señoras, no se preocupen —las tranquilizó Eddie—. Seguro que es alguna mujer a la que rechacé cuando sus pretensiones eran cazarme.

—Este espíritu contenía mucho odio —lo contradijo Morgana, frotándose las sienes con el dorso de las manos.

—Hay muchas mujeres en Londres a las que les gustaría que terminase como Luis XVI, en la guillotina y con la cabeza bajo el brazo —se carcajeó Eddie.

—No me hace gracia —lo riñó Calpurnia, que estaba más asustada y preocupada que él.

—No, Eddie. A lo mejor, lo que pretende es atarte a la cama y matarte a orgasmos —lo bromeó lady Susan.

—No lo tendría tan seguro.

Eddie se recolocó mejor la chaqueta de su traje.

—Vamos, que has sido un niño malo.

Se rio Cornelius.

—¿Cómo lo sabe?

Le guiñó un ojo con picardía y camaradería.

—Esa muerte sería muy dulce, deje algo para los demás. —Cornelius continuó con la broma —. ¿Verdad, canónigo?

Le sonrió al hombre, que todavía no se había repuesto y tenía la mandíbula tan apretada que se oía el rechinar de las muelas.

—No puede, rompería el voto de castidad —les recordó Calpurnia.

—Milady, no soy un cura católico, puedo estar con mujeres e incluso casarme —les contó Peregrine con cierta acritud.

—La sesión ha concluido.

Heather, por un lado, estaba contenta tras oír las palabras de su abuela, aunque entristecida por no interactuar más con ella y, por otro lado, asustada por el mensaje final.

—Sí —afirmó Morgana—. Y, si me lo permitís, necesito de un momento para recomponerme.

Los despidió antes de levantarse y abrir las cortinas para que la poca luz de la tarde entrara en el cuarto.

Todos fueron saliendo. Unos, en fila india; Eddie y Cornelius, juntos y gritando al unísono:

—¡Queremos morir de orgasmos!

Heather dio gracias por que, en aquel momento, el pasillo estuviera vacío. ¡Menuda vergüenza le hacían pasar aquellos dos que iban de hombres y eran niños!

—Creo que la noche de Nochebuena no va a ser aburrida —sentenció lady Susan.

Capítulo 18

El restaurante del hotel estaba engalanado como si la realeza fuera a celebrar la Nochebuena allí. Las mesas estaban cubiertas por immaculados manteles que llegaban al suelo, con la vajilla decorada con una finura exquisita, y unas copas de cristal que solo se usaban en las ocasiones especiales, como era aquella noche. En el centro, había cestas de plata con frutas naturales y escarchadas, y aquel despliegue de opulencia terminaba en arreglos y arcos florales.

Los caballeros que iban llegando vestían con sus mejores galas negras, con sus camisas blancas, y las señoras eran como un arco iris de colores, y lucían más joyas de las habituales, que hacían que los brillos dieran luz a los rostros avinagrados de algunas de ellas, que envidiaban a las demás.

Eddie y Cornelius estaban al lado de la puerta, esperando a las damas, y un reloj de péndulo dio las siete.

—Pues sí que tardan —dijo el segundo al ver cómo se iban llenando las mesas.

Wharrington soltó una carcajada.

—Transilgate, ¿aún no te has dado cuenta de que llegarán las últimas para llamar la atención? Lo hacen a propósito.

En otra ocasión, él habría dicho que se iba a tomar una copa; sin embargo, ese día estaba impaciente por estar con Heather. A pesar de que habían pasado muchas horas juntos, cuando no estaba cerca, era como si le faltara el aire.

Al fin las damas hicieron acto de presencia y se acercaron a ellos cruzando el vestíbulo desde los ascensores. Sus ojos se posaron en ella. Estaba hermosa; su vestido color melocotón, junto al recogido de su cabello castaño rojizo y su piel blanca, le sentaba de maravilla. No se había cargado de joyas como todas las damas; solo llevaba unos pendientes de esmeralda, en conjunto con el collar, que brillaban tanto como sus ojos.

Heather también lo miraba a él con apreciación; era un hombre que llamaba la atención donde fuera y, vestido de etiqueta, hacía que se le reseca la boca.

Ambos las saludaron besándoles la mano.

—Están ustedes preciosas, van a ser la envidia de la velada —afirmó Eddie cuando tomó la

mano de Calpurnia.

—Si tiene aprecio a este vestido, mejor será que sea fácil de quitar —susurró Cornelius al besar los nudillos de Heather.

—Lo mismo podría decir de usted, milord.

Ella le dedicó un coqueto aleteo de pestañas.

—Transilgate, no la acapare, deje que la vean los hombres casaderos —soltó lady Susan al ver aquella mirada entre los dos.

Sabía que se cautivaban como las abejas a la miel, y lo que pretendía era ponerlo celoso, que se decidiera de una vez a abandonar su soltería. Por el rostro encendido de Heather cuando él estaba cerca, intuía que se sentía atraída por ese hombre; sin embargo, estaba segura de que él, quizá, necesitase un empujón.

A Cornelius el comentario de la dama le extrañó. Sus ojos se clavaron en Heather con una pregunta explícita.

—Es una larga historia —murmuró ella con las mejillas encendidas.

—Que espero que me cuentes muy pronto.

Con el aguijón de los celos en medio del pecho, se olvidó del trato formal.

Heather asintió con la cabeza y fue a sentarse en su silla. Esa noche, Iris y Magnolia, dos de las damas de la Sociedad Secreta Gold Women, también cenaban en la mesa con ellos, además de madame Morgana. Esta última se había sentado entre el canónigo y Cornelius.

Al sentarse, los camareros empezaron a servir la cena, y los comensales se relamían con los espléndidos platos. No faltaba el pato relleno acompañado de patatas asadas, coles de Bruselas, nabos y distintas clases de salsas, entre las que se destacaba la famosa *gravy*.

—La cocinera se ha lucido.

Calpurnia alababa los distintos bocados, mientras con disimulo le daba pequeños pedacitos a su perrita miss Rexlion, la *yorkshire* que la acompañaba a todas partes.

—Siempre ha tenido muy buena mano.

Jacquetta estaba de acuerdo.

—¿Qué les parece el vino? —preguntó Wharrington. Entre un plato y otro, servían un vino especiado y aderezado con pequeños trozos de frutas—. Lo trajeron de unas bodegas francesas.

—Es un gusto para el paladar.

Cornelius habló mirando a Heather, como si quisiera decirle que ella también era deliciosa para su boca.

En cuanto sus ojos se encontraron, ella se relamió los labios, lo que hizo que él sintiera un tirón en la ingle.

—¿Cómo ha ido la sesión, madame Morgana?

Magnolia lo dijo para disipar las chispas que saltaban sobre la mesa por esos dos que se lanzaban miraditas encendidas.

Eddie y Transilgate sonrieron sin decir nada; era evidente, para los que habían asistido, que

pensaban en morir de orgasmos.

—Bien, creo que he revolucionado a los hombres que estaban allí.

Sus ojos recorrieron los rostros de todos los de la mesa.

—¿Qué pasó? —quiso saber Iris.

—Oh, nada del otro mundo. Que alguien nos quiere matar de placer.

Eddie sonreía como un demonio, mirando a Calpurnia.

—Caramba, una gozosa forma de irse al otro barrio.

Magnolia soltó una risita.

—No os lo toméis a broma —señaló madame Morgana—. Es algo muy serio.

Heather veía al canónigo, que movía la cabeza de un lado al otro y se echaba al gaznate un buen trago de vino. Intercambió una mirada con Cornelius y contempló que este ponía los ojos en blanco.

Los camareros pasaban y rellenaban las copas de vino.

—Estoy llena como un lechón, me tendré que aflojar el cordón—. De repente, lady Susan soltó una de sus rimas, refiriéndose al corsé—. Porque estoy viendo la mesa de los postres y me apetece probarlos todos.

—Te vas a empachar —la previno Jacquetta, girándose a mirar lo que señalaba su amiga—. Estás loca, ¿cómo vas a probar todo eso?

En una mesa auxiliar a un lado del comedor, se exhibían los vistosos postres: dulces decorados de frutas y rellenos de crema, gelatinas, merengues, tartas dulces inglesas y francesas, bizcochos borrachos de brandi o jerez, babá francés y, como no podía faltar, el *Christmas Plum Pudding*.

—Tienes razón, querida, dejaré unos pocos para mañana.

—Eso es gula —murmuró el canónigo—. Uno de los siete pecados capitales.

Aquel hombre nunca le había caído bien a Lady Susan, y no se iba a callar.

—Los he creado yo. Por eso, para mí, no es «pecado», sino un mandamiento —le encasquetó lady Susan para irritarlo y que se atragantara.

Como estaba sentada al lado de Calpurnia, que tenía a miss Rexlion en el regazo, miró a la perra, le cogió la oreja y le dijo:

—¡Muérdelo!

Como si la perra estuviera acostumbrada a aquellas órdenes, saltó del regazo de su dueña y desapareció debajo del mantel.

Al instante siguiente, se oyó:

—¡Quítenme de encima a este animal! —La voz del canónigo era desagradable—. ¡Me está mordiendo los tobillos!

—No le gustan los religiosos, es una perra atea.

Lady Susan continuó comiendo.

Calpurnia llamó a su mascota y esta acudió rauda a la voz de su dueña. Lady Susan ocultaba una sonrisa detrás de la servilleta, y Heather apretaba los labios para no soltar una carcajada.

Con aquel ambiente de celebración, y con las barrigas rellenas con el pato que habían comido, muchos huéspedes se levantaban y charlaban entre sí. Por la mesa del dueño del hotel, pasaban muchos felicitándolo por aquella lujosa cena; otros solo querían exhibirse como pavos reales y saludaban a las damas como si se tratara de la mismísima reina. Aunque quien más llamaba la atención masculina era Heather.

—Milady, su belleza eclipsa este fantástico salón —decía uno mientras le besaba los nudillos, y ella le sonreía.

—Milady, tiene mi corazón a sus pies.

Ella se daba cuenta de que habían bebido demasiado vino.

—Milady, parece que haya salido el sol: su sola presencia lo ilumina todo.

Cornelius tenía las muelas encajadas, sabía que no podía apartarlos de ella de un mamporro, y eso le corroía las entrañas. Su mirada se volvió sombría, no la alejaba de Heather; y ella, cuando se dio cuenta, le guiñó un ojo. Con aquel simple gesto y su sonrisa, le hacía saber que todos aquellos tipos no le importaban nada, y se sintió mucho mejor.

Cuando los camareros se hubieron llevado los platos y empezaron a servir el postre, todo el mundo volvió a sus asientos.

—Muchacha, me satisface mucho tu éxito entre la población masculina —dijo lady Susan con una sonrisa pícara, mirando a Heather.

—A mí no, la mayoría olía como una destilería.

—Entonces mantenlos lejos de ti. Un hombre que no controla lo que bebe no es digno ni confiable.

Mientras la mujer hablaba, veía como la espiritista bebía vino. Jacquetta asentía con la cabeza.

—Hazle caso, sabias palabras.

Irremediablemente, sus ojos fueron hacia Cornelius y, en ese momento, fue él quien le guiñó el ojo.

Los camareros sirvieron el *pudding* navideño, y su aspecto hacía que se les hiciera la boca agua. Comenzaron a comerlo y, de súbito, madame Morgana se empezó a frotar los ojos.

—¿Dónde estoy? No veo bien.

Su voz sonaba distorsionada y todos se la quedaron mirando. De repente, la vieron convulsionarse, ponerse tiesa y, al final, cayó hacia delante, hundió la cara en el *pudding* y los cubiertos repiquetearon en la mesa por el golpe.

—No sabía que el *pudding* era un buen tratamiento de belleza —soltó lady Susan pensando que la mujer les tomaba el pelo.

Todos esperaban que se levantara, pero la mujer no hizo ningún movimiento. Eddie fue quien antes reaccionó y llamó a gritos al doctor Chambers, que estaba alojado en el hotel para las dolencias de sus huéspedes. Este acudió raudo a las voces y levantó el torso de la pitonisa; sus ojos estaban abiertos, con las pupilas dilatadas, y sin vida. De la nariz y del cabello, le caía aquel dulce que había sido su perdición.

—Ha muerto, señor.

—¡Ay, que no se ha desmayado por la ingesta de alcohol!, ¡ha muerto de verdad! —exclamó lady Susan.

El silencio en el restaurante podría haberse cortado con un cuchillo. No obstante, duró poco. Así que, a medida que iban pasando los minutos, empezaron a oírse voces de lo más alteradas. ¿Cómo había muerto la pitonisa?

Los ojos de Heather se clavaron en el molde de la cara de la mujer, que había quedado grabado en el *pudding*.

—Pasen a los huéspedes al salón de festejos —ordenó Wharrington a los camareros.

Las damas que estaban sentadas a la mesa no se podían creer lo que estaba ocurriendo. Estaban estáticas, y empezaron a soltar tonterías de puro nerviosismo.

—No se te ocurra hacerlo, Susan, que acabas como ella —dijo Jacquetta.

—Hay que dar gracias a Dios que al maestro repostero no se le ocurrió flamear los platos —soltó la aludida, siendo recorrida por un estremecimiento.

—Hay que llamar a la policía, señor —alertó el doctor.

—¿Por qué?

—Me temo que ha sido envenenada.

—¡Oh, Dios mío! Todos hemos comido lo mismo.

Heather habló y empezó a temblar. Cornelius, al ver su cara asustada, se levantó y, rodeando la mesa, la tomó entre sus brazos.

—Sh —canturreaba en su oído mientras la mecía—. Debe haber tomado algo antes de sentarse a la mesa. Todos los huéspedes están bien.

Ella se acurrucó contra su pecho.

—Le ha quedado la cara allí como un molde.

Estaba más alterada de lo que pensaba. Al decirlo, iba a señalárselo cuando vio que miss Rexlion se comía el *pudding*.

—No pienses en eso. —La apretó contra su torso con más fuerza, fue hacia el bar, sacó el precinto de una botella de whisky, sirvió en dos vasos y le ofreció uno a ella—. Toma, te sentirás mejor.

—Voy a vomitar.

—Tómalo a pequeños sorbos, te tranquilizará.

Cornelius clavó una rodilla en el suelo ante ella, que estaba sentada en un sillón, y la animó a beber. Pasó un rato hasta que ella dejó de temblar y le subía el color que había perdido a la cara. Él le dio un beso en la frente y volvió al restaurante.

Capítulo 19

Cuando la noticia de la muerte de Morgana llegó a la cocina, la señora Stormboly dio unas palmadas y llamó la atención de las criadas.

—Id y cubrir todos los espejos.

Era una costumbre que se seguía en todos los hogares, para evitar que las almas de los difuntos quedaran atrapadas.

Las mujeres salieron de la cocina, prestas a cumplir el cometido.

—¿Quién demonios ha osado interrumpir mi cena de Nochebuena? —vociferó Julian Wine, el inspector de policía, precediendo a varios subalternos que entraban detrás de él en el restaurante del Wharrington.

Eddie soltó una maldición, no se fiaba del cuerpo policial. Sabía que algunos de ellos, de paisano, iban a jugar a los naipes, a tomarse copas allí, y sospechaba que lo hacían para espiar su negocio. Sin embargo, lo ocurrido debía ponerlo en manos de los que consideraba unos ineptos.

—Siento haberlo sacado de su casa, pero creo que esto es de su incumbencia —dijo Eddie ceñudo, mientras lo conducía hacia el restaurante, donde en una silla estaba el cuerpo sin vida de Morgana.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Esta mujer está muerta —dijo el doctor, que se había quedado allí.

—No hay que ser una lumbrera para darse cuenta.

El mal humor de ese hombre era palpable.

Todos los que habían cenado en esa mesa estaban allí, aunque un poco apartados. Lady Susan veía a ese hombrecillo más bajo de lo normal, con aquella barriga cervecera; la cara redonda, los ojos pequeños y la nariz chata; además de que, con la mueca que hacía, los labios desaparecían. Con el rostro marcado como si le hubiese pasado la viruela, y los dientes amarillentos por el tabaco. Iba mal vestido, y supuso que estaría soltero; ninguna mujer que se preciara dejaría que su esposo llevara aquellas pintas.

—¿Está es la policía que nos protege?! —murmuró lady Susan.

—Sh.

Calpurnia la hizo callar, por lo que se ganó una mueca de su amiga.

—¿Cómo ha ocurrido?

Todos se miraron entre sí. Aquel hombre era estúpido o poco le faltaba.

—Tan pronto como estaba bien, ha caído de cara al *pudding*. Ha sido fulminante.

Transilgate se daba cuenta del humor de Eddie y contestó él.

El hombre giró sobre sí mismo, y vio todas las mesas que había engalanadas. Volvió la mirada hacia la difunta.

—No se ve ninguna herida.

—Por eso sospecho que ha sido envenenada —aclaró el doctor.

—¿Quién estaba en la mesa?

—Todos los que estamos aquí.

Cornelius estaba apoyado en la silla que ocupaba Heather; parecía que se había repuesto del susto, pero él estaría a su lado.

—¿Nadie se ha acercado?

Wine fruncía el ceño.

—Estábamos de celebración, claro que se han acercado personas.

De buena gana, Eddie le habría dado una patada en el culo, y su tono de voz lo dejaba entrever.

—Tengo que interrogarlos —dijo mirando a uno de sus asistentes, que parecía tomar notas en un bloc.

—¿A quién? —preguntó Wharrington con la frente arrugada.

—A todos.

—Puede empezar por nosotras —sugirió lady Susan, que estaba impaciente por empezar con sus propias pesquisas.

El inspector no le hizo caso y, en cambio, le preguntó:

—Señora ¿es cierto que, en el Wharrington, se esconde Jack el Destripador?

—Ojalá.

Capítulo 20

El inspector Julian Wine, más resignado que el árbol de Navidad que adornaba la recepción del hotel, pues para él la Nochebuena se había esfumado más que la niebla de Londres, fue conducido por Eddie al bar. «Es el *pub* más lujoso en el que estaré jamás», fue su primera apreciación que la acompañó de un exabrupto: «Ricos». Chasqueó la lengua de un modo despectivo, cogió un cigarrillo barato y, con un fósforo, lo encendió cuando traspasó las cortinas de terciopelo.

—Señor Wine, aquí podrá hacer las pesquisas a quien quiera. Apostaré a dos botones en la entrada para que no le molesten —le indicó Eddie, mostrando su faz más amable.

—Se lo agradezco. —Wine no miraba a Eddie, sino a la silla muy bien tapizada con terciopelo rojo y con las siglas del hotel bordadas en dorado. Por acto reflejo, apretó las nalgas; su mugriento trasero la ensuciaría. Sin más remedio, se sentó y se percató de que su viejo y desaliñado abrigo no era digno para ese lugar. Aquello era una señal inequívoca de la diferencia de clases de la sociedad inglesa, a lo que se le añadía que era consciente de que su presencia no era bienvenida, ya que hacía tambalear a la aristocracia, y eso lo llevaba a otro pensamiento: «Unos, tanto, y otros, tan poco». Repasó la estancia vacía con un vistazo rápido y, luego, volvió los ojos a Eddie—. Empezaré por usted mismo. —Del bolsillo del abrigo, sacó un lápiz y cuaderno pequeños, buscó una hoja en blanco, y comenzó la sesión de interrogatorios—. Señor Wharrington, ¿tenía relación con la fallecida?

Eddie le sonrió.

—Sí, como todo el mundo. Ha comprobado por sí mismo lo lleno que estaba el restaurante.

—¿Conocía bien a madame Morgana?

—Sí, era la pitonisa del hotel. Sus «trabajos»... —Con los dedos hizo el símbolo de las comillas—... eran tan requeridos por la gente de fuera como por los huéspedes.

Esa última pregunta se la formuló a Calpurnia también.

—La conozco desde hace muchos años, nos unía una gran amistad, y sé que ella se ha llevado al más allá... —Se persignó—... algunos de mis secretos más oscuros.

Le sonrió y alzó las cejas.

Lady Murray, una de las huéspedes, a esa cuestión añadió:

—Siempre que tenía alguna duda, se la consultaba a la buena de Morgana. —Se limpió, con un pañuelo, las esquinas de los ojos—. Es una pena, ya me siento sola en el mundo.

—¿No tiene más familia? —se interesó Wine.

—Sí, pero no todos ni a todos les puedes confiar tus secretos. A ella sí. Sabías que jamás te chantajearía ni los utilizaría en contra tuya.

Un joven camarero le dijo:

—Era muy amable con todos, fuese rico o no, siempre estaba dispuesta a ayudar o a consolar.

Aquello desencajó al detective.

—¿Cómo dice?

—Cuando veía a una persona ensimismada o entristecida, o notaba que tenía el aura vuelta...

—Alzó un dedo—... no sé lo que eso significa, siempre intentaba que los malos momentos desaparecieran.

—Señorita, ¿qué me puede contar de la víctima? —le preguntó a una camarera.

—Siempre le servía, por las noches, una taza de chocolate caliente, su preferido, con unas gotitas de licor. Después de muchas sesiones espiritistas y de leer las cartas, terminaba exhausta y quería que le contase cosas mundanas.

—¿Como qué?

—Pues los cotilleos del hotel, señor mío.

Para la camarera del hotel, chismorrear era de lo más normal, a lo que Wine asintió.

—¿Es usted lady Susan?

Quiso confirmarlo.

—Sí, respondo a ese nombre —contestó muy lacónica.

—¿Estuvo con la fallecida?

—No había día que no nos viéramos. Hoy la vi en la sesión vespertina de espiritismo y tenía varias de madrugada.

—¿Le gustan?

Aquella era una pregunta casi sin importancia.

—¡Uy, sí! Mi difunto John siempre tiene algo que decirme, pero el cotilleo es el cotilleo.

—¿Cómo?

—En las sesiones espiritistas, te enteras de mucho —afirmó, incluso, con la cabeza—. Y, si lo necesita, mi presencia la pueden confirmar Calpurnia y Eddie.

—¿Quién?

—El señor Wharrington.

Lady Susan negó con la cabeza y lo miró pensando: «¿Usted de dónde ha salido?, ¿de debajo de un nabo?». Wine la obvió, no obstante, aquella familiaridad extrañó al detective.

—¿Cómo diría que estaba de ánimo?

—Un tanto taciturna, pero Morgana se tomaba muy en serio las sesiones. Aunque, la verdad,

es la primera sesión donde un espíritu le manda a un vivo que mate a alguien —meditó en alto lady Susan.

—¿Mate, de matar?

—Sí, así es. Pero vaya a saber cuál es el significado, todo lo que dicen los muertos hay que interpretarlo —le explicó ella.

—Vamos, que era asidua a sus sesiones.

—Ya le respondí a eso —le encasquetó lady Susan.

Esa misma pregunta la tuvo que responder Calpurnia.

—Por supuesto, sus sesiones siempre eran muy esclarecedoras —afirmó con firmeza.

—¿Se dijo algo de alguna muerte?

—Sí, Morgana siempre decía que algunos fallecidos se fueron de esta tierra sin ajustar cuentas.

Calpurnia había bajado mucho la voz.

—¿Era una amenaza para la pitonisa? —le preguntó a Cornelius Transilgate.

—¡No!, Eddie se lo tomó como que iba por él.

No se calló que lo había asombrado.

—¿Cree que iba por el señor Wharrington?

Aquello era nuevo para Wine.

—Eso dijo él. Pero no era una muerte sangrienta, no se vaya a creer, era una muerte por orgasmos.

El detective, a quien le habían servido un buen vaso de whisky, lo bebió de un trago al obtener aquella respuesta.

—¿Perdone?!

No era capaz de salir de su asombro.

—Morir a órganos. Le aseguro que será una muerte dulce, ¿no cree? Morir de placer bajo el calor de una vagina...

—Céntrese, lord Transilgate —le pidió Wine un tanto molesto por el tema.

—Lo estoy. No era una amenaza real, se lo aseguro. Aunque, a lo mejor, la amenaza era para ella, ¿no cree? —se cuestionó Cornelius.

—¿Lo de los orgasmos?

—No, el espíritu dijo: «Mátalo, mátalo». A lo mejor, era «mátala». No sé. —Hizo un aspaviento—. No se preocupe. Me pican los testículos por las ganas de morir de un orgasmo o más. ¿Cómo se llama a esos momentos en los que se tiene más de un orgasmo? —le inquirió al detective para salir de dudas.

—Lady Clover, ¿qué le pareció la sesión espiritista?

Le había tocado el turno a Heather.

—Inquietante, porque alguien del más allá quería matar a alguien.

—¿A un hombre?

—No lo sé, no se dijo, pero ¿qué diferencia hay entre «a» y «o»? Fue ella la víctima, así que ¿hasta qué punto no la advirtieron de su propia muerte? —cuestionó Heather.

—Lord Patel... —El detective interrogaba a otro huésped—... ¿iba a acudir a una sesión?

—Sí, pero le voy a decir una cosa: hablaré con el señor Wharrington para que me devuelva mi dinero. Mi sesión no se pudo celebrar, era la primera tras la medianoche.

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño?

Esa pregunta se la formuló tanto a lady Susan, a Calpurnia y a Eddie como a la señora Stormboly, la cocinera del hotel, y al señor Polleti, el repostero; a estos dos últimos los observaba con especial atención. Todos respondieron con un rotundo «¡NO!», salvo lord y lady March.

—Pregúntele a ese tal Transilgate, que puso en peligro el pundonor de nuestra hija y agredió a mi Alfred —le contó indignada lady March.

—Nunca vi a un caballero tan agresivo —añadió lord March—, vigílelo de cerca.

—Seguro que está implicado de algún modo en la muerte de esa pobre mujer —lo acusó lady March—. Es mala gente.

—Señor —le dijo Iris cuando le llegó su turno—, una mujer no puede ser sincera, debe mostrarse sumisa. Pero Morgana sí era sincera en todos los aspectos de la vida y, además, soltera, una mácula para nosotras. Seguro que había mucha gente que no se fiaba de ella. La miraban por encima del hombro, eso lo vi yo; pero luego acudían a ella, cuando se les complicaba la vida, para que les leyese el futuro, porque estaban sedientos de ayuda.

—¿Había notado algo extraño en su comportamiento? —le inquirió a Magnolia, que estaba blanca como una rosa—. ¿Hizo algo que nunca antes hubiese hecho?

—No. —Magnolia movía los ojos de un lado a otro, atrayendo todos sus recuerdos—. Antes de una sesión espiritista, se encerraba en su cuarto y solo salía para llevarla a cabo. No, estaba como siempre.

—Quizá, un poco más callada. —Calpurnia entrecerró los ojos al ser interrogada de nuevo—. Pero, en verdad, el mutismo era una característica de su carácter cuando a trabajo se refería.

—¿Cree que había cambiado?

—Para nada, era la Morgana de siempre. Muy seria en las sesiones, porque pueden ser muy peligrosas —le contestó Eddie, muy tranquilo, cuando Wine se interesó por su opinión.

—¿Por?

Estaba claro que era un inepto en eso del espiritismo.

—Porque el trance es un momento delicado en las sesiones, pero ella era una gran profesional.

—Una pena. —Así empezó la respuesta de lady Taylor, otra huésped que lloraba desconsolada—. Ahora ya no podré ponerme en contacto con mi querida doncella; me calmaba el alma, siempre tenía unas palabras de amor que me llenaban.

—No, no —le dijo lady Susan al ser interrogada por eso mismo—. Era la de siempre, tenía una reputación que cuidar. ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Adelante.

—¿Cómo la asesinaron? —se interesó lady Susan.

—Todavía no sé el dictamen del médico de la policía —le informó Wine, revisando algunas respuestas.

—¿Podría ver el cadáver?

—Señora, esto es una investigación real, no un caso de Sherlock Holmes —protestó indignado Wine.

—No tiene pinta de ser Holmes —soltó lady Susan con los ojos clavados en él.

—Señora, busque emociones fuertes en otro lado.

Lady Susan, airada, salió de la sala de juegos.

Capítulo 21

Edward Wharrington escrutaba el bar desde la entrada con un hombro apoyado en el quicio de la puerta. Sus ojos brillaban con cierto destello de inquietud mezclado con el agobio y el enfado por tener a aquellos trajeados revoloteando como urracas por el que consideraba su imperio. El corazón empujaba contra las costillas con rabia, como si quisiera salir y poner orden en medio de todo aquel alboroto de policías, trabajadores y clientes.

¿Cómo afectaría a la reputación del hotel? Tanto a su abuelo, Jeremy, como su a padre, Albert, les había prometido que mantendría el hotel alejado de todo peligro. «Has faltado a tu promesa, Eddie», oyó el reproche que le haría su querido abuelo al contemplar cómo se había convertido el bar en una gran sala de interrogatorios, en la que algunos agentes mantenían en su sitio a los clientes que esperaban su turno para declarar, mientras a él todo aquello le producía unas sudoraciones frías. A simple vista, cualquiera podría decir que estaba tranquilo, mas el golpeteo rítmico del pie contra el suelo lo delataba, salvo por el hecho de que había tanta gente que apenas se apreciaba lo que había más allá de los zapatos.

Al volver a otear aquel espacio abarrotado, poco a poco, se fue alejando y, así, se acercó a la recepción, donde había una columna con un farolillo. Tiró de él y se abrió una puerta secreta. Una vez dentro, caminó todo recto. Se sabía muy bien ese camino, pues iba a desembocar, bajando unos escalones, a la cocina. Por esa zona, oyó voces, objetos chocando los unos con los otros, que lo distrajeron y casi toma el incorrecto. Dio varios pasos atrás y giró a la derecha, para andar por un largo pasillo que conduciría a las habitaciones de aquellos que necesitaban alojamiento, aparte de trabajo.

Con sus ojos color zafiro, acostumbrados a la oscuridad, aunque apenas veía los muros de los pasadizos, sus pies y su mente sabían cómo orientarse. Se paró delante de una columna —o, al menos, la pared así lo mostraba—, la empujó y, al asomar la cabeza, vio los pasillos iluminados y completamente vacíos. Tuvo una sensación extraña, pues así sería si el Wharrington Palace cerrase para siempre.

Salió, tras confirmar que nadie lo veía, para dirigirse a la enorme cocina, las fronteras de la señora Stormboly y el señor Polleti, a los que encontró abrazados. «Normal —pensó Eddie—,

nadie se hubiese imaginado nada igual en una Nochebuena».

—Tranquila, Janet —le susurraba Giorgio, estrechándola contra su cuerpo.

—No puedo, se trata de Morgana —lloró ella.

Observando aquella imagen, sin hacer ruido para no anunciar su presencia, la memoria de Eddie lo arrastró a su juventud.

20 años atrás

Unos meses antes de que el joven Edward Wharrington, de veintidós años, tomase las riendas, de modo definitivo, del hotel —ya que su padre, Albert, se había retirado a la casa que la familia tenía en la campiña—, el joven empresario había comenzado a mover sus hilos; entre ellos, tener a la policía a raya, para que sus rudas botas nunca tuviesen que traspasar la puerta de entrada del Wharrington. Nunca le habían gustado esos uniformados, aunque sabía que algunos iban a beber al bar u otros, vestidos de paisano, se unían a las partidas.

El joven, más taimado que un cuervo, había hecho las entrevistas para una nueva cocinera; sin embargo, no quería a una cualquiera, debía tener ciertas cualidades. Así fue cómo se tropezó, con la ayuda de un amigo, con Janet Stormboly, hija de un militar de la Guardia Real que se creía que era uno de los grandes espías de la reina Victoria.

—Quiero que trabaje para mí. Aquí, en las cocinas —le propuso Eddie con una firmeza impropia de su juventud.

—Señor, disculpe, no soy cocinera —argumentó ella un tanto contrariada.

—Eso no será problema. La actual cocinera ya es una mujer de edad avanzada, ya trabajaba para mi abuelo y, muy pronto, sé que podrá hacer su trabajo. Me encargaré de que ella le enseñe todo lo que requiere este oficio, pero su otra misión...

—¿Otra misión?

A pesar de que Janet frunció el ceño, aquello le produjo curiosidad.

—Sí, conozco a la familia de la que proviene y sé que, si le pido que tenga bien investigados a todos y cada uno de los huéspedes, no me fallará. —Eddie no se anduvo con rodeos—. Quiero que sea mis ojos.

—Necesitaré a más gente.

—Contrate a quien quiera, a quien sea o conozca. Quiero que el Wharrington Palace sea un lugar seguro para todos.

Le confió su idea sobre el hotel.

Pasado un tiempo, tras la marcha de su padre, Janet había formado un número de botones, criadas y camareros a su disposición, que Eddie los bautizó como el «Servicio Secreto del Té».

Una noche, en una partida de naipes, se topó, por casualidad, con un hombre italiano un tanto extraño, silencioso, observador, y con una conversación que pasaba de un tema a otro, de lo

social a lo político, en el que enfatizaba demasiado.

Otra noche, tomando unas copas en el bar, tras una partida infructífera para ese joven y para Eddie, este no se anduvo con rodeos.

—¿Quién es usted? —le inquirió sin quitarle los ojos de encima.

—Soy Giorgio Polleti; provengo de Italia, de una familia de maestros reposteros —le contó él.

—Mire por dónde, necesitamos de un buen repostero.

—Tengo otra profesión, no soy pastelero.

—Espía, lo sé —le confió Eddie, echándose hacia delante con actitud amigable—. ¿Cree que no sé quién se aloja entre las paredes de mi hotel? No se equivoque conmigo —Polleti había empaldecido—. Le propongo lo siguiente: seguirá trabajando para su país, permanecerá en el hotel como repostero. Imagino que sabe de pastelería, bollitos varios...

—Sí, por supuesto, desde niño trabajé en el obrador de mi familia —le explicó.

—Me alegra saberlo y, además, ayudará a la señora Stormboly a tener controladas a las personas que entran y salen del hotel, y a los huéspedes.

—¿Quiere una red de espías?

El hombre estaba anonadado con el dueño del hotel.

—No, quiero que usted entre a formar parte de mi grupo de espías.

Giorgio Polleti no lo dudó ni dos segundos antes de dar una respuesta afirmativa, y de esta manera fue como el maestro repostero del Wharrington Palace se convirtió en un agente doble.

Así, entre la señora Stormboly y el señor Polleti, siguieron preparando a personas que, de apariencia, eran simples trabajadores. Sin embargo, por debajo de sus ropas, había grandes espías que todas las noches le subían la documentación a la cuarta planta. Lo que aplicaban era el «oír, ver e informar», aparte de callar. De ese modo, Eddie Wharrington, con su propio grupo de espías, mantenía un férreo control sobre el hotel, y era imposible que cualquier fechoría, o embaucador, o farsante, o estafador, no cayese en sus manos y se lo echase a la calle.

De vuelta a la cocina

A Eddie se le partió el corazón. Todos los miembros del Wharrington estaban muy unidos; entre ellos, la pobre Morgana, a la que un día había invitado, sin estar muy seguro de sus artes, por recomendación de Calpurnia y, de pronto, le concedió el puesto oficial de pitonisa del Wharrington Palace. Y se había convertido en un reclamo, aparte de las fiestas o las orgías que se ofrecían a los hombres en el bar, y a las que se podían unir las mujeres; aunque, para dar rienda absoluta a los placeres sexuales, estaban las fiestas de disfraces, que solían terminar en una sala contigua que se escondía en una puerta invisible entre dos columnas, en la sala de recepciones.

—¿Por qué le pasó a ella?

Janet no podía parar de llorar.

—No lo sé, *mia madonna*, no lo sé.

Él le acariciaba el pelo con cadencia.

—Lo descubriremos —dijo Eddie saliendo de su escondite, mientras el corazón le latía a mil por hora.

Polleti se separó de Janet y ella se limpió los ojos con suma rapidez.

—Janet, no disimules conmigo, no hace falta.

Le sonrió con aprecio.

—¿Se sabe algo nuevo? —quiso saber ella.

—Aparte de que estamos en el punto de mira para Wine... —respondió a la primera Polleti, que se cruzó de brazos enfadado.

—No hay nada nuevo —aseveró Eddie—, por eso mismo estoy aquí. ¿Podemos sentarnos?

Sin articular palabra, los tres se sentaron en la gran mesa donde el servicio tomaba sus comidas. De primeras, se miraron como si no supieran qué decir, hasta que los tres, a la vez, rompieron el silencio.

—Por favor, Eddie, empieza —le pidió un Giorgio serio.

—El hotel está lleno de policías.

—¿Cómo quieres que esté?, ¿lleno de payasos? —Janet se puso irónica, con los ojos anegados en lágrimas—. Nuestra Morgana ya no estará, hoy no le haré su chocolate caliente...

—Lo sabemos, Janet, lo sabemos. Fui testigo.

—¿Qué ocurrió? —le inquirió Giorgio con ganas de detalles.

Eddie lo resumió en una frase:

—Todos estaban saludando a la gente; Morgana tenía sed, bebió y, de pronto, estampó la cara en el *pudding*.

No fue nada sutil al contarle.

—Vaya... —Janet parpadeó varias veces y una lágrima se le escurrió del ojo derecho—. Lo había escuchado, pero dicho por ti suena más terrorífico.

—Lo fue —le aseguró Eddie—. Cada vez que cierro los ojos, aún veo cómo se cae.

No sabía cuánto tiempo tardaría en olvidarse de aquello. Estaba seguro de que mucho, pues la amistad que lo unía a Morgana era muy buena. Jamás había tenido nada sexual con ella, como le ocurría con Calpurnia, su amor secreto; con Morgana había un vínculo celestial.

—En el fondo, fue una muerte dulce, no sufrió —agregó Polleti mirando los pasteles que no se habían llegado a servir.

—Bueno, tuvo algunos espasmos, se le puso recta la espalda. No sé, por un momento preguntó dónde estaba. ¿Dolorosa?, ¿qué muerte no lo es? —razonó Eddie, que estaba bastante nervioso pese a mostrar lo contrario.

—¿Qué le pudo haber pasado? —Giorgio negaba con la cabeza—. Nunca la vi discutiendo con nadie, ni tuvo ningún altercado.

—A esos extremos ya llegan por nosotros los clientes.

Janet dijo una razón como un templo.

En el Wharrington, no había muchas peleas, algo que Eddie agradecía, aunque sí había discusiones de matrimonios. No obstante, estas alteraciones eran, más bien, asuntos privados y no pasaban de los gritos. Los jugadores tampoco llegaban a las manos; si se intuía, los botones tenían la orden de intervenir y echar a los que se enfrentaban.

—Eso es verdad —asintió Eddie, que puso las manos encima de la mesa y entrelazó los dedos—. Quiero que vosotros, como la cabeza del Servicio Secreto del Té, investiguéis lo sucedido.

—¿Y la policía?

Polleti expuso lo que era evidente.

—Sois sigilosos, estáis aquí, en el epicentro del suceso...

—No te emociones, Edward. —Janet solo lo llamaba así cuando se ponía fría como un témpano—. La policía nos observa bien de cerca, porque supuestamente es algo que ingirió, ¿no es así? —Eddie asintió—. Eso fue lo que nos dijo el doctor Chambers.

—Eso mismo lo sé por él. De momento, la policía no me comunicó ningún otro hecho —reconoció Eddie.

—Pues de mi cocina no salió —afirmó Janet.

—Esa es la primera pista, la envenenaron con algo que había en la mesa. Pero miss Rexlion comió casi todos los postres y no le pasó nada.

—Mis dulces son únicos y, para su elaboración, no requiero de venenos. —Polleti frunció los labios, eso provocó que la nariz se le hundiera en el bigote—. Esa perrita tiene más vidas que un gato, os lo aseguro.

Acabó sonriendo.

—Quiero que investiguéis, id un paso más allá que la policía, buscad. Estáis en el lugar de los sucesos, en el lugar del crimen, tenéis todo a vuestro favor y pondré lo que necesitéis a vuestra disposición. Los policías, por el contrario, van y vienen y, si la mataron aquí, el asesino...

—O se fue o es alguien dentro del Wharrington —terminó por él Polleti.

—Exacto.

Eddie señaló de modo afirmativo a Janet.

—Vale. —Janet no lo dudó—. Seremos discretos y pondremos a trabajar a todo el grupo.

—No quiero que la policía ronde por aquí como buitres que esperan la carroña. En el hotel no les damos de comer. Quiero despertarme un día y que hayan desaparecido de mi vista —sentenció Eddie—. Haced lo que tengáis que hacer para esclarecer lo que le ha sucedido a Morgana.

—Lo haremos —le aseguró Polleti—. Esclareceremos la muerte de nuestra amiga.

—Contaba con que no me fallaríais.

Eddie estaba orgulloso de ellos.

—Encontremos al maldecido...

—O maldecida —apuntilló Polleti.

—Daremos con sus huesos porque, como todos sabemos, los secretos, como los asesinatos, siempre salen a la luz.

Capítulo 22

—De usted le hemos hablado al policía, será su sombra —amenazó lord March a Cornelius.

—Sí, lo que usted diga.

Lo obvió como si se tratara de una mosca pesada.

—Es mala gente —le encasquetó lady March.

Para asombro de Heather, aquel matrimonio iba en contra de Cornelius con una facilidad asombrosa.

—Lo que les aconsejaría es que, si su querida hija tiene la entrepierna como una fogata, la controlen más de lo que lo hacen.

Les soltó aquella bronca sin despeinarse.

Heather cerró los ojos. Cuando quería, Cornelius podía utilizar un lenguaje nada educado, ni adecuado a los nervios que hacían vibrar el bar debido a lo que había sucedido. ¡Ese hombre nunca cavilaba las consecuencias que sus palabras podían tener en las personas! A veces, era un inconsciente.

Bufó y su atención se centró en la persona que salía airada de detrás de las cortinas de terciopelo: lady Susan. En vez de ir a sentarse con Calpurnia, Iris y Magnolia, fue directa a la barra y, con los codos, se hizo un hueco entre dos caballeros que hablaban con otros y se daban la espalda entre sí. Pidió una copita de algún licor que tragó con brío. Luego, otra y, ya a la tercera, a Heather le picaba la curiosidad. Por ello, se acercó a empujones hacia esa mujer, que no le importaba estar donde solían ponerse los hombres.

Cuando estuvo a su altura, le dio unos golpecitos en el hombro, que la asustaron.

—¡Ay, Heather! No me pegues esos sustos, que aun voy a escupir el corazón —la amonestó bastante nerviosa, sin llegar al histerismo.

—No pretendía, lo lamento —se disculpó.

—Sí, sí.

Se terminó la copa y la dejó en la barra bastante nerviosa.

—¿Estás bien? Te vi salir un poco enfadada.

—¿Solo un poco?, ¿solo un poco? —Señaló las cortinas—. Ese mastuerzo de detective no me

ha permitido ver el cadáver.

—Creo que ya se lo han llevado; es el rumor que corre, al menos, por aquí. Pero ¿para qué quieres verlo?

—Quiero saber con qué la envenenaron, porque a miss Rexlion no le pasó nada al comer el *pudding*. ¿Qué le pasó? —volvió a preguntar lady Susan.

—Yo también quiero saberlo y sé cómo podemos llegar al restaurante sin ser vistas ni interceptadas por la policía.

—¿Cómo? —De pronto, lady Susan abrió los ojos—. ¡Los pasadizos! —exclamó en voz baja.

Con cierto disimulo, el que le permitía esa mujer, salieron del bar. Heather vio cómo Cornelius se unía a Chin Wang para alejarse de aquel matrimonio. Se dirigieron hacia el salón de té, repleto de gente; lo dejaron un poco atrás para ir hacia el rincón donde, a través de una trampilla muy diminuta, una puerta se accionó y se abrió. Ninguna miró a los lados por si eran vistas; los pasillos del hotel estaban vacíos, ya que todos se concentraban en el bar o en el salón de té.

—Esto es muy emocionante.

Lady Susan ya había cambiado de humor, estaba encantada con aquello.

—Hay que tener cuidado. Cojámonos de la mano, así evitamos caernos —sugirió Heather, a lo que lady Susan aceptó sin rechistar.

—¿Y este pasadizo a dónde lleva?

—Al restaurante —dijo, con mucha certeza, Heather.

—¿Cómo lo sabes?

La puerta se cerró a la espalda de lady Susan, y dejó todo a oscuras.

—Me los aprendí de niña; cuando mi abuela me traía para las reuniones de la sociedad, me quedaba jugando fuera de la habitación 222, y así fue como los descubrí. En este, tenemos que andar todo recto, tomamos una curva y estaremos al fondo del restaurante, si no me equivoco.

—Vamos pues —la apremió lady Susan.

El silencio se asentó entre ellas mientras caminaban con cuidado. Ese pasadizo en concreto era más estrecho que otros (como los que comunicaban las distintas plantas). Tanto el olor a polvo como a encerrado le hacía picar la nariz a Heather, que no se la paraba de frotar con la mano izquierda porque, si estornudaba, se arriesgaba a que la oyese alguien al otro lado.

A medida que avanzaban, también oyó el ruido de las ratas que corrían por las vigas del hotel —mas nunca llegarían a ojos de los clientes—, que a su vez se entremezclaba con las conversaciones que se oían al otro lado de la pared. ¡Se escuchaba todo! Pues la gente, al estar tan alterada, no se daba cuenta de que alzaba la voz más de lo normal. Pronto, la vociferación se convirtió en susurros y en zancadas alocadas, bien del servicio o de los agentes de policía; era lo único que percibían los oídos. A cada paso que avanzaban, se aferraban con más fuerza al agarre.

—¿Estás segura de que este es el camino?

El tono de lady Susan no mostraba un atisbo de miedo.

—Sí, porque no han cambiado nada desde que los memoricé —le explicó Heather.

—Menuda memoria.

—La suya también es prodigiosa.

—Sí, doy fe.

De súbito, Heather se paró y lady Susan chocó contra ella.

—¿Por qué has parado? —le inquirió la mujer.

—Hay una luz, por aquí nunca hay luces.

A Heather aquello le parecía extraño o... ¿la policía habría descubierto los pasadizos?

Esperaron calladas, apenas se las oía respirar y, cuando la luz se fue acercando, ninguna figura iba cobrando forma; era como si flotara, al igual que en las sesiones de Morgana. Aunque, de pronto, sus voces femeninas gritaron por el susto al verse sorprendidas. Al fin, una cara apareció ante ellas.

—Pero ¿puede saberse qué hacen por aquí? —las regañó la señora Stormboly, cual crías.

—¿Y usted, señora Stormboly?

Lady Susan le hizo la misma pregunta.

—No tengo por qué responderles.

—Ahí están las rencillas entre el Servicio Secreto del Té y la Sociedad Secreta Gold Women.

—No es por eso, lady Susan —aseveró la cocinera, agarrando con más fuerza el pequeño candelabro con soporte para una vela.

—Creo que nos hemos hallado aquí porque estamos buscando lo mismo —intervino Heather para calmar un poco los ánimos; sabía del Servicio Secreto del Té porque su abuela le había hablado sobre él.

—Vamos, la cocinera del hotel quiere saber cómo murió Morgana.

Lady Susan esclareció las intenciones de la señora Stormboly.

—Sí, era una buena mujer, una muy buena amiga que no se merecía ese final porque no le hacía daño a nadie.

—En eso le doy totalmente la razón. —Lady Susan y la cocinera estaban en la misma sintonía—. Nadie se merece un final así.

—Entonces no perdamos tiempo. —Heather las azuzó a moverse—. Es más: podemos unir fuerzas. Las tres conocíamos a Morgana; ustedes dos, mejor que yo.

—Si vamos a investigar...

—Me encanta.

No se pudo contener lady Susan, que interrumpió a la cocinera.

—Si vamos a investigar, no nos podemos ocultar nada. Nos lo contaremos todo, sin ambages ni dilaciones. —Tanto Heather como lady Susan asintieron—. Y estoy segura de que lo haremos mejor que el destripaterrones de Wine. —Chasqueó la lengua—. Está dando palos de ciego.

—La investigación acaba de comenzar —lo defendió Heather.

—Tanto al señor Polleti como a mí nos tiene en el punto de mira —les contó la cocinera.

—¿Y eso por qué? —se interesó lady Susan.

—Eso me gustaría saber. Estoy segura de que le ha llegado algún tipo de información y no suelta prenda.

La señora Stormboly le explicó su teoría.

—Siempre lo podemos emborrachar —propuso lady Susan.

—¿Cree que Wine cuenta con algún tipo de teoría? —le inquirió Heather a la cocinera.

—Miren, uno de los botones lo vio hablando con un hombre que se llevó el cuerpo, y también estaba el doctor Chambers.

Eso ninguna de las otras dos lo sabía.

—El Servicio Secreto del Té tiene ojos en todas partes —dijo, con una gran sonrisa, lady Susan.

—Lo sabe bien —asintió la señora Stormboly—. Sigamos pues —ordenó la cocinera.

Continuaron el camino y lady Susan volvió a romper el silencio.

—¿El Servicio Secreto sabe algo más? —interrogó lady Susan a la cocinera, que iba de avanzadilla.

—Nada —se quejó antes de dar con una puerta con el pomo redondo. Se volvió hacia sus compañeras inexpertas y las iluminó con la vela que sostenía—. Me voy a asomar para ver si hay alguien dentro. —Esperaron varios segundos y la señora Stormboly les hizo un gesto con la mano para que la siguieran hacia el interior del restaurante—. No hablemos muy alto, hay dos policías apostados en la entrada.

Lady Susan y Heather asintieron en silencio a la vez y anduvieron sobre las puntillas de los pies para no llamar la atención de aquellos dos hombres similares a unas estatuas. Fueron hacia la mesa donde había sucedido el terrible hecho.

—Todo está como lo dejamos —aseguró Heather.

—¿Dónde estaba sentada Morgana?

—Justo en esta silla. —Lady Susan se agarró al respaldo con sus manos enguantadas—. A su derecha, estaba Cornelius Transilgate y, a su izquierda, el canónigo Peregrine con su inseparable Biblia.

—Y no hay *pudding* porque miss Rexlion se lo comió.

Heather expuso aquello que, a lo mejor, la cocinera no sabía.

Sin explicarles nada, la señora Stormboly estudió con detenimiento los tres sitios. Lo revisaba todo con meticulosidad y cuidado; como si quisiera comprobar que, en medio de aquel caos de platos, tenedores y cristalería, había algo que nadie observaba.

Lady Susan se inclinó como ella.

—¿Qué buscamos?

No obtuvo respuesta, pues la cocinera contemplaba las copas.

—Aquí estaba lord Transilgate y, a este lado, el canónigo. —quiso confirmar Stormboly.

—Sí —afirmó Heather—, ¿por qué?

—¿Qué es lo que ve, señora Stormboly? Nos puede dar la noche de Año Viejo —protestó lady

Susan.

—Verán, Morgana, antes de una sesión espiritista, tenía una especie de ritual —comenzó la cocinera.

—¿A qué se refiere?

Heather agitó la cabeza sin comprender.

—Ese día de celebración de la o las sesiones, siempre quería comer o cenar o tomar algo con su propia cubertería, vajilla y cristalería. —Cogió una copa—. ¿Dirían que Morgana bebió por esta copa?

—Así es, esa fue la copa que bebió, porque la vi yo con estos preciosos ojos que Dios me dio —dijo lady Susan.

—No es la copa de Morgana —sentenció la señora Stormboly, lo que las dejó anonadadas. —Cogió otra—. Esta es la de Morgana.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Heather, ya que a simple vista parecían iguales.

—Acérquense —les indicó y levantó la copa de la pitonisa—. La copa de Morgana tiene unas filigranas no tan finas como el resto. —Las comparó las dos—. La de Morgana tiene tréboles de cuatro hojas, las del hotel es otro dibujo...

—Pero, a simple vista, unas al lado de las otras, pasan desapercibidas.

Lady Susan estaba asombrada. A Heather le recorrió un escalofrío; estaba interpretando lo que, sin decirlo, estaba indicando la cocinera.

—Se equivocaron —musitó con el corazón en la boca, le latía tan rápido que lo notaba chocar contra las costillas.

—El asesino se equivocó de objetivo —afirmó lady Susan.

—Así es, señoras. —La cocinera les sonrió con satisfacción—. La copa de Morgana no estaba en su sitio, por eso Morgana cogió la copa que no era, y por su posición...

—Podría ser para Cornelius o para el canónigo —dijo, sin apenas aliento, lady Susan.

—El asesino no sabía el detalle de la copa —añadió Heather, que se llevó las manos a la boca.

—El asesino tuvo un error de cálculo creyendo que todas las copas eran iguales. Lo que pienso es que su posible víctima o víctimas, creo, es una conjetura —les advirtió la señora Stormboly—. Era cualquiera de los dos hombres que la rodeaban, y hay más.

Señaló una mancha oscura en el mantel; unieron sus cabezas para observarla.

—No es vino —negó lady Susan—. El vino sobre un mantel blanco quedaría más rojo.

—Eso es. No voy a decir, de momento, de lo que se trata. Lo quiero confirmar.

La cocinera miraba con mucha atención, como si la memorizase.

—No nos puede dejar en este ay —afirmó lady Susan.

—Primero, quiero estar segura antes de decir nada —alegó ella—. No quiero errar.

—Ya se parece un poquito a la policía —refunfuñó lady Susan ante el cuidado de la cocinera.

—Lo confirmaré y se lo diré, cuenten con ello.

—Vamos, estamos unidas por esta investigación.

Heather estaba encantada con esa idea.

—Si quieren ayudarme, se lo agradecería —respondió, con media sonrisa, la cocinera.

—¿Cuándo podrá confirmar sus sospechas? —quiso saber lady Susan.

—Como muy tarde, mañana. Ahora, el hotel está infestado de policías y no quiero llamar la atención de nadie.

La cocinera estaba en lo cierto: por esa noche, no podían hacer nada más.

—No sé lo que piensan, pero hay una pregunta que no entiendo: ¿quién querría deshacerse de un canónigo?

La pregunta formulada por Heather quedó flotando en el aire, sobre las tres cabezas femeninas.

Capítulo 23

Las calles de Londres estaban completamente vacías. Los únicos que se atrevían a rozar los adoquines eran los copos de nieve, que caían livianos sobre la ciudad. Mientras las casas estaban muy bien iluminadas y los cánticos de los villancicos que sonaban amenizaban la noche, en el Wharrington, había una cantidad inmensa de coches con la insignia de Scotland Yard, de policías. En el interior, bastantes mujeres sufrían por ataques de nervios, muy pocas personas se habían refugiado en la tranquilidad de sus cuartos. El salón de té era un buen refugio para las teorías que elucubraban los huéspedes sobre el asesino, cuyo nombre era Jack el Destripador para muchos; otros estaban más interesados en saber si la pitonisa tenía una doble vida o la chantajeaban. También se oyó a una dama que aseguraba: «Los secretos se pagan con la muerte». Quienes la oyeron se persignaron.

En el bar, que estaba al lado del salón de té, había una cola inmensa de personas que esperaban a ser interrogadas. En cambio, en una ventana de la tercera planta, había una sombra que recorría la habitación con paso errático, se golpeaba la frente con el dorso de la mano, como aquella persona que está nerviosa y ha cometido un error garrafal. Braceaba, gesticulaba; aunque, si alguien lo podía ver por una mirilla secreta, descubriría que no tenía compañía.

—Eres idiota, chiquillo, ¡¡eres un idiota!! —bramó sabiendo que nadie lo escucharía, pues todos los pasillos del hotel estaban vacíos—. Te lo dije, cobarde, cobarde... —Paró un momento—. No, lo hice, lo hice bien, pero la estu... estúpida de esa bruja tuvo que beberse el vino de una copa que no era la suya. No era para ella, no era para ella. —Durante un largo rato, repetía esa frase como si fuese el estribillo de un villancico, o quizá para mentalizarse, alzando las manos, que le temblaban—. Se equivocó, esa maldita mujer se bebió el vino que no era suyo. —Furibundo cogió una almohada y gritó para soltar la frustración—. Sí, se equivocó. —La tiró a un lado—. No era para ella, sino para él. Él tiene que pagar por lo que hizo, por lo que nos hizo, y no puede salir indemne.

Tras aquella promesa, el frío de la noche entró en la habitación. El aire congeló el ambiente cálido de la habitación, al igual que todas las del hotel. Se convirtió en puro hielo, en un páramo desolado por una gran ventisca de nieve que no había dejado nada a su paso. Mas aquella

persona solo percibía el ardor de la ira.

—No, Madeleine, no, no soy un cobarde. Morirá y lo pagará con creces. Siempre hago lo que tú me dices, siempre, y sabes que siempre cumpliré tus deseos y lo haré. Culminaré el asesinato. Te juro que esta vez no se me escapará. ¡Atacaré ya!

Soltó una risa maléfica, y todo su cuerpo vibró de placer.

Capítulo 24

Después de que el inspector Julian Wine lo interrogara, Cornelius estuvo buscando a Heather, y no la halló por ningún lado. ¿Dónde estaría? No creía que se hubiese ido a acostar; dudaba de que, con lo ocurrido, ninguno de ellos pegara ojo esa noche.

Supuso que estaría con las damas que eran tan amigas; para ellas, habría supuesto un duro golpe perder a la espiritista y, sobre todo, en una fecha tan señalada. Se tomó un whisky rememorando lo ocurrido; se preguntaba, una y otra vez, quién sería tan desalmado para quitar la vida a aquella mujer que, por lo que había escuchado, era apreciada y respetada por todo el mundo. Y lo que lo tenía más intrigado era el cómo.

De repente, vio que aquel cabello castaño rojizo entraba en el bar, junto a lady Susan. Con paso firme se acercó y entrelazó sus ojos con los verdes de ella.

—¿Dónde ha estado? La he estado buscando.

Lady Susan lo miró y, luego, a Heather.

—¿Qué derecho tiene a preguntarle eso? ¿Acaso es su padre y yo no me he enterado? —dijo con los ojos clavados en él.

Heather, antes de que él le contestara con una impertinencia, habló:

—Lady Susan no se sentía bien y hemos ido al invernadero a que le diera un poco el aire.

—Espero que se encuentre mejor, milady. ¿Quiere que le traiga algo para beber? Los camareros están sobrepasados con tanta gente por aquí —se ofreció él.

—Sí, me irá bien calentarme las entrañas, me las siento muy extrañas. —Ella soltó una de sus famosas rimas, y él la miró frunciendo el ceño. Pensó que, para estar abrumada por lo ocurrido, aún tenía ánimo para hablar en verso—. Dígale al camarero que es para mí, él sabe lo que me gusta.

—¿Y para usted, lady Clover?

—Tráigale lo mismo que a mí, le sentará bien —contestó lady Susan antes de que Heather respondiera.

Los tres bebieron escuchando las inmensas tonterías que los huéspedes del hotel soltaban. Unos decían que era una pantomima para animar la cena de Nochebuena, que al día siguiente les

saldrían con que había sido fingido; otros, que a saber lo que tomaría aquella mujer para sus sesiones y se habría sobrepasado. Todo el mundo quería dar su opinión, y parecía una olla de grillos.

—Será mejor que nos retiremos —dijo Cornelius viendo la cara que ponían las damas al escuchar aquella sarta de sandeces.

—Tiene razón, joven. Si me quedo escuchando más estupideces, puede que empiece a sacar los trapos sucios de todos estos cretinos, y me quedaré tan a gusto.

Cornelius y Heather subieron con ella hasta el segundo piso.

—Descanse, lady Susan —dijo Heather y le dio un beso en la mejilla.

—Lo haré, muchacha. Ahora me tomaré mi jerez de todas las noches, y la cama me abrazará.

Cornelius pensó en el aguante de aquella mujer con la bebida, sin embargo, no dijo nada.

Al quedar solos, los ojos del uno se clavaron en los del otro, esperando a ver quién era el que daría el primer paso. Él la cogió de la mano y tiró de ella, le importaba un bledo lo que pensara el resto del mundo. Esa noche no iba a dejarla sola. Había un asesino suelto por el Wharrington, a saber si ya se había marchado o aún estaba por allí, escogiendo a su próxima víctima.

Ella lo siguió sin rechistar. Sus pensamientos eran muy similares a los de él: ¿y si quien había matado a Morgana era algún loco que conocía aquellos pasadizos y pretendía matar a más personas?

Al llegar a la suite de él, se quedó parada en medio. Por su cabeza rondaba la idea de que era posible que las desgracias no hubiesen terminado.

—Ven, cariño, te ayudaré a quitarte el vestido —dijo, al sentarse en la cama, y tiró de ella hasta que la colocó entre sus largas piernas abiertas.

—No podré pegar ojo, estoy demasiado nerviosa. Solo hay una cosa que me relaje.

—¿El qué? —preguntó él deseando hacer lo que estuviera en su mano.

—Bésame.

A Cornelius le extrañó lo que ella le pedía, sin embargo, no se lo negaría. Quizá, a la mañana siguiente, le podía echar en cara que se había aprovechado, pero haría lo que ella quisiera.

Heather se echó en sus brazos, y ambos se devoraron la boca, se arrancaron las vestimentas e hicieron el amor como si el mundo estuviera a punto de acabarse. Ella le exigió mucho, mucho más que en las otras ocasiones, y él la satisfizo pensando que, después de aquel frenesí, ella caería en un sueño profundo.

No fue así. Después de ese primer contacto apasionado, se encontraron enroscados el uno al otro, mirándose en las pupilas, brillantes de satisfacción.

—¿Sabes que eres capaz de hacer olvidar su propio nombre a un hombre? —susurró Cornelius y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Caramba, eso no lo sabía, pero me doy cuenta de que has hablado en verso.

Heather sonrió.

—Nunca lo había hecho, también eres tú la responsable de eso —habló él con picardía—. Me

haces vibrar como si tu plumerito y tus manos fueran como rayos que me atravesaran.

—Ah, ¿sí? —A Heather la satisfacía hacerlo sentir de esa forma—. Señor mío, a su cachiporra no le hacen falta muchos mimos para ponerse dura, muy dura.

Su voz sensual y el aliento de ella contra su pecho hicieron que él sintiera cómo su pene levantaba la cabeza y le señalaba el ombligo.

—Mi cuerpo te obedece más a ti que a mí —afirmó, le cogió las mejillas entre sus manos y la besó con hambre.

Fue una noche enloquecedora, en la que no pararon de buscarse y de regalarse gozo. Sus pensamientos no iban más allá de aquella cama. El mundo podría caerse, que ellos no se enterarían.

Capítulo 25

Por la mañana, cuando el cielo empezó a cambiar de color, Cornelius despertó y estaba solo en la cama. Desnudo se levantó, recorrió la suite y ella no estaba; seguro que se habría ido a su dormitorio.

Volvió a la cama y, poniendo las manos detrás de su cabeza, no podía dejar de pensar en lo ocurrido la pasada noche. ¿Quién, cómo y por qué habrían matado a Morgana? Sabía muy poco de ella; no obstante, no obligaba a nadie a ir a sus sesiones y, por lo que había escuchado, era una buena mujer. La tarde anterior, había visto que, para ella, lo que hacía era muy serio, se mostraba respetuosa con todos y no criticaba a los que no creían en sus poderes.

No era ningún ingenuo para pensar que todo el mundo era bueno, pero reconocía que había que tener una huevera muy grande para matar a una persona en el Wharrington Palace, en plena celebración de la cena de Nochebuena.

El cielo ya estaba celeste cuando Pots le subió el desayuno.

—Señor, sé que es muy temprano, pero abajo hay un follón de tres pares de narices. Todos los criados y los sirvientes del hotel no dan abasto.

Se lo podía imaginar.

—Ve, ve, yo me puedo apañar solo.

Miró la bandeja y, junto al té, había galletas de jengibre. «Caramba con el desayuno navideño», pensó.

Estaba ante la ventana, con una taza de té en la mano, cuando, de repente, escuchó como si algo se deslizara por el suelo. Se puso en tensión y se dio la vuelta, al mismo momento que unos golpes suaves tocaban la puerta. Vio el sobre en el suelo y, dejando la taza, fue a abrir.

Miró pasillo arriba y abajo, y no había nadie. Cerró la puerta y, al ir a agacharse para coger aquel sobre, volvió a escuchar los golpes; como que estaba muy cerca de la entrada. «Te pillaré», pensó, y abrió con rapidez. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio a Heather. ¿Sería ella quién le enviaba aquellas tarjetas? No entendía el motivo de aquellas amenazas. No se la había imaginado con aquel humor negro.

Ella entró apartándolo con una mano en el pecho.

—No querrás que me vean delante de tu puerta, ¿verdad?

—A mí no me importan las habladurías, pero entiendo que a ti sí.

—Desde luego, no quiero ir de boca en boca. —Sus ojos se clavaron en él—. Por eso me he ido a mi dormitorio, a cambiarme.

—Mujer precavida —manifestó él pensando que era una excusa muy buena para ir en busca de la dichosa tarjeta. La tantearía a ver cómo reaccionaba ella—. ¿Te apetece una taza de té? —No esperó a que lo confirmara, se la sirvió y la puso en las finas manos—. ¿Has sido tú quien ha tirado eso? —preguntó señalando el sobre.

Ella tomó un sorbo de aquel líquido caliente que le templaba las entrañas, y miró lo que Cornelius enseñaba.

—No.

—¿Has visto a alguien por ahí fuera?

Ella negó con la cabeza.

Cornelius se agachó, tomó el sobre, lo rasgó y sacó una tarjeta navideña. Ambos pudieron ver la imagen: se trataba de un gorrión marrón, con las alas jaspeadas por unas manchas negras. La situación no era de felicidad: el animal estaba muerto, tumbado con las patas hacia arriba y con los ojos cerrados. La frase grabada era «Felices fiestas y próspero Año Nuevo». Como la anterior, iba acompañada de otro escrito que no dejaba mucho a la imaginación: «Te queda poco tiempo. Te he encontrado y te daré caza como al zorro. Me vestiré con tu piel».

—¡Qué macabro! —exclamó ella con los ojos muy abiertos.

—No es la primera que recibo. Por lo que veo, alguien lo encuentra gracioso.

Ella sabía que era tradición que se mandaran aquellas tarjetas, pero lo escrito a mano era de muy mal gusto.

—Hay gente para todo.

Él movió la mano como si le restara importancia a esa tontería, y preguntó:

—¿Por qué te importa tanto que te vean conmigo?

Aquello y las esquelas que recibía le hacían pensar que le había hecho algo ofensivo, y no lo entendía. Ella estaba con él por gusto; en ningún momento, la había obligado a nada, y en la cama se mostraba más que dispuesta a gozar y a darle placer como ninguna.

—Porque lo nuestro es una locura. No puedo dejar que todo el mundo sepa que somos amantes.

Él la guio hacia unos sillones frente a la ventana y se sentó ante ella.

—Que se vayan al cuerno, anoche necesitabas un hombro donde apoyarte.

—No te reconozco. Siempre estás de guasa, no puedo creer que te preocuparas por mí.

Cornelius clavó sus ojos en ella.

—Sé lo que todo el mundo piensa de mí: que soy un semental y libertino, y que pienso con los testículos. Sin embargo, tengo un corazoncito que no me deja ser el desaprensivo que dejo ver. Por lo menos, con las personas que me importan.

Iba a engatusarla para ver si reconocía que era la que lo amenazaba con aquellas tarjetas, o tal vez se le escapaba el motivo.

Al escucharlo, a ella le recorrió un estremecimiento. Le estaba diciendo que ella estaba en ese grupo de personas por las que se preocupaba. No, no, no, no podía ser. Reculando, se separó de él.

—Eso no puede ser.

—¿De qué hablas?

Él la miraba como un halcón, tratando de adivinar sus intenciones.

—No he venido a Londres a disfrutar de las Navidades y a pasarlo bien... Tengo que casarme, estoy buscando esposo.

Heather vio una amalgama de emociones que pasaban por los ojos de él. Cornelius pensaba que estaba tratando de engatusarlo, que quería distraer su atención de las malditas esquelas.

—Bueno, yo ya te he pedido matrimonio.

Debía pillarla en alguna contradicción.

—Los dos sabemos que estabas bromeando. —A Heather le molestó que él se tomara su problema con aquella ligereza, y quiso apretarle las tuercas—. Por lo que veo, no te molestaría verme en brazos de otro, o bailando, o conversando con alguien que no fueras tú.

Él seguía pensando que estaba mintiendo.

—Siempre que guardaras las noches para mí...

Dejó la frase sin terminar, estaba llena de sobreentendidos.

Aquellas palabras sí que le molestaron. Lo miró lanzándole chispas por sus impresionantes ojos verdes.

—Eres imposible, guardaré mis encantos para mi esposo.

Dicho lo cual, se levantó y fue hacia la puerta.

Cornelius se preguntó por qué tenía la sensación de que no estaba bromeando. Se levantó como un rayo y, antes de que ella abriera la puerta, él apoyó una mano sobre la madera.

—Creo que hay mucho que no me has contado.

—No te importa.

—Da la casualidad de que quiero escucharlo.

—No.

Cornelius la cogió por la cintura, le dio la vuelta, y frunció el ceño cuando vio la seriedad de su rostro.

—Ya estás soltando el problema que tengas por esa boquita. ¿Estás esperando un hijo?

Era lo único que se le ocurría para que tuviera prisa por encontrar esposo.

—Nooo.

—¿Entonces?

—Tengo que casarme pronto si quiero conservar el título y la fortuna familiar.

«Esa mujer sí que tiene inventiva», pensó él.

—¿Cómo es eso?

Se hizo el tonto.

Heather le contó lo que había dejado su tío en el testamento y como se había enterado de ello hacía muy poco.

—¿Entiendes ahora?

Parecía muy preocupada, y él imaginó que era muy buena actriz. Se quedó pensativo durante unos segundos y, luego, repitió la pregunta que le había hecho la tarde anterior.

—Está bien, ¿cuándo nos casamos?

La sorpresa de ella era mayúscula. ¿Acaso ese hombre estaría arruinado y le había dado la razón para salir del atolladero? Ciertamente, no habían hablado de amor en ningún momento. ¿Ella se podía permitir esperar amor con aquella prisa?

—¡¿Es que no puedes hablar nunca en serio?! —exclamó Heather perdiendo la paciencia.

Cornelius la miraba con los ojos entrecerrados.

—No cuando tratan de embaucarme. Has estado enviándome tarjetitas, y yo me pregunto qué pretendes con ello.

Los ojos verdes de ella lanzaban rayos de indignación.

—¡¿Qué dices?! —exclamó ella tesa como una tabla, encarándolo.

—Vamos, Heather, que no somos niños, ni yo soy idiota. Hace poco que he llegado al Wharrington, ¿quién será el que me las envía? Me imagino que tienes algún plan que se escape a mi entendimiento. Si me lo cuentas, puede que nos riarnos los dos. Pero, claro, no lo vas a hacer.

El enojo de ella estaba subiendo como una tormenta de verano. La estaba tratando de embustera y conspiradora, y no le creía.

—Me siento insultada. Eres un lechuguino, un tragavirotes, un mamacallos. ¿Cómo te atreves a dudar de mi palabra? —gritó con la furia del momento.

Cogió el plato con las galletas de jengibre y se lo tiró a la cabeza. Suerte que él tenía buenos reflejos y lo esquivó; pero, al romperse contra la pared que tenía detrás, se vio salpicado de porcelana rota y de migas de los dulces.

Heather lo atravesó con la mirada furibunda y salió disparada hacia la puerta. Otra vez la detuvo cogiéndola de un brazo. Ella se giró con llamaradas en sus pupilas esmeralda. Sus ojos se clavaron en los de él.

Cornelius empezó a dudar de todo lo que había sospechado, tal vez se había equivocado con ella. Sus ojos, que con la luz de la mañana se veían ámbar, no se apartaron de los de ella. «Si me estuviese mintiendo, no aguantaría mi mirada», pensó. La notaba furiosa, y estaba preciosa.

—Lo siento. —Escuchó su propia voz. No solía disculparse nunca; sin embargo, ella tenía algo que lo hacía desear complacerla y, en ese momento, le salió solo—. Perdóname, no voy a darte excusas, no las hay. Me he comportado como un zopenco.

—Se te da muy bien —contestó ella con acritud.

—Me lo tengo merecido —susurró antes de besarla con pasión, y escuchó los suaves gemidos

que a ella se le escapaban y él se tragaba con mucho gusto.

Al separarse, ella se desprendió de las manos de él, se encaminó hacia la puerta, y él la siguió.

Capítulo 26

—**M**uchacha, ¿dónde estabas? —la regañó, con impaciencia, lady Susan en el pasillo de la tercera planta, en cuanto la vio salir con Cornelius de la habitación.

—Conmigo, hemos desayunado juntos —dijo orgulloso Cornelius.

—Si a eso se le puede llamar desayunar —musitó Heather un tanto incómoda.

—¿Ahora vamos a luchar por ella, lady Susan?

Cornelius se rio y recibió un suave puñetazo en el brazo por parte de Heather, a la que se le colorearon las mejillas por aquella impertinencia de él.

—Cornelius, tu nombre lo dice todo. Sabes, ¿querido?

—¿Qué quiere decir?

Estaba intrigado.

—Si te mirases mejor en el espejo cada mañana, sabrías que tienes algo en la cabeza por lo cual no entrarías por la puerta, muchacho. Así que calla, porque entonces te diré alguna fresca y esta mañana es la más interesante tanto para mí como para Heather.

—Dígala, lady Susan —la animó él.

Aunque aquella mujer no se amilanaba ante nadie, lo obvió de un modo directo, que lo hizo callarse de inmediato.

—Heather, es urgente. Estamos tratando un asunto de vida o muerte, más de muerte que de vida —explicó lady Susan.

—¿Qué? —Cornelius alzó las cejas y las observó sin entender nada—. ¿Me lo vais a contar?

—Cornelius, el que tiene cuernos, vamos a ver. Si te lo explicamos, nos llevará todo el día, porque sabemos que la cabeza de un hombre tarda bastante en comprender los asuntos de las mujeres.

Lady Susan parpadeó para ser convincente.

—Ya... —Él se encogió de hombros—. Cuando termines nos veremos, voy en busca de Eddie.

Él, ni corto ni perezoso, le dio un beso en la mejilla sin prestar atención a la presencia de lady Susan. Ese atrevimiento en la vida excitaba a Heather; a él no le importaban los convencionalismos ni «lo que dirán». Cornelius las dejó en el pasillo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

Heather estaba sorprendida con lady Susan.

—Se os ve muy unidos —contestó, con tranquilidad, lady Susan.

—¿En serio?

—Muchacha, tengo ojos en la cara. No estoy ciega, no soy sorda y nadie me puede mentir, a no ser que me mienta a mí misma y no lo suelo hacer. —Chasqueó la lengua—. Apura, tenemos que bajar al invernadero.

—¿Por qué?

A Heather no le gustaban mucho los secretismos.

—¡Mira, el ascensor, corre! —Entraron a la carrera—. Nunca me gustó este aparato —dijo lady Susan cuando el hombre cerró las puertas.

—A mí tampoco, milady. Es muy aburrido subir y bajar, subir y bajar —afirmó el hombre con resignación.

—¿Ha visto u oído algo raro? —intervino Heather.

—No, nada. A mí nadie me cuenta nada, pero lo escucho todo.

—Y, tras la cena de ayer, ¿escuchó algo?

Lady Susan estaba dispuesta a tirarle de la lengua.

—Nadie hablaba, todos se miraban con suspicacia porque sabían que todo el hotel está en el punto de mira de la policía.

Lady Susan y Heather se miraron de una forma extraña. Salieron apuradas del aparato. Heather tenía la respiración agitada por el hecho de que Cornelius la había alterado; la había besado a pesar de sus sospechas sobre ella y su implicación en esas tarjetas que estaba recibiendo, lo cual la había incendiado. Y era cierto que percibía el peso de sus ojos sobre sus hombros, como la muerte de Morgana. ¡Todo indicaba que la muerte iba tras ella!

Aquel pensamiento fugaz hizo que el temor se apoderase de ella, una sensación extraña la estremeció. Tampoco había dormido muy bien, pues la cabeza era un hervidero, por ella rondaban las conjeturas y teorías por las cuales alguien quería matar a un religioso o a Cornelius. Bueno, si era sincera, Cornelius se buscaba estar en el punto de mira de cualquier persona; no meditaba sus palabras, por lo que podía ser objetivo fácil. Aunque, aun así, ¿quién querría matarlo?

Al entrar por las puertas del invernadero, que estaba vacío como los pasillos —«A lo mejor, todo el mundo está durmiendo o escondido en sus cuartos», pensó ella—, pasaron la fuente y vieron a la señora Stormboly caminando de un lado a otro. Aun así, el buen olor de aquellas plantas no correspondía al desasosiego que los humanos estaban viviendo. No correspondía al momento del duelo.

Mas Heather no le dio más importancia. Aquel lugar era donde crecían las platinas más exóticas y raras que hubiese visto. Mientras, la luz del exterior traspasaba la cristalera; no obstante, no llegaba a esa parte en la que estaba la señora Stormboly.

—¡Al fin! —exclamó la cocinera, que se fijó en el colgante de lady Susan—. ¿Qué lleva en el cuello?

—¡Oh! Esto... —Lo levantó—... es una lupa que me regaló mi difunto John. Y ahora, cuente, ¿qué ha pasado, señora Storm?

Lady Susan acortó su apellido.

—Llamadme Janet.

—Sí, mejor. Es rápido, corto, y menos gasto de saliva —agradeció lady Susan.

—¡Mirad!

Señaló una planta que estaba bajo la oscuridad y que estaba maltrecha.

—¿Qué es esa planta? —inquirió Heather, que no la había visto nunca.

—¿Qué le ha pasado? —continuó lady Susan.

La pobre planta estaba, por un lado, horrible; le habrían arrancado varias ramitas que estaban esparcidas por la tierra y el suelo.

—Por partes. —La cocinera alzó las manos para tranquilizarse y que le permitiesen hablar—. Lady Clover...

—Por favor, Heather.

Le dio su nombre de pila.

—Bien —asintió la cocinera—, se trata de belladona.

—¡Belladona! —gritaron lady Susan y Heather.

—Sí, no es extraño tenerla...

—¿Quién la cuida tan mal? —protestó lady Susan, clavando sus ojos en la cocinera.

—Las cuida Magnolia. —Aquel nombre las hizo callar—. De hecho, fue ella quien, a primera hora de la mañana, me hizo saber este estrago, y Magnolia no maltrata a las plantas, y lo sabéis.

—Sí, cierto. —Heather la defendió—. Jamás les arrancaría un solo pétalo, a no ser que fuese necesario.

—Entonces ¿quién fue?

Lady Susan estaba nerviosa.

—El asesino —sentenció Janet.

—¡¿Qué?! —volvieron a exclamar las dos.

—A ver, ayer por la noche, os enseñé una mancha en el mantel de vuestra mesa.

—Sí, era muy oscura —recordó Heather.

—Así es, no era vino tinto ni madeira...

—Ni licor de moras, os lo aseguro —añadió lady Susan, agitando el dedo índice en el aire.

—Era la mancha de las bayas de la belladona —confesó Janet, mientras las otras dos se acercaron a ver los pequeños frutos—. Cuatro o más de estas pueden ser mortales para una persona.

—Quieres decir que la envenenaron con belladona.

Lady Susan descifró lo que ocultaba Janet. La cocinera asintió a esa conclusión.

—El beso de la belladona —dijo Heather.

—¿El beso de qué, milady?

Sorprendida por una voz masculina, Heather se giró y descubrió que, a su espalda, estaba el inspector Wine, con un pitillo en la boca.

—¡Nada! —le contestó lady Susan lo más rápido que pudo.

—Pueden ir hablando ya. —Las escrutaba con detenimiento—. ¿Qué es eso de la belladona?

—¿Es que no lo sabe? —lo retó Janet.

—No —negó con la cabeza.

La expresión de Janet cambió a una más fría que un témpano, antes de afirmarlo con firmeza y rotundidad a Wine:

—A Morgana la envenenaron con las bayas de belladona.

Él abrió los ojos.

—¿No lo sabía, inspector?

Lady Susan metió el dedo en la pupa.

—El médico no pasó por mi despacho. —Les fue claro—. Pero, díganme, ¿vieron si alguien se las añadió? —les inquirió.

—No tenemos tantos ojos para ver quién nos hablaba o quién estaba rondando por la mesa —especificó lady Susan.

—¿Qué bebían? —insistió el detective.

—Bebíamos champán, ponche o vino especiado con frutas, mientras esperábamos el *pudding* —le contó Heather.

—Y hay otra pista, una mancha en el mantel. Y tranquilo, señor Wine, el restaurante sigue como se ha dejado ayer —apuntilló Janet para mostrarle que era más lista que él.

—Tráigamelo. Sí, ahora, y dígame quién es la persona encargada de cuidar las plantas. ¿Hay un jardinero? —quiso saber—. Si es así, debo interrogarlo.

—Es lady Bluebell quien se hace cargo, le encantan las plantas. Pero ya le digo yo que ella no ha sido, porque estaba al lado de Calpurnia y de Iris mientras hablaba con la gente; en la mesa estaba sentada al lado de Eddie Wharrington y de mí —le detalló lady Susan.

—Aun así, tengo que hablar con ella y quiero revisar su cuarto.

—¿Por qué?

Lady Susan no podía disimular su disgusto.

—Milady, una investigación policial es como las capas de una cebolla. —Las miró a las tres—. ¿Me indicarían dónde está la habitación?

Acompañaron al señor Wine al verdadero dormitorio de Magnolia, que estaba en la primera planta del hotel, pues era determinante que no descubriera la habitación 222.

Con la puerta cerrada, habló con la joven y su doncella, la persona que más tiempo pasaba en aquella estancia y cuidaba de los enseres de su señora, aquellos que no habían sido trasladados a la habitación 222, un piso más arriba. Como era de esperar, Magnolia solo tenía algunas plantas, aquellas que debían recibir algún tipo de cuidado especial, nada más, y contó lo mismo que ya le había dicho la noche anterior, añadiendo que esa mañana había encontrado la planta estropeada, pues siempre iba a revisarlas.

Mientras, en el pasillo, las tres mujeres lo esperaban con nerviosismo. Sobre todo, Heather, que estaba en un cruce de caminos, debido a las extrañas notas que Cornelius estaba recibiendo. Quizá, lo más probable, era que no tuviesen nada que ver con la investigación sobre la muerte de Morgana y la empañaría; por eso, prefirió callarse. Aun así, barruntar que alguien le escribía la inquietaba, así como el hecho de que él pensase que era ella quien estaba detrás de todo.

—No se oye nada —protestó lady Susan—, ¿por qué no saben hablar más alto?

—Vamos a enterarnos igual, lady Susan —la quiso tranquilizar Janet con una sonrisa.

—Si a ese pazguato se le da por contarnos algo.

Lady Susan estaba sedienta de información.

—No debemos preocuparnos —añadió Janet—. Magnolia está a salvo, todo el mundo la vio en el restaurante.

—Y no solo eso, sino que no lo abandonó nunca —apuntilló Heather, que estaba apoyada frente a la puerta, con la espalda en la pared y los brazos cruzados—. Y ni siquiera se movió del sitio como para echar bayas en una copa que estaba al otro lado de la mesa.

—Hay algún movimiento. —Lady Susan, rápida y veloz, se separó de la puerta para que nadie sospechase que había estado espiando—. Me da la espina que este señor detective va dando tumbos, es un asunto complejo para él.

—¿Es policía? Debería estar acostumbrado.

Heather parpadeó sin entender muy bien.

—Lo que quiere decir lady Susan es que le viene grande.

Janet tradujo las palabras de lady Susan.

—Lo ayudaremos —dijo lady Susan—. Así, en parte, también estaremos dentro de la investigación de modo oficial. ¿Quién mejor que nosotras para movernos dentro del hotel? Él espanta a la gente, nosotras no —concluyó.

—Me...

De pronto, la puerta se abrió y salió Wine.

—¿Qué tal con Magnolia? —le inquirió lady Susan un tanto molesta por aquel registro de habitación—. ¿Contento tras haber asaltado la intimidad de una dama?

—Es cierto, le gustan las plantas y las flores, y todo coincide con lo que apunté ayer. Aunque hay algo que me contó lady Bluebell que me ha dejado perplejo —comentó Wine, encendiendo un cigarrillo.

—Este mundo lo asombra. Me gusta eso, señor Wine —dijo, un tanto irónica, lady Susan.

—¿Las damas utilizan belladona como arte de belleza?

Él estaba asombrado.

—Bueno, hay mujeres que, por mucho arte, como dice usted, no se puede hacer mucho con ellas.

Lady Susan, con un golpe seco, se arregló la falda.

—Sí, es un secreto de belleza que se utiliza para tener los ojos más brillantes. Por ejemplo, por eso tenemos belladona en el hotel, porque algunas se aplican el jugo de las bayas directamente en los ojos.

—Hay muchas mujeres que lo hacen —aseguró Heather, quien vio al detective un tanto contrariado.

—Le diré una cosa: el asesino se encuentra en el Wharrington Palace —aseveró lady Susan.

—¿Cómo lo sabe?

Él frunció el ceño.

—Tengo un pálpito, así como también tengo la sensación, señor mío, de que no sabe muy bien por dónde dirigir la investigación.

Lady Susanladeó la cabeza a la espera de la respuesta.

—Es que nunca hubo un caso con tanta gente y que todos sean culpables. Me desconcierta, porque es cierto que alguien puede morir por saber mucho —barruntaba el detective con ellas.

—Hay secretos que matan, cierto —asintió lady Susan, que por vez primera le había dado la razón—. No se acostumbre a que estemos de acuerdo siempre.

—Aquí lo hicieron, no bajo el sigilo de la oscuridad o el silencio de una habitación bien vacía que espera paciente que llegue la víctima, o mientras esta duerme —continuó sin hacer caso a la mujer, que lo miraba con cierta desconfianza—. Esto se hizo delante de una multitud, y nadie vio nada.

—Creo que deberíamos enseñarle lo que descubrimos ayer —les comentó Janet a sus compañeras.

—¿El qué? —se interesó él.

—Por favor, síganos —le pidió Janet.

Con Janet a la cabeza, todos se dirigieron al restaurante, al que nadie había entrado ni tocado por ser la escena de un crimen vil. Heather, al acercarse a aquel lugar, de inmediato, le recordó todo de nuevo y la pena regresó, así como el miedo, un miedo irrefrenable a que a Cornelius le pasase algo. Sí, era cierto que, muy pocas veces o casi ninguna, hablaba en serio; mas, de ahí a matarlo, había todo un mundo.

Una vez en la mesa, la mente de Heather retrocedió a la noche anterior y visualizó cada detalle, y afirmó para sí misma: «La muerte me persigue».

—Mire esa mancha.

La señaló Janet.

—¿Qué tengo que ver?

No sabía a dónde mirar.

—Fíjese mejor en ella.

Lady Susan estiró la lupa para que el detective la viese bien y en aumento.

—Es negra —dijo Wine, y levantó la cabeza para mirarla.

—Es la mancha de la belladona —le aseveró Heather—. Así fue como la mataron: la envenenaron con belladona.

—Cuando usted llegó al invernadero, les estaba contando que las bayas, en un número bastante numeroso, pueden provocar la muerte a una persona —le confesó Janet.

—¿Cuántas se necesitan? —inquirió él.

—Pues las que faltan de las ramitas que se rompieron. —Janet fue concisa y añadió—: No las contabilicé.

—Así que el asesino conocía previamente los efectos de la belladona.

—Pero hay más y no se percataron de ello, porque no conocían a Morgana.

Janet utilizó un tono intrigante que hizo que el detective se pusiera en alerta con más interés.

—Díganme.

Entre las tres contaron el ritual que tenía Morgana de utilizar sus propios utensilios antes de unas sesiones espiritistas, incluida su propia copa o vaso.

—¿Por qué lo hacía?

A Wine todo aquello le parecía la mayor locura con la que se había tropezado en su vida.

—Decía que no quería que las fuerzas o las vibraciones de otras personas que comieran y bebieran por ellos la influenciaran; porque, como pasa con los espejos, que el alma puede quedarse atrapada en ellos, las personas le infligen a cualquier objeto tanto fuerzas malas como buenas, y ella no podía estar expuesta a eso —le contó Janet.

—No solo eso, descubrimos que la posición de las copas está equivocada; porque ella no había cogido la suya, que es esta —le indicó Heather.

—Sí, la copa no corresponde con las otras.

A Wine le parecía increíble.

—Eso es —afirmó lady Susan—, ella cogió la copa que no era; por lo tanto, el asesino no iba a matarla a ella por lo que supiera o por lo que guardaba, sino que lo que se pretendía era matar a Peregrine, el canónigo, o a lord Transilgate, que estaban sentados a ambos lados de Morgana.

Wine tampoco lo esperaba, pues había quedado como un tonto; en pocas horas aquellas mujeres habían descubierto más que él. Cogió su libreta y apuntó todo aquello para no perder ninguna pista.

—Justo cuando todo parece igual, de pronto, hay algo que jamás imaginaría, ¿verdad, señor Wine?

Lady Susan fue más picajosa de lo que pretendía. Él solo pudo asentir.

Capítulo 27

—Lord Transilgate, ¿puede venir? —lo llamó lady Raven Crocus, a la que todo el mundo llamaba por su nombre de pila, Iris, que, según la opinión de Cornelius, no le hacía encanto alguno y no le pegaba a esa mujer delgada, alta, de un pelo negro intenso, con unos ojos igual de oscuros que observaban todo en busca de algún tipo de falta, para sacar su mal genio.

Pues su rictus, siempre serio desde que había coincidido con ella, era lo que pensaba: una mujer que marcaba mucho las distancias con aquellos que no conocía.

—¿Milady?

No sabía a qué venía que lo llamase y le interrumpiese la agradable conversación que estaba teniendo con Eddie.

—Es el detective Wine...

—¿Qué sucede ahora, Iris?

Eddie se levantó de inmediato al oír ese nombre.

—Nada, quiere hablar con Cornelius de algo urgente —les informó.

—¿Y eso?

Cornelius también estaba desconcertado.

—Voy contigo —se ofreció Eddie.

—¡No! —exclamó Cornelius—, no debe ser de mucha importancia cuando él no vino.

—Mantenedme informado, por favor, estaré aquí —le dijo Eddie con un suave apretón en el hombro.

Cornelius asintió y caminó al lado de Iris, que tenía un paso largo donde los hubiera. ¡Esa mujer no andaba, corría!

—¿Sabe dónde me espera? —le inquirió Cornelius.

—En el bar —le respondió ella sin mirarlo.

—Está bien, ¿y no sabrá por qué?

—Yo no —respondió de modo muy seco.

No hablaron nada más y, cuando llegaron a la puerta, resultó que Wine estaba acompañado del canónigo Peregrine.

—¡Oh, Dios! Esto es como la *petite mort*...

—Yo no diría tanto, porque la *petite mort* sería placentera, pero juntar en un bar a un detective, a un lord y a un religioso... —Iris se encogió de hombros—. Ni en una comedia de absurdos. —Se cruzó de brazos—. Esos dos pegan bien, sí. Uno parece un cuervo y al otro no hay por dónde cogerlo.

—Milady, menuda lengua.

—¿Acaso me equivoco?

Iris le clavó la mirada a Transilgate.

—Eh... No suelo comparar a los hombres, lo hago con las mujeres; pero, cuando hay una muy hermosa, las demás pierden importancia.

—Tiene razón lady Susan —musitó Iris.

—¿En qué?

Cornelius lo esperaba todo de aquella mujer tan simpática.

—Wine siempre viste pasado de moda, una señal inequívoca de que está soltero.

Cornelius enarcó una ceja y tiró de las comisuras de los labios hacia abajo.

—Yo soy soltero y no me visto mal, me considero guapo y todo.

Iris tornó los ojos para recorrerlo.

—Sí, bueno —contestó como haciéndole un favor—. Luego, tiene una actitud pasota, como si la cosa no fuera con él, y estamos hablando de una muerte: fuma cigarrillos como una chimenea de cualquier fábrica, lo que le colorea los dientes de un amarillo extraño, tiene una estatura que hasta lo hace insignificante como una mesa camilla.

—En comparación con la suya, milady, hasta me siento un enano —se carcajeó Cornelius.

—Su cara redonda, sus ojos pequeños, su nariz chata a lo gorrinillo, su barriga cervecera, como si tuviera un grano a punto de estallar... y sus ojos marrones descoloridos. Nunca me imaginé un detective así.

Cornelius estaba tan anonadado que ponía en duda de que fuera lady Susan; hacía del detective un hombre que no valía mucho la pena. Lady Raven Crocus, estaba muy convencida de esa descripción que hacía no de memoria, sino por lo que veía. Cornelius no supo qué decir, mas agradeció bastante que el detective levantase la mirada.

—Lord Transilgate.

Le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—Gracias, milady, por avisarme.

—Sí, sí, menudo trío.

Iris giró sobre sus pies y se marchó.

El ambiente del bar no era como el de otras veces, caldeado y confortante. Esa mañana no había camarero; estaba desolado, como ese establecimiento que estaba a punto de cerrar las puertas, solo, porque había un pequeño runrún procedente del salón de té. Eso marcaba la diferencia.

—Venga, acérquese —lo instó con urgencia el detective.

—Buenos días, tengan.

Se sentó y, al fijarse en el canónigo, lady Raven Crocus tenía razón: era como un cuervo, aunque, con los alzacuellos, era como una urraca.

—Bien, señores. Ahora, que los tengo aquí, me gustaría hacerles unas preguntas.

Wine juntó las manos encima de la mesa.

—Adelante.

Cornelius cruzó las piernas y se acomodó en la silla.

—Voy a ser claro: ¿han recibido alguna amenaza?

Ante aquella cuestión, Cornelius se atragantó con su propia saliva.

—No —respondió el canónigo—, soy insignificante. Salmo 9.19: «No se olvida para siempre el desdichado. No se pierde por siempre la esperanza del que sufre».

Tras eso, Wine encendió un cigarrillo.

—No, yo tampoco —dijo con voz rasgada—. Nada, ¿por qué lo dice?

—La víctima Morgana fue una víctima accidental —les contó e hizo una parada para ver su actitud.

—¿Qué es eso?

El canónigo parpadeó hacia el detective.

—No era la víctima real, el asesino se equivocó, y resulta que Morgana estaba sentada entre ustedes durante la cena. Eso solo puede significar...

—Que uno de los dos sería la víctima. —Miró al canónigo, y ambos compartían el mismo asombro y estupefacción—. Uno de nosotros dos debería estar muerto en estos instantes.

—Salmo 14.1: «Dice el necio en su corazón, no existe Dios».

Se persignó.

«¿No he escuchado antes este salmo?», pensó Cornelius. No le dio más importancia, porque el canónigo se pasaba el día soltándolos.

Los dos hombres no lo entendieron. Aunque, para Cornelius, algo estaba claro: las tarjetas que recibía no eran una broma de mal gusto, podían ser palabras reales y sus amenazas podían esconder a un asesino.

—Lo que les pido es que tengan cuidado y, si creen ver o recibir o si notan que los persiguen o se acuerdan de algo, por favor, díganmelo —les pidió escondiendo la urgencia y el peligro que se cernía sobre ellos.

—Así lo haré —confirmó Cornelius.

—No se preocupe, inspector, lo haré —afirmó el canónigo.

Wine asintió y los vio marchar mientras sacudía, con el pulgar, el cigarrillo en el cenicero.

—No son conscientes de que la muerte los acecha.
Chasqueó la lengua por lo tontos que eran algunos humanos.

Capítulo 28

Habían pasado unos días, y Cornelius seguía pensando que el inspector Wine estaba equivocado. ¿Quién iba a querer matar a un canónigo? Y lo que más le importaba: ¿quién lo querría a él muerto? Podía ser un crápula, sin embargo, las mujeres se mostraban muy complacientes con él; jamás había estado con ninguna que no lo deseara.

Aquella noche, después de la cena, él y Heather iban a salir al jardín y, al llegar a la puerta, vieron que había empezado a nevar.

—Será mejor que nos quedemos dentro, no quiero que caigas enferma —dijo él.

—¿Acaso tú no puedes enfermarte?

—Nooo, teniéndote a mi lado es como si llevara una chimenea que me calienta todo el cuerpo.

—Dime cómo es eso, tal vez a mí también me sirva.

Heather, con él, había perdido toda la vergüenza, le pagaba con la misma moneda. Cornelius sonrió como un demonio, se inclinó sobre su oído y susurró:

—Me imagino que soy tus medias y te estoy lamiendo la piel. —Escucharlo hizo que las mejillas de Heather se tiñeran de un favorecedor tono rosado. Él, al verlo, siguió—: Te mordisquearía la liga hasta llegar a la suavidad que esconde.

A ella la recorrió un estremecimiento que él pudo notar.

—Pues sí que estás caliente, señor mío. —Ella miraba por la cristalera del vestíbulo que daba al jardín y no se molestó en echarle una ojeada. Quería hacerse la dura, como si sus impertinencias no la afectaran, cuando la verdad era que sentía la entrepierna humedecida—. Yo, en cambio, estoy sintiendo el frío que entra por la puerta —mintió.

—Ven, sentémonos en una de esas «butacas tú y yo», están más cerca del calor de la chimenea. —La guio hacia dichos sillones donde, al sentarse, quedó uno frente al otro, y muy cerca; podría cogerle la mano y nadie lo vería—. Me encantan estos muebles donde puedo acariciarte por aquí en medio, y nadie lo ve. Me hacen sentir travieso.

—Compórtate.

Ella quiso parecer severa, pero no lo consiguió; se le escapaba una sonrisa.

—Eso nunca. —Acababa de decirlo, que su mano ya se había colado entre los dos y pasaba las

yemas de los dedos por el brazo de ella, y notaba como se estremecía—. ¿No me digas que no te pone caliente pensar que estamos aquí, entre los huéspedes, y hacemos algo prohibido?

—Quieto, o tendré que alejarme de ti.

Heather no era inmune al encanto de ese hombre, y debía recordar el motivo de su visita a Londres. Hacía unos días que se lo había dicho y él no le había creído.

—¿Por qué harías eso?

—Ya lo sabes.

—¿Lo dices por los huéspedes que pasan por aquí? —No esperó a que ella contestara, se levantó y tiró de la mano de ella—. Mejor será que nos vayamos a un lugar más íntimo —acabó susurrando.

Heather no podía negar lo que su cuerpo ansiaba, por mucho que su cabeza le dijera que estaba equivocándose.

Subieron a la suite 303 —la de él— y, al cerrar la puerta, se encontró rodeada por aquellos fuertes brazos que la atrajeron hacia el pecho de él, y lo escuchó murmurar a sus espaldas:

—Mi lengua recorrerá todos los rincones de tu cuerpo, se va a convertir en tu segunda piel.

Al hablar le mordisqueó la oreja y, de repente, ella se puso tensa.

—Para.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañado, sabía que no le había hecho daño.

—Mira.

Ella señalaba un sobre que estaba en el suelo.

—¡Maldita sea! —exclamó él al notar que se había roto la magia que le estaba regalando a ella.

Con mal humor, la soltó, se agachó a coger el sobre y lo rasgó. La escena de la tarjeta era muy particular: una rana muerta, con el corazón trinchado con un cuchillo, tirada, y por su pecho corría una enorme gota de sangre que llegaba al suelo. Mientras, otra salía a la carrera; era una ladrona, pues le había arrebatado un pequeño saco de dos mil libras. La frase impía no era nada fuera de lo común: «Feliz Año Nuevo». Y, luego, con letra manuscrita: «Las próximas Navidades las celebraré bebiendo tu sangre».

Heather, que estaba a su lado, vio aquello y la recorrió un escalofrío.

—¿Le dijiste al inspector Wine que recibías estas tarjetas?

—Claro que no.

—Serás zoquete, ¿es que no ves la amenaza ahí? —gruñó ella.

—¡Vaya tontería! ¿Quién va a querer matarme? —Él le quitó importancia; no obstante, hizo memoria y cayó en la cuenta de que, en la anterior, ella había aparecido casi de inmediato a que deslizaran la misiva por debajo de la puerta y le había dicho que no había visto a nadie. Recordó que ella había presenciado que él había dejado la primera en el árbol de Navidad del vestíbulo. ¿Podría ser que Heather la hubiese tirado allí al entrar? Él no se habría dado cuenta, estaba demasiado ocupado tratando de seducirla—. Escucha, ¿no serás tú quien me las manda? ¿No será

algún jueguecito que te traes entre manos?

Al oírlo, ella se envaró.

—¿Te estás escuchando? ¿De verdad crees que te mandaría esas cosas tan horrendas?

Heather no podía creer lo que estaba diciendo.

—No lo sé, dímelo tú.

—Serás zoquete, no puedo entender que pienses eso de mí.

Ella estaba furiosa, y él la veía hermosa. Discurrió que, cuando estaba con ella, hasta sus reflexiones eran rimas; se lo habían contagiado.

«Ninguna mujer deberá estar tan preciosa cuando se enfada», se dijo a sí mismo. Aquel genio lo excitaba como nada en el mundo, y la realidad era que no la creía capaz de hacer aquello de lo que la había acusado. Razonó para sí.

—Es verdad, soy un idiota. Tú nunca harías eso. Lo siento, perdóname. Mi bocaza me ha traicionado. Nunca pensaría eso de ti —dijo al darse cuenta de que se había comportado como un verdadero mulo.

—Me has hecho daño —murmuró ella.

—Lo sé y lo lamento. Por favor, olvidemos todo lo que he dicho. En realidad, ha sido una estupidez por mi parte. —Se lo veía compungido—. Además, deberíamos correr un tupido velo y volver donde estábamos antes de ver eso.

Se refería a que estaba seduciéndola. Ella negaba con la cabeza.

—No podemos, es inquietante que te manden estas esquelas al tiempo que han intentado matarte.

—A mí nadie ha intentado quitarme de en medio.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo justificas la muerte de Morgana, que bebió de una copa que posiblemente era la tuya?

—El inspector no sabe por dónde camina, todo esto le va grande. Todo son conjeturas, y ninguna acertada —replicó él.

Ella temblaba de lo nerviosa que estaba.

—Ahora mismo te sacudiría.

Los ojos de ella relampagueaban.

—Hazlo, si te hace sentir mejor —la animó él sabiendo que no podía hacerle ningún daño.

—No me tientes, o te estampo la silla en la cabeza.

Ella señaló una con el dedo apuntador.

—Cariño, ¿te estás poniendo violenta por mí?

—¿Por ti? ¡Ja! —exclamó ella frotándose los brazos de lo helada que se había quedado.

Comprendía que el objetivo del asesino era Cornelius, y este se lo tomaba a guasa.

—Voy abajo, necesito un té —afirmó ella con cara de pocos amigos.

—Te acompaño.

En cuanto se dio la vuelta, ella cogió la tarjeta que él había tirado sobre uno de los sofás, sin

que Cornelius se diera cuenta, y se la guardó en un bolsillo camuflado entre los pliegues de su vestido.

Salieron de la suite y caminaron uno al lado del otro, sin hablar. Cornelius no estaba tan tranquilo como quería aparentar, se daba cuenta de que era posible que ella tuviera razón, pero que le dieran de puñetazos si sabía por qué se había convertido en la presa de algún lunático.

Al llegar al salón de té, se encontraron con lady Susan y Calpurnia. Los invitaron a sentarse con ellas, y la primera le hizo una seña al camarero, quien les trajo té y dos tazas con licor.

—Muchacha, ¿estás bien?

—Fresca como una rosa —contestó ella con ironía.

—Yo la veo nerviosa —afirmó Cornelius.

—¿Yo, nerviosa...?!

—Sí, está moviendo un pie con garbo, como si quisiera estampar su zapato en el trasero de alguien —la provocó él—. Para relajar a una dama, no hay nada con tener a un hombre incrustado entre las piernas.

—¡Es un zoquete! —exclamó ella.

—No es nada nuevo para mí que me lo llame —la pinchó él.

—Es posible que tenga razón, me quedaría muy descansada si le dejara el culo con mi zapato incrustado.

Lo miró entrecerrando los ojos.

—Querida, no hagas tonterías —advirtió Calpurnia.

—¡Qué puñetas! —exclamó lady Susan—. Parece que te fuera a salir humo de las orejas. Suelta tu pie y dale hasta en las cejas.

Esa mujer era única para sacarles una sonrisa a todos con sus versos.

La dama miró a Cornelius y él supo que lo culpaba del mal humor de Heather.

—A mí no me mire, yo ya la he animado a que me meneara.

—¿Qué has hecho para que ella desee hacerlo? —intervino la mujer.

—Naaada —dijo él arrastrando la palabra, por lo que se ganó una mirada incendiaria de Heather.

Ella, rabiosa como estaba con él por haber sospechado que ella le mandaba aquellas amenazas, lo miró con furia, se levantó y dijo a las damas que iba a retirarse. Sin más, les dio la espalda a todos y salió del salón.

Capítulo 29

Cornelius iba a seguir a Heather; sin embargo, sus planes fueron interrumpidos y rotos por Iris, que se interpuso en su camino para separarlo de aquella mujer con la que se había propasado. No se merecía que la tratase de ese modo, mas, en los últimos días, no pensaba con claridad; la muerte de Morgana y las extrañas tarjetas con amenazas, por mucho que les quitase hierro o importancia, ahí estaban. Sin embargo, en medio de todo eso, su propio corazón, ese mismo que siempre había mantenido al margen, le indicaba que esa mujer no era otra más; le había calado hondo, tanto que la sentía hasta en el tuétano y solo por eso no podía ser quien lo acechaba en las sombras. De ahí le urgía ir detrás de ella y pedirle disculpas por haber sido tan idiota.

—Sepárese, lady Raven Crocus, por favor —le pidió de un modo cortés, aunque quería darle un buen empujón.

—Y, por favor, le digo que se siente. —Cornelius le puso una mano en el brazo e Iris la miró—. O me suelta, o le aseguro que, de esta, se queda manco.

—Córtela, si con eso me deja pasar —insistió él.

—¡Que se siente de una maldita vez!

Cornelius alzó las cejas por el modo de hablar tan brusco de lady Raven en público. Esa mujer lo asombraba con sus gestos masculinos y sus formas tan poco femeninas.

—Cornelius, hermoso, siéntate, por favor.

Calpurnia se lo dijo demasiado tranquila.

—Señoras, verán...

Quería salir de allí, ¡ya!

—Ni señoras, ni señores —le replicó lady Susan, interrumpiéndolo—. Tenemos que hablar contigo.

—¿No puede ser más tarde?

Aquellas mujeres estaban dispuestas a retenerlo.

—No —le respondió Calpurnia.

—Pues bueno, pues nada. —Dejó caer el trasero en la silla—. ¿Qué sucede?

Se giró para ver si Heather entraba, mas no tuvo esa suerte.

—Lo que pasa eres tú, mastuerzo —protestó Iris.

—Iris.

El tono que aplicó Calpurnia, al pronunciar su nombre, era de advertencia.

—Es que no puedo con la ceguera masculina —masculló lady Raven.

—No me mire.

—Ojalá pudiera.

Tras la contestación, Cornelius apretó las muelas para no abrir la boca. Una de dos: esa mujer lo estaba llamando guapo o feo, no había término medio, y lo hirió en su orgullo masculino.

—Cornelius, lo que queremos preguntarte es qué quieres de Heather.

Calpurnia no se anduvo con rodeos.

Las tres mantuvieron un solemne silencio que a él le resultó como si le tirasen todas las agujas que utilizaba su sastre en Edimburgo. No esperaba aquella pregunta. Lo obligó a tragar con fuerza, se pasó las manos por las perneras del pantalón y, tras unos segundos, su mente reaccionó: «¿Qué quieres de Heather?». Era la primera vez que se cuestionaba la presencia de una mujer en su vida.

Lo quería todo, esa era la verdad. Su risa, su mirada, que le perteneciera cada latido del corazón, ser el dueño de sus pensamientos y sus sueños. Tenerla al lado todos los días de su vida. Mas la lengua se le volvió de trapo al recaer en la presencia de esas tres mujeres, que lo escrutaban con la curiosidad de si se convertiría en príncipe o en una asquerosa rana.

—Cuéntame, ¿qué pretendes con ella?

Calpurnia no perdía la templanza.

—Seguro que convertirla en su amante.

Lady Raven siempre estaba dispuesta a entrar en el campo de batalla.

—¿Usted qué sabrá! —le recriminó él.

—El silencio lo dice todo

Ella volvió al ataque.

—La pregunta correcta es... ¿quieres cortejarla?

Lady Susan le dio caza al zorro.

—Bueno..., yo...

No le salían las palabras, ya que nunca se había visto obligado a hablar de algo tan íntimo como los sentimientos.

—Si un hombre ama a una mujer, no duda —apuntilló Iris.

—¿Querrá callarse? —Él masticó cada palabra—. Creo que lo que requiere con urgencia es un hombre que la cabalgue.

—Y tú... —Iris rompió con cualquier formalismo—... una mujer que te apriete el pene para hacerte hablar, o mejor atraparlo con unas tenazas de herrero.

Cornelius dobló una pierna sobre la otra con cierto dolor, en un intento por protegerse la entrepierna. Aquellas mujeres le provocaban sudar frío, además de querer tirarle de la lengua.

—Habla sin reparos, Cornelius —le pidió Calpurnia con un semblante amable—. Te conozco desde hace muchos años y nunca te he visto titubear como ahora.

—Hombre que titubea, hombre cuyo amor cojea.

Lady Susan soltó una de sus rimas, antes de chasquear la lengua.

—No estoy dudando, y sé lo que quiero —les contestó un poco molesto por aquella encerrona.

—Y es...

Lady Susan no terminó la frase a propósito.

—Me gustaría cortejarla, pero no cree mis palabras —confesó y se encogió de hombros.

—Normal, no las crees ni tú mismo. —Iris no pudo callarse—. Aunque, después de como le has hablado, ¿en serio quieres cortejarla? Soy ella y te arreo una patada que te dejo cojo de por vida.

—Muy bien, Iris, nos has aclarado tus pensamientos. —Lady Susan se dirigió a Cornelius—. Si la quieres, actúa de frente —le aconsejó—. Si no lo haces, dejarás el sitio a otro que tenga los pendientes reales mejor puestos que tú.

—Lo que te queremos decir es que o vas para delante o la dejas en paz

Calpurnia le dio un ultimátum.

—La quiero desde que la vi. Es cierto que siempre he utilizado a las mujeres en mi propio beneficio, para mi propio placer y con ninguna jamás he querido nada, solo pasar un buen rato. Ella es distinta, la necesito a mi lado. La vida, mi vida es mejor si estoy con ella.

—En la vida de un hombre, es cierto que, a veces, la diferencia la marca una mujer —aclaró lady Susan.

—Cornelius, debes saber algo —intervino Calpurnia, que dejaba su taza de té sobre el platito—. Heather vino a Londres no a pasar la Navidad, sino a buscar un marido; es lo que la apremia el testamento de su tío.

—Lo sé —dijo con firmeza y miró a Iris con los ojos entornados, mostrándole que estaba un paso por delante de ella.

Las tres mujeres estaban anonadadas.

—¿Te lo dijo ella? —inquirió lady Susan.

—Así es —asintió con orgullo.

—Entonces, déjate de rodeos, muchacho. Las frases bonitas debes decirlas sentado a su lado y con el corazón en la mano. Si no, parecerá que solo la quieres para que te caliente la cama.

Lady Susan lo apremió y le mostró la realidad.

—No diga sandeces, lady Susan —le pidió él, aunque sabía que la verdad la tenía ella.

—Lo que digo es cierto, utilizáis palabras bonitas para llevar al catre a una mujer. Pero, si en tu caso hay más que eso, demuéstreselo a Heather, hálble como un hombre; o, por el contrario, déjale el camino libre para encuentre un marido de verdad.

Lady Susan le mostró el camino por seguir.

—¿Quieres ser su marido? —le inquirió Calpurnia.

—Por supuesto —afirmó sin dudar.

—Pero lo que se lo impide es que se ha enamorado de ella y no está acostumbrado a ese sentimiento —descifró Iris. Las otras dos alzaron las cejas por el acierto de la joven; hablaba como si supiera mucho del tema—. Un día conocí a un hombre que, al principio, actuaba como él.

—Si eres de esos, Cornelius, actúa; si no, otro vendrá y te quitará el puesto. Piensa que hay una fiesta, que todavía no se ha cancelado: el día de Año Viejo —le recordó lady Susan.

—Dime, ¿te ves como un hombre de familia?

Calpurnia no dejaba de atacar tampoco.

—Nunca me lo había planteado, pero con ella creo que estaría dispuesto a todo —les confió con total franqueza.

—Actúa. A ella no le queda mucho tiempo y, cuando se corra la voz de que busca esposo, habrá muchos cuervos a su alrededor —le apuntó Calpurnia.

—A veces, tenemos que dejarlo todo por amor. Si estás dispuesto a eso, entonces Heather es tu mujer; si no, apártate, Cornelius. Pero, por tu expresión, creo que la tuya es la primera opción, ¿me equivoco?

Lady Susan hablaba con total confianza.

—Hablaré con ella.

Era lo que pretendía desde que Heather había abandonado el salón de té.

—Hazlo de modo serio para que tus palabras lleguen a donde tienen que llegar —le indicó lady Susan.

—¿Adónde?

—Al corazón —le respondió lady Susan con una seguridad apremiante.

Está claro que, a veces, en la vida, hay que dejar de ser un mero espectador para convertirse en el protagonista de la historia.

Capítulo 30

Las espero en los pasadizos de la cocina.

Es urgente.

Esa fue la nota que les hizo llegar Janet a lady Susan y a Heather, que se había resguardado de Cornelius en la habitación 222, tras lo sucedido en el salón de té; según Magnolia, Cornelius había aporreado la puerta de su verdadero dormitorio durante bastante tiempo y arrepentido. Eso a ella no le importó, estaba molesta por su comportamiento delante de Iris, lady Susan y Calpurnia. Jamás un hombre la había tratado así, y no solo eso: la había dejado un tanto en ridículo con aquella impertinencia de que una mujer solo se relajaba con un hombre entre las piernas. Si no fuera porque estaba preocupada por él, lo mandaría a paseo. Mas debía mantener la mente fría por lo que tenía entre manos con Janet y lady Susan. Cornelius iba a ser un punto importante de esa sesión, pues les mostraría la nota que le había robado y también recogería la que había dejado en el árbol de Navidad.

«Es que no hay hombre listo, de verdad, ¿a quién se le ocurre?», pensó para sí misma mientras se acercaba a recepción sin levantar sospechas y, de allí, al árbol. Sin embargo, anduvo con cuidado. En cualquier momento, podría aparecer Cornelius; la sorpresa era su mejor compañera de viaje.

Antes de dar un paso, miró hacia los lados, no había nadie, y lo aprovechó para ir a la carrera hacia aquel impresionante abeto tan lujosamente adornado. Aunque se quedó de una pieza: no era un sobre, ¡había dos más!

—Cornelius Transilgate, eres increíblemente insensato —barruntó en alto y se convenció de que ese hombre debería estar protegido—. Lo meteré en mi habitación, o mañana aparecerá sin cabeza.

Soltó el aire por la boca y, cuando el corazón le dejó de bombear enloquecido, como si hubiese robado el joyero de la reina, fue hacia una puerta invisible que la llevaría a donde estaban las dos mujeres, esperándola con sendas velas.

—Creía que no vendrías —dijo Janet.

—Disculpadme, estaba cogiendo algo que querías enseñaros.

Heather no se lo mostró.

—¿El qué? —quiso curiosear lady Susan.

—Aquí no, señoras. Vengan.

Janet las guio por un pasillo alargado, aunque no lo recorrieron entero. Salieron por una puerta y dieron con otro que las condujo a los sótanos.

—¿Dónde estamos? —inquirió lady Susan.

—Estos son algunos sótanos que utilizamos muy poco. Algunos son como desvanes, pero este es donde algunos trabajadores fuman, ya que hay orificios de aire y desembocan en las rendijas de aire de todo el hotel, salvo las de la cocina —les explicó.

—Te mueves por aquí como si fuera tu feudo —comentó lady Susan encantada con esos escondrijos.

—Sí, pero tenemos la seguridad de que nadie nos oirá.

Janet se frotó las manos, por algún lugar entraba una heladora brisa procedente del exterior.

Era una estancia ancha, muy grande; en una pared había algunas alfombras enroscadas, sillas y mucho polvo, además de suciedad. Había de todo, hasta algún caballete de pintura que Heather no comprendía qué hacía ahí. En la pared contraria, había tres grandes tubos que atravesaban el techo de ladrillo sin pintar, como el resto. Era un buen lugar para confesarse con alguien si lo que se quería era discreción. No obstante, a ella jamás se le hubiese ocurrido, ya que nunca, ni de niña, había llegado hasta allí abajo; solo recorría los pasadizos secretos. Heather no paraba de mirar de un lado a otro. Era más: algunas sábanas estaban tapando algo, quizá muebles.

—Sí, no sufriremos interrupciones porque todos están concentrados en el salón de té o en el bar.

Janet no descubría nada nuevo, cuando el restaurante todavía no se había abierto tras el asesinato de Morgana.

—Los hombres deben estar que trinan —dijo lady Susan.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber Heather.

—La cueva... —Lady Susan se inclinó sobre Janet—... como la llamamos las mujeres de la sociedad, era su feudo, y ahora está invadido.

—Que se fastidien, listo —exclamó la cocinera con una sonrisa.

Tras unas risas, Heather fue a lo que ponía la nota para no dilatar más el asunto.

—Janet, ¿a qué venía tanta urgencia para vernos?

—Solo quería saber si habíais descubierto algo nuevo.

Descifró sus intenciones.

—Nada. —Lady Susan negó con la cabeza—. Y eso que tengo fino el oído.

—Puedo tener algo —expuso, con cuidado, Heather.

—¿El qué?

Janet frunció el ceño.

—Mirad.

Sacó las tarjetas del interior de la chaqueta.

—Son tarjetas, ¿qué tiene que ver con el caso, muchacha?

Para lady Susan no tenían importancia.

—Leedlas —les ordenó ella, que terminó con los brazos cruzados—. Lo mejor está dentro.

Las dos le hicieron caso y, poco a poco, se fueron intercambiando las tarjetas a medida que las ojeaban. Desde el principio sus rostros mostraban el asombro por lo que había allí escrito. Janet hizo algo inusual: las comparó.

—Las ha escrito una misma persona, tiene la misma letra y la misma tinta —musitó Janet—. ¿Las has recibido?

—Yo no —afirmó Heather.

—¿Quién, muchacha? —la urgió lady Susan—. No nos dejes con esta intriga en el cuerpo.

—Lord Transilgate —confesó para no ocultar la verdad por más tiempo.

—Cornelius.

Lady Susan se llevó una mano a la boca.

—Menudo nombre.

Janet enarcó una ceja, pensaba lo mismo que lady Susan en su momento.

—Eso mismo pensé yo —le confió lady Susan.

—¿Te dijo algo?, ¿quién puede estar...?

Heather negó con la cabeza a las preguntas de Janet, por lo que la cocinera se calló.

—No, de hecho, ha creído que soy yo.

Decirlo le volvió a doler a Heather y seguía sin entender cómo Cornelius había llegado a esa conclusión.

—Ese hombre no solo tiene cuernos, como dice su nombre, sino que le pesan tanto que es incapaz de pensar con claridad —lo amonestó lady Susan, que torció el morro con desagrado.

—Tienes razón —comentó Janet—. ¿Qué persona, en su sano juicio, puede pensar eso? Milady, la conozco poco, pero... —Se quedó pensativa un momento y asentía con la cabeza levemente—. Bueno, es cierto que el culpable es quien menos te lo esperas.

—Mucho sabes de sospechosos —apuntó lady Susan—. Ni que te criaras con un investigador.

—Soy hija de Edgar Stormboly —aclaró Janet—. Soy hija de espías.

—¡Por eso sabes tanto! —exclamó lady Susan—. Ya decía yo que tenías muchas dotes.

—Mi padre lo sabe todo y así lo aprendí de él, me preparó. —Janet sonrió—. Lo bueno es que tenemos la letra, es la misma persona; escribe con letra muy pequeña, aunque mayúscula, y algunas tienden a inclinarse hacia la derecha.

Por un lado, a Heather le sorprendió la procedencia de Janet; por otro lado, se sintió más segura sabiendo que alguien que se movía tan bien en estos casos estuviera en el hotel.

—Se me está ocurriendo que podemos mirar el libro de la recepción —propuso lady Susan.

—Eso puede levantar la sospecha de Eddie —señaló Janet.

—¡Malditas sospechas! —se quejó lady Susan, chasqueando la lengua y dando golpecitos rítmicos con un dedo sobre una de las tarjetas.

—¿Puede que estas tarjetas estén relacionadas con el caso de Morgana?

Esa era la preguntaba que le bailaba en la mente a Heather.

—Es muy factible —aseguró, con cierta duda, Janet.

—Eso quiere decir que el asesino va a por Cornelius —aseveró Heather.

—No lo dudaría —dijo lady Susan.

—Todo puede ser.

Janet no paraba de observar las tarjetas.

—¿Quién querría hacerle daño? —volvió a inquirir Heather.

—Cualquiera.

Esa respuesta de Janet cogió de sorpresa a Heather.

—A ver, es un hombre que no controla lo que dice; al menos, no lo piensa mucho, todo le da igual. ¿Qué ha hecho para que lo intenten matar? —razonó ella en busca de una respuesta que ninguna de las tres tenía.

—Todos tenemos una historia que se nos carga en la espalda, así como errores y daños que pudieran tener consecuencias funestas para nosotros —explicó Janet, meditando las razones que empujaban al asesino en contra de Transilgate—. Debemos saber qué hizo ese lord.

—Quizá sea un ajuste de cuentas o venganza.

Esa frase, en boca de lady Susan, sonó con cierto aire fatídico que le congeló la sangre en las venas a Heather y le puso los pelos como escarpas.

De pronto, unos gritos enlatados se oyeron en la estancia.

—Te lo prometo. Tan pronto que le daré muerte, morirá. Sí, morirá y sufrirá antes de hacerlo. Lo prometo, ¡lo mataré!

Ese grito final dejó a las mujeres perplejas.

—¿Habéis oído lo mismo que yo?

Lady Susan había perdido el color de la cara.

—¿De dónde ha salido esa voz? —inquirió Heather buscando algo sin saber qué era.

—Son los conductos. —Janet señaló con el dedo los enormes tubos que se perdían en el techo—. Los llamamos «los conductos cotillas» porque no solo son conductos de ventilación, sino que se oye, como bien apuntaste. —Miró a Heather—. Lo que sucede en todas las habitaciones.

—Vaya, vaya, con el Servicio Secreto del Té, estáis bien preparados —asintió lady Susan.

—Os pido que no salga de aquí.

Janet pedía discreción.

—No saldrá de aquí...

—¡Terminaré con su vida!

Se oyó de nuevo la voz.

—No sé de quién se trata. —Heather se había pegado al tubo—. No reconozco su voz—. Lo que queda claro es que el asesino está en el Wharrington —aseguró Heather.

—¿Se puede saber en qué planta está?

Lady Susan no formuló una pregunta baladí.

—No, es imposible saberlo a través de los conductos cotillas, que llegan a la cuarta planta —
aseguró Janet desalentada.

Aquello enfrió el ambiente y la tensión podía cortarse con un cuchillo.

Capítulo 31

Después de lo que habían escuchado por los conductos cotillas, Heather estaba mucho más inquieta por Cornelius. Era evidente que quien fuera el asesino no se había marchado del Wharrington, aún seguía allí porque no había terminado el trabajo que había ido a hacer. Temía por Cornelius, estaba preocupada, y esa sensación la tenía de un humor de mil demonios.

Él tampoco estaba del mismo ingenio que cada día, Heather lo había pillado mirándola de una forma extraña.

Cuando llegó la noche, después de cenar, él se levantó de la mesa y salió al jardín; necesitaba aire fresco. Estaba de un humor, raro en él, ya que siempre embromaba a todo el mundo; sin embargo, no tenía ganas de ello. Que aquellas damas le hicieran darse cuenta de sus sentimientos lo había trastocado. Nunca se había considerado un merluzo, pero en esos momentos era como un pez fuera del agua. Quería hablarle a ella de lo que su corazón albergaba; sin embargo, se la imaginaba riéndose a mandíbula batiente, sin creerse ni una palabra, y eso le ataba la lengua como si se la hubiese comido el gato, o miss Rexlion, que siempre estaba revoloteando por allí.

Estaba perdido en sus propios pensamientos cuando escuchó que se le acercaban pasos por el camino de gravilla. Se giró sacando las manos de los bolsillos, preparado para defenderse si era necesario. A pesar de que no creía en la predicción del inspector de que alguien quería matarlo a él o al canónigo, no estaba de más ser previsor.

Vio que Heather se le acercaba con su andar pausado, con los ojos clavados en él. Ninguno de los dos dijo nada hasta que estuvieron a poco más de un paso.

—¿Qué haces aquí fuera? Vas a coger frío.

—Pensaba que tú me abrigarías —dijo ella con picardía, tratando de hacerlo sonreír; había notado que no estaba lo lisonjero de siempre.

—Estamos a plena vista de todo el que quiera mirar —replicó él.

—Entonces será mejor que busquemos un lugar más íntimo —susurró Heather.

Una de las cejas de Cornelius se alzó.

—¿Cómo cuál?

Al hacer la pregunta, lo que deseaba saber era si ella estaba tan dispuesta como él a dar un

paso adelante, a dejar de esconderse y gritar a los cuatro vientos que él era de ella y ella era suya. Si tenía que cortejarla como marcaban los cánones, lo haría. Esas damas le habían abierto los ojos: o se decidía, o se hacía el lado y la perdería para siempre. Ella misma le había hablado de su urgencia por casarse, había sido clara con él.

—Acompáñame.

Al girarse, aquel perfume a rosas que ella usaba llegó hasta sus fosas nasales, y una garra le estrujó el corazón al caer en la cuenta de que o se daba prisa en conquistarla y demostrarle que sus motivos eran honestos, o ella se buscaría a otro. No lo podía consentir.

—Al fin del mundo —asintió Cornelius por lo bajo. Lo que no esperaba era que ella se encaminara a los ascensores—. ¿A dónde vamos?

Su curiosidad pudo más que su cautela.

—A mi dormitorio.

Al escucharla, frunció el ceño; en la segunda planta, había muchas chismosas, y no quería que ella fuera de boca en boca. La cogió por el brazo y la paró en medio del vestíbulo. Clavó su mirada en ella y negó con la cabeza.

—No, no, no, ¿acaso quieres ser la comidilla de todo el hotel? En esa planta se han juntado todas las cotorras de la ciudad, y de fuera de ella también. No voy a permitir que se ensañen contigo.

Heather se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Estoy preocupada por tu seguridad.

—¡Mira por dónde! —exclamó él bajando la voz—. Y yo lo estoy por tu reputación.

—Vaya bobada. ¿Qué es más importante?, ¿tu vida o lo que puedan decir de mí? —replicó ella.

—Sé defenderme, ¿sabes?

—Se suponía que aquí estábamos seguros, que el Wharrington era un hotel con clase, y mira lo que ha ocurrido.

—El inspector Wine te ha llenado la cabeza de tonterías. Ese hombre no sabe dónde tiene su badajo, y sus huevos van cada uno por libre, y eso que se supone que los tiene uno al lado del otro.

Cornelius trataba de hacerla sonreír, no obstante, a ella ni siquiera se le estiraron los labios.

—Me importa un rábano lo que diga ese señor. —Heather le hablaba con la frente arrugada—. Te he dicho que estoy inquieta, ¿eso no representa nada para ti? —Ella se daba cuenta de que tendría que emplear otra táctica para que él accediera a ir a su dormitorio—. Necesito sentir tus manos y tus labios sobre mi piel, solo eso me tranquilizará.

—Tú me quieres como un esclavo sexual, esta petición la tengo que estudiar detenidamente.

Al escuchar lo que le dijo, Cornelius sintió que su pene se sacudía dentro de sus pantalones, y aquello aligeró su humor. Heather vio el brillo de sus ojos y supo que había dado en el blanco.

—¿Cuánto tardarás en hacer ese estudio?, ¿una hora, un día, una semana?

Teatralmente, se abanicó con la mano, como si estuviera muy ansiosa y le cogieran calores.

—Sería muy desconsiderado de mi parte hacerte esperar y que te cocieras a fuego lento en tus deseos. No seré tan impertinente.

Al oírlo, ella sofocó una carcajada; sus comentarios siempre eran insolentes.

—¿No me digas que vas a retener tu lengua atrevida? —lo provocó Heather—. No creo que me guste tener a mi lado a un hombre aburrido, serio y formal. Mientras te lo piensas, tendré que darme el gusto con...

Cornelius puso un dedo sobre sus labios, no quería escuchar que ella se buscaría a otro que la hiciera gozar.

—Ni lo sueñes. Me tienes a mí para lo que tú quieras, cuando y donde desees.

Heather apretó los labios para no sonreír, había conseguido lo que quería.

Juntos subieron por las escaleras y él dejó que lo guiara hasta su dormitorio. Una vez dentro de él, la encerró en un abrazo que le quitó el aliento.

La noche fue un sueño para ambos. Se dedicaron a regalarse placer, sin percatarse de que se estaban dando mucho más que gozo.

Capítulo 32

«Ni lo sueñes, me tienes a mí para lo que tú quieras, cuando y donde desees», así fue.

Cuando el amanecer pintó el cielo londinense, halló a la joven pareja haciendo el amor. Heather jamás se había sentido tan desinhibida, con la piel ardiente y con la necesidad de tener a Cornelius dentro. ¡Se había vuelto adicta a él! No le había sucedido en el pasado; en esos momentos en las cuerdas, no. Cornelius le había borrado, con su cuerpo, con su placer, todo aquello que había vivido.

Solo existía él.

Solo existían sus dedos, que corrían cada palmo de su piel.

La hacía suya con tan solo mirarla.

Era suya en cuerpo y alma.

Tras el orgasmo, reposaron saciados, con las sábanas revueltas alrededor de las piernas, a medida que sus corazones se sosegaban. Cornelius interrumpió el silencio cómodo que se había asentado sobre ellos, pues Heather no era ni consciente de lo caldeado que estaba el aire de la habitación, ni como el sexo chisporroteaba en cada esquina, como si lo incitara a un nuevo asalto.

—He quedado con Eddie y Chin Wang para desayunar en la cuarta planta. —Le confesó sus planes. Heather no podía contestar, sus labios se estiraron en una sonrisa—. No dices nada, esto es una novedad.

—Me parece bien, iré junto a Calpurnia y lady Susan —comentó en un susurro.

—Entonces... —Él inclinó la cabeza para mirarla a los ojos—. Nos vemos más tarde, ¿te parece?

Heather le besó el pecho.

—Me parece bien.

Heather recordó aquello cuando esperaba que la puerta de la habitación 222 se abriera y pudiera oler a té, a café, mezclado con dulces recién horneados o pan recién tostado.

—¡Buenos días, querida! —Calpurnia, todavía en camisón, se giró en la silla para sonreírle—. Pasa, pasa, y siéntate.

—Lady Clover, ¿quiere una taza de té o café —le inquirió Magnolia en pie,

—Té, muchas gracias y... comería todo lo que veo en estas bandejas.

Heather se sentó al lado de Iris, que daba buena cuenta a un trozo de bizcocho.

—Está todo riquísimo —le dijo esta animándola a probar de todo.

Así lo hizo, no requirió nada más para comer.

—¿Has dormido bien? —se interesó Calpurnia.

—Calpurnia, por favor, ¿es que no ves la sonrisa? Eso significa que está satisfecha y no quiero saber...

—Estoy contenta, sí —interrumpió Heather a lady Susan.

—Pues me alegro de que estés de humor, porque en unos días, dos, creo, tenemos la fiesta de fin de año. Allí esperemos que puedas conocer a muchos caballeros que están en edad de asentar la cabeza —le explicó Calpurnia, que la escrutaba con cuidado—. Aunque me da que ya lo has escogido, ya nos lo contarás.

—Puede ser, pero no me gustaría adelantarme.

Quería ser cauta.

—Muchacha colorada, muchacha bien follada. —Lady Susan soltó una rima sin alzar los ojos hacia Heather—. Creo que Cornelius tiene que ver con esa sonrisilla que no se borra ni con agua.

—¿Has estado con Transilgate?

Magnolia abrió mucho los ojos.

—Mi corazón ya ha elegido y tengo miedo de que salga huyendo.

Heather se encogió de hombros.

—Si es un hombre como Dios manda —intervino Calpurnia—, hará lo que un caballero de verdad haría.

—Con ese nombre no me fío.

Lady Susan bebió un sorbo en su taza de café y se echó más.

—Le cortaremos el pene en reprimenda si se comporta como un cretino —expuso Iris que, al entornar los ojos hacia Magnolia, prorumpieron en risas que contagiaron al resto.

No obstante, unos fuertes golpetazos en la puerta las sobresaltaron.

—¿Quién será?

Magnolia apenas tenía aliento.

Iris se levantó con gesto adusto y abrió. La sorpresa fue ver a Janet.

—Buenos días, lady Raven, ¿podríamos pasar? —pidió la cocinera con urgencia.

Iris se hizo a un lado y Janet no iba sola; como había dicho, una camarera la acompañaba escondida detrás. Era una muchacha jovencita, tímida.

—Señora Stormboly, ¿a qué debemos su visita a estas horas tempranas?

Calpurnia se levantó para ofrecerle asiento, que las dos rechazaron negando con la cabeza.

—Tienen algo que oír —les dijo un tanto nerviosa.

Las mujeres de la sociedad secreta se mantuvieron en silencio para que comprobasen que

podían hablar con total libertad. Calpurnia terminó sentada en un sofá, mientras la preocupación le rondaba sobre su rostro, como pudo fijarse Heather.

—Adelante —las animó lady Susan.

—Vamos, cuéntales lo que me dijiste a mí —le ordenó la señora Stormboly a la joven camarera, que se hizo a un lado.

Con voz temblorosa, la muchacha, que tenía las mejillas sonrosadas, comenzó a hablar cabizbaja, como si tuviera prohibido observar a esas mujeres de alta alcurnia que la oían con gran interés. A medida que esa información caía en chorro, el ambiente en la habitación 222 se tornó frío, incluso más que el que podía hacer al otro lado de la ventana, y el mutismo era tan sepulcral que un ruido procedente de cualquier lugar del hotel se escucharía.

Cuando la muchacha terminó con un suspiro, como si hubiese aguantado la respiración, lady Susan fue la primera en reaccionar.

—Hay que informar de esto —urgió.

—Si lo que dices es verdad, esta información dudo que haya caído en manos de Wine —barruntó, en voz alta, Calpurnia—. Hay que avisar tanto al inspector como a Eddie para saber cómo intervenimos sin que sospeche.

Hora y media más tarde, lady Susan, Eddie, Cornelius, Heather, Iris, Magnolia, Calpurnia y el canónico Peregrine estaban en el restaurante, a puerta cerrada, acompañados por Wine y dos agentes. El inspector los había convocado para hacer una reconstrucción de la cena en la que todos se sentaban donde lo habían hecho en Nochebuena.

—Bien, ahora que están todos, tenemos a dos posibles asesinos: lord Transilgate y el canónico, pues ellos son los más cercanos a Morgana. —Nadie habló—. Recientemente, he descubierto que, canónico, usted entró en la sesión espiritista sin creer en ello y quería desenmascararla.

—Pero no la he tocado —negó el canónico—. Salmo 1.2.3: «Mi protección es el Altísimo».

—No, cierto. —Se giró hacia Transilgate—. Quizá el objetivo fuera usted, milord.

Heather se fijó en cómo Cornelius tragaba con fuerza.

—¿Yo?! Lo dudo...

—Ha recibido unas notas extrañas —afirmó Wine, que no miraba a Cornelius.

—Sí, es verdad. —Clavó sus pupilas en Heather a modo de reprimenda—. Seguro que no tienen nada que ver con el caso.

—Salmo 14.1: «Dice el necio en su corazón, no existe Dios».

El canónico se abrazó a la Biblia.

—¡Déjese de tanta religión! —exclamó lady Susan—. Y, por cierto, para ser un canónico, siempre dice los mismos salmos.

—Son mis favoritos y los que más fondo tienen —se defendió el canónigo.

—¿Por qué está en Londres? —quiso saber Wine.

—Estoy de viaje.

—Que pasen, por favor —le pidió Wine a uno de los agentes.

Quienes accedieron al restaurante fueron Janet y la joven camarera.

—Canónigo...

—¡Canónigo Pancras Peregrine! —exclamó la muchacha—. ¡Qué ilusión!

—Hola, jovencita, ¿cómo está?

Le dirigió una mirada alegre.

—Muy bien, aquí estoy trabajando, ¿no se lo dijeron mis padres?

Ella estaba extrañada.

—No estoy seguro, los feligreses me cuentan muchas cosas y sus problemas incluidos —informó él—. Estás muy cambiada, de hecho, casi no te conozco.

Le sonrió amable.

—¿Al fin se ha arreglado el problema del moho en la iglesia, señor? —preguntó la muchacha.

—¡Ay, sí! —Respiró tranquilo el canónigo—. Fue un problema muy grande que hubo que solucionar con el consejo parroquial, y nos costó mucho.

Hubo un momento de silencio en el que nadie sabía qué decir.

—No, usted no es el canónigo Peregrine; si lo fuera, sabría que no hay problemas de moho —sentenció la muchacha, que luego miró Wine—. No es él.

Capítulo 33

Aquellas palabras de la camarera cayeron, sobre los que estaban allí, como si de repente la nieve del exterior hubiese entrado en el restaurante.

—Hija, hace muchos años que no me has visto, no puedes decir eso —le recriminó el canónigo.

—Hable —le ordenó Wine a la camarera.

—El vicario Pancras Peregrine era un miembro respetado de mi pueblo; un señor mayor, afable y buen capellán, y murió de anciano hace algunos años.

La mirada del investigador se trasladó al que decía llamarse canónigo y, junto con la de él, todos se giraron, y vieron que se pasaba los dedos por debajo del alzacuellos y que una fina capa de sudor le cubría la frente.

«Bien que me acuerdo del funeral del vicario, fue ese día el que tuve la idea de robarle la identidad», pensó él.

—¿Qué tiene que decir a eso? —preguntó Wine.

—Que esta muchacha está equivocada.

No podía evitar que, mientras hablaba, sus ojos fueran hacia Transilgate, mirándolo con odio.

—¿Por qué me mira a mí? Yo no he dicho esta boca es mía.

Cornelius sospechaba que las amenazas que había recibido podían ser de ese hombre y no les encontraba sentido, no lo conocía de nada.

La camarera lo miraba sin creerse que un hombre de Dios la estuviera tratando de mentirosa.

—Tratar a la muchacha de embustera es un pecado, usted debería saberlo mejor que nadie —terció Calpurnia al ver la expresión de la joven.

—Usted, milady, habla sin saber —la acusó el falso Peregrine—. ¿A quién va a creer?, ¿a una chiquilla o a un siervo del Señor?

—Yo me inclino por creerle a ella —murmuró Heather, que había escuchado a la chica contarles que conocía muy bien al vicario Peregrine, de cuando aún estaba en su pueblo natal.

Lady Susan se mantenía extrañamente callada, miraba a ese hombre como si pretendiera ver a través de aquel alzacuellos en el que parecía cobijarse.

—¿Cómo puede esta muchacha acusarme de no ser quien soy? ¿Es que ahora la servidumbre es más creíble que los huéspedes?

La voz de Peregrine sonaba forzada, como si se estuviera conteniendo para no gritar, y sus ojos habían adquirido un tono helador.

—Pondría las manos sobre el fuego por todos los criados que sirven en el Wharrington —terció el dueño del hotel.

—Hágalo, ya verá cómo se quema.

—Yo no estoy tan segura. —Fueron las primeras palabras que dijo lady Susan con los ojos entrecerrados—. ¿Os habéis fijado en la tez tan fina que tiene ese hombre y en sus manos de dedos cortos? Cualquiera diría que no casan con la edad que aparenta. —Sus ojos se clavaron en los de él—. ¿Por qué mató a Morgana?

El hombre apretó las muelas hasta que rechinaron. Los ojos de todos empezaron a fijarse en detalles que se les habían pasado por alto.

—¿Usted no sabe nada, señora? —habló con desprecio el canónigo, mirando a lady Susan.

—Milady, si no le importa —replicó ella poniéndolo en su lugar.

Él parecía más nervioso a medida que veía las miradas clavadas en su persona, y se pasó las manos por su cabello blanco, que lo dejó erizado.

Eddie y Cornelius se miraron con los ceños fruncidos, los dos se dieron cuenta del mismo detalle. Si no estuviesen hablando de algo tan serio, Cornelius habría soltado una carcajada.

—Wine, ¿qué va a hacer ahora? —preguntó el dueño del hotel.

—Yo... yo...

El aludido tartamudeaba.

—¡Por Dios! ¿Es que no se da cuenta de que ese puercoespín que lleva en la cabeza se le ha movido? —soltó lady Susan haciendo un aspaviento con la mano—. Señor como se llame, estas son manos de la edad que usted quiere aparentar.

Señaló sus manos huesudas.

—¿Qué quiere que le diga si usted ha envejecido mal? —clamó él con voz chillona.

Todos los sentados a la mesa se quedaron muy sorprendidos ante aquellas palabras, las cuales nunca las habría dicho un capellán.

—Ya está bien de toda esta pantomima. —Cornelius se sulfuró—. Es un maleducado. —Levantó la mano y, cogiendo aquellos pelos, que en esos momentos parecían de una rata mojada, tiró y se le quedaron en la mano—. Vaya por Dios, casi mejor que le deje este animal muerto —dijo al ver los cabellos negros pegados al cráneo.

Desde luego que no lo hizo, tiró la peluca al suelo detrás de él. El hombre trató de cubrirse la cabeza con las manos para impedir que le quitara el postizo, pero no fue nada rápido.

—¡Ya sabía yo que era usted un animal! —gritó.

—Esas cejas que le hacen sombra en los ojos también deben ser falsas. Quisiera saber por qué tuvo la necesidad de disfrazarse, ni que fuera un actor de opereta.

Heather se preguntaba qué aspecto tendría ese hombre sin nada falso.

—Wine, ¿quiere hacer los honores? —Eddie lo instó a que lo desenmascarara. Ya estaba bien de que se quedara como un pasmarote—. Usted es el agente de la ley, ya es hora de que haga su trabajo.

Al verlo titubear, Heather se levantó de su silla. La ponía enferma la ineptitud de ese investigador, que tenía al asesino ante él y se dedicaba a ver como ellos hacían las preguntas. Se plantó al lado.

—Si no quiere que le arranque la piel a tiras, dígame por qué ha estado amenazando a lord Transilgate.

A Cornelius le sorprendió que, en lugar de preguntar por el asesinato, quisiese saber el porqué de aquellas tarjetas macabras; eso, junto con la preocupación que ella había mostrado por él, hizo que el pecho se le hinchara de satisfacción.

El falso rector la miró con asco.

—Se ha convertido usted en su ramera. Cree que él la respeta, pero no es así. Cuando llegue otra que se le abra de piernas, a usted la tirará a la basura, como hizo con mi hermana.

—¿De qué está hablando?

Cornelius se puso en pie de un salto, nunca había tratado mal a las mujeres.

—De Madeleine Stanton.

A Cornelius le vino a la cabeza aquella mujer, que siempre lo buscaba cuando estaba en Londres. Cayó en la cuenta de que hacía mucho que no la veía y supuso que se habría casado o que se habría buscado otro amante. Ella solía frecuentar el Wharrington, le gustaban las fiestas que organizaban allí.

—Ya sabemos que se llama Stanton —señaló Calpurnia.

—Aunque le ha costado lo suyo soltar su nombre —informó lady Susan.

—¿Madeleine es su hermana? ¿Qué ha sido de ella? Imagino que habrá hecho un buen matrimonio. Es muy bonita.

—Serás hijo de perra, miserable. —Stanton se levantó con los dedos engarfiados y trató de cogerlo por el cuello; sin embargo, Cornelius tenía mejores reflejos y dio un paso atrás, justo en el momento en que los dos agentes que habían llegado con Wine lo retenían—. Ella se tiró al Támesis cuando la rechazaste —bramó con los ojos salidos de sus órbitas.

Aquella información dejó a Cornelius con la boca abierta. Sabía muy bien que él no era el único amante de Madeleine; ambos se dedicaban a pasarlo bien mientras estaba en la ciudad, y no dudaba de que, en sus largas ausencias, ella gozaba con otros.

—Nunca le mentí, ella sabía muy bien lo que tendría conmigo: lo mismo que le daban los otros.

—Grrr —rugió enseñando los dientes, como si intentara morderlo—. ¿La está tratando de ramera? —bramó.

—Nunca se me ocurriría. Solo digo que yo nunca he pasado largas temporadas en Londres, y a

ella le gustaba disfrutar entre las sábanas; no creo que fuera el único que le regalaba placer.

—Miente. Madeleine era un dechado de virtudes y siempre estaba hablándome de usted, de que la haría una mujer honrada y respetable. Ella lo amaba.

Stanton respiraba con dificultad y lo miraba con fuego en los ojos, que parecía que se le iban a salir de las órbitas.

—Yo no le hice ninguna promesa, ni la abandoné. —Ante lo que estaba diciendo ese hombre, a Cornelius se le ocurrió un pensamiento que le dio asco y, como siempre, no pudo retenerlo; lo que tenía en la cabeza se le escapaba por la boca—. ¿No será que la quería para usted? —A Stanton se le puso la piel del rostro de un desagradable tono granate, y Cornelius supo que había dado en el clavo—. Vaya, veo que no voy desencaminado. La quería para sí mismo. ¿Qué pasó? ¿Ella se negó a complacer sus deseos enfermos?

—¡No sabe nada! —aulló Stanton.

Todos los que estaban alrededor se quedaron mudos al escuchar a Transilgate.

—Madeleine no era de las mujeres que se quitan la vida por un rechazo, tenía el carácter suficiente para buscarse a otro que la satisficiera. ¿Sabe lo que pienso? —Sus ojos ámbar estaban encendidos de furia—. Que fue usted quien la tiró al Támesis cuando ella no quiso saber nada de su locura.

—Yo no estoy loco —vociferó fuera de sí, sacudiéndose para soltarse del amarre de los policías—. Ella me obligó a hacerlo, lo hice por su bien.

—Lo dudo —repuso Cornelius deseando agarrar a ese hombre por el cuello y apretarlo hasta que le arrancara su último suspiro—. Si usted no la tenía, no podía tenerla nadie, ¿verdad?

—Sí, es cierto. Se abría de piernas para todos, menos conmigo —se le escapó al ser azuzado de esa forma.

—Y usted enfermó de celos. ¡Es patético! —exclamó Cornelius sintiendo asco de ese hombre. Le dio la espalda y fue hacia su silla, pero no se sentó, se agarró al respaldo con fuerza; si daba rienda suelta a lo que quería hacer, lo mataría con sus propias manos—. ¿Y por qué me quería matar a mí? ¿Por qué me enviaba esas esquelas morbosas?

—Porque, cuando estaba a punto de empujarla, ella se rio de mí. Me decía que no era capaz de hacerlo, que no tenía las agallas que tenía usted. Todo fue por su culpa; en todas nuestras discusiones, su nombre siempre salía a relucir —gruñó aspirando por aquella nariz de cerdo que tenía.

Con ese hombre inmovilizado por los agentes, lady Susan se levantó y se le plantó delante.

—¿Por eso mató a Morgana?

—La estúpida se equivocó de copa —barbotó.

—¡Es usted un desgraciado! No tiene vergüenza, así no se habla de los muertos. —Sin pensarlo ni un segundo, la mujer le dio un bofetón que le hizo girar la cara, y entonces le sacó aquellas horrendas cejas y le arrancó el alzacuellos. Con el tirón le rompió varios botones de la camisa, y todos vieron que, debajo de aquel disfraz, había un hombre joven... y patético—. Esa

mujer era mi amiga. No se le ocurra volver a mentarla, o yo misma le romperé los dientes —lo amenazó.

—¿Usted? No me haga reír.

Él la miró con desprecio.

Todas las mujeres que estaban en la mesa se levantaron a la vez.

—Señor Wine, si nos lo deja a nosotras, nos encargaremos de este malnacido —habló Calpurnia, y todas las demás asintieron con la cabeza—. No creo que quede mucho de él cuando terminemos, hasta mi perra se podrá comer las sobras.

—Yo me encargaré de cortarlo a trocitos —se ofreció Iris.

—No se lo dé a miss Rexlion, se merece bocados más exquisitos, y con eso podría envenenarse —apuntó Magnolia.

Heather temblaba de indignación. Aquel ser patético había matado a su propia hermana; luego, no había sido capaz de enfrentarse a Cornelius de cara, de hombre a hombre, había utilizado el método de las mujeres y, por desgracia, Morgana había sido la perjudicada. La ponía enferma ese tipo; si no salía de allí, vomitaría.

Capítulo 34

Tras la detención de Stanton, el hotel volvió a la normalidad. Se siguió con las fiestas que habían programado para esos días, y las mujeres de la sociedad secreta igual disfrutaban de las celebraciones como de barruntar cómo había podido ocurrir aquello en el hotel.

—Heather, querida, ¿te apetece un té? —preguntó Calpurnia, que iba acompañada de Eddie y lady Susan, pasando por el vestíbulo cuando ella entraba.

—Ah...

A la joven se le subieron los colores, y todos supieron por qué cuando vieron la figura que llegaba detrás de ella.

—Por supuesto que nos tomaremos ese té —afirmó Cornelius notando que se había quedado de piedra.

La había llevado al invernadero, y se lo había pasado maravillosamente susurrándole al oído palabras atrevidas, mientras sus manos la acariciaban y su boca se daba un festín con la de ella. Había sido un interludio placentero, que ambos necesitaban después de lo ocurrido.

A pesar de que todo era como antes, hubo algo que había cambiado: lady Susan y sus acompañantes no dudaban en entrar en la cueva, donde solían divertirse los caballeros. El camarero que se ocupaba de las bebidas ya conocía las costumbres de aquel grupo y les sirvió, sin preguntarles, té para las damas, licor de frutas para lady Susan y whisky para los caballeros.

—Creo que les debo una explicación —dijo Cornelius.

Ante la seriedad con la que habló, Calpurnia fue recorrida por un estremecimiento.

—¿No me diga que aún queda algo por decir? —ironizó lady Susan.

—Quería aclararles que siempre he huido de las relaciones formales. Lo que hubo entre esa mujer y yo no era nada, los dos sabíamos a lo que íbamos. Nunca hago promesas, así nadie puede acusarme de incumplirlas. Mis viajes a Londres siempre fueron de pocos días, y nunca ninguno de los dos nos exigimos más de lo que estábamos dispuestos a dar. Me he pasado toda la noche en blanco, pensando en si le podía haber dado otra impresión, y no fue así. Imagino que, si le hablaba a su hermano de mí, era para que a él se le fuera aquella manía persecutoria que tenía con ella. No hay otra explicación.

—No te atormentes más por ello —observó Eddie—. El tipo está perturbado, eso es lo que desencadenó todo: su locura lo llevó a hacer lo que hizo.

—Vamos a olvidarnos del asunto —intervino Calpurnia—. A Morgana no le hubiese gustado que nos amargáramos en días tan señalados.

—Cierto. Lo de esa mujer fue una desgracia, no debes darle más vueltas —señaló lady Susan—. Debemos dejar el pasado atrás, ya no se puede cambiar. Mira hacia delante. Nosotras perdimos a una buena amiga, y estoy segura de que, si estuviese aquí, te diría lo mismo que yo: tu futuro está más cerca de lo que piensas, no te entretengas.

Acabó soltando una de sus rimas. Cornelius sonrió.

—¿Cómo lo hace para tener siempre versos en la boca?

Las damas rieron.

—Si, en lugar de soltar impertinencias, hablaras con poemas, seguro que no tendrías problemas.

—Lo ha vuelto a hacer.

Él sonreía, aquella mujer era única. Eddie asentía.

—Yo hace tiempo que dejé de preguntar —le dijo a Cornelius.

Él vio que Heather asentía con la cabeza y se aguantaba una sonrisa.

—Nunca te he oído hablar en verso.

Le guiñó un ojo al hablar.

—No es algo contagioso, aunque resulta ingenioso —mencionó ella a propósito, por lo que lo dejó con la boca abierta, y las carcajadas fueron unánimes.

Cornelius asentía con la cabeza, a la vez que las damas lo miraban con las cejas alzadas. Al verlos llegar juntos, se imaginaron de dónde venían, y todas ellas pensaban lo mismo: la advertencia que le habían hecho de que, si no iba en serio con Heather, que dejara paso libre a alguien que la adorara, y solucionara su problema de la herencia y del título.

Capítulo 35

El día de Año Viejo, Cornelius estaba en su dormitorio; se había levantado temprano, pero no había salido. Los sueños o, mejor dicho, las pesadillas que lo habían invadido toda la noche lo tenían desconcertado.

Se veía a sí mismo en su casa, en Edimburgo, solo con los criados, y se encontraba dando vueltas, buscando a Heather, pero no la hallaba por ninguna parte. En otra, cabalgaba sin parar, sin llegar a ningún lado; se escuchaba a sí mismo pronunciando el nombre de ella, gritándolo una y otra vez, y no lograba dar con ella.

Miraba por la ventana sin ver, imaginándose la vida sin Heather. Aquella mujer no era como todas las que habían pasado por su cama, que habían sido muchas y que, en esos momentos, no recordaba el nombre de ninguna. Sin embargo, ella era distinta a todas: tenía coraje, carácter, personalidad, y era preciosa. A su lado, las rosas más bonitas del jardín palidecían; ella era la más bella.

No concebía la idea de volver a Edimburgo, a su solitaria casa, sin Heather. Ella llenaba todo su mundo, daba brillo a los días y calidez a sus noches. Se daba cuenta de que, en los días que llevaba en Londres, no había pensado en volver, cuando siempre tenía planificados sus viajes, y eso se lo debía a ella. Se había colado en su corazón sigilosamente. «Serás zopenco», se dijo. Él, que se dedicaba a gozar con las mujeres, y una de ellas lo había tumbado sin remedio. ¡Estaba enamorado hasta las trancas!

Al comprenderlo, una lenta sonrisa se le dibujó en los labios. Oyó un reloj de pie que sonaba el mediodía. «Tengo tiempo», pensó. Salió del Wharrington apresurado, tenía algo que hacer antes de que empezaran los festejos de Año Viejo.

Mientras caminaba por las calles de Londres, ya se imaginaba acariciando aquella cara en forma de corazón y besándola, poniendo su alma a sus pies.

Cuando volvió al hotel, se reunió con Heather, las damas y Eddie, que lo estaban esperando para empezar con las tradiciones de esa tarde-noche. Las mujeres se habían vestido con sus mejores galas para recibir el nuevo año. Heather llevaba un vestido color champán, con bordados en hilos de plata; se había peinado su melena castaño rojiza en un moño muy elaborado y lo

había adornado con esmeraldas que le daban una luminosidad extraordinaria. Estaba preciosa.

—Hemos estado a punto de empezar sin usted —le soltó lady Susan, con una mirada amonestadora, después de tomar un sorbo de su taza; ya se imaginaba lo que contenía y le sonrió.

—Tenía algo muy importante que hacer que no podía esperar.

—¿Nos lo va a contar? —inquirió la mujer.

—Si todo se cuenta, todo se sabe.

Al decirlo, sus ojos fueron un segundo hacia Heather, y la vio sonriendo.

—No has hablado en verso —señaló lady Susan.

—Aún no se me ha contagiado, y mis poemas pueden ofender unos oídos tan delicados como los suyos.

—No creo. Cuando usted va, yo ya he vuelto diez veces.

Heather y los demás los miraban a ambos con sonrisas en los labios.

—Estoy seguro de ello.

Al hablar le guiñó un ojo picaón.

—¿Qué les parece si empezamos con los propósitos de Año Nuevo? —inquirió Eddie sabiendo que ese toma y daca les podía llevar toda la noche.

Se trataba de escribir, en un papel, los deseos y los propósitos para el nuevo año y guardarlo en una Biblia o en un diario hasta el siguiente.

—Primero, tenemos que empezar por lo que escribimos el año pasado —terció Calpurnia—. Aunque ya os digo que yo he cumplido lo que puse.

—No quiero escucharlo —afirmó lady Susan—. No hace falta que digas lo que escribiste, puedo imaginarlo. Yo no lo he cumplido, no me importa reconocerlo. No puedo pasar sin echar mano al aparatito de vez en cuando.

Heather la miró sin entender.

—¿De qué habla? —quiso saber.

—Es el sustituto de un hombre.

Heather miró a Cornelius y este se encogió de hombros.

—¿Qué?!

—Cuando lo necesites te lo mostraré, por ahora no creo que te haga falta.

Cornelius había oído hablar de la histeria femenina y del remedio, y notó que se le quedaba la boca abierta como un pez al escuchar a aquella mujer. La cerró y se le encajaron las muelas. Lady Susan lo sorprendía a cada momento.

Calpurnia miró a Eddie.

—Tú sí que lo has cumplido también, no hace falta que digas lo que escribiste.

—¿Qué bien me conoces, querida!

—No os pongáis empalagosos, que os echaré al jardín para refrescaros con el manto blanco que cubre la ciudad —amenazó lady Susan.

Heather y Cornelius se miraron con sendas sonrisas.

—No vayáis a tiraros de los pelos —se burló Eddie—. Vamos a escribir lo que queremos dejar atrás de este año. La chimenea está esperando que la alimentemos con lo malo que nos ha pasado, que deseemos olvidar, y de lo que nos arrepintamos.

Cornelius se puso a escribir y siguió cuando los demás habían terminado.

—Transilgate, veo que tienes muchas cosas de las que quieres desprenderte —lo pinchó Eddie.

—Sí, dicen que «año nuevo, vida nueva». Lo voy a practicar.

Al decirlo, no miró a Eddie, sino que sus ojos se encontraron con los de Heather, y le hizo un guiño.

—Si lo que pretendías era hablar en verso, no te ha acabado de salir, pero empiezas bien —lo embromó lady Susan.

En cuanto acabó de escribir, los otros ya habían puesto sus esquelas dentro de una caja. Él hizo lo mismo y Heather se encargó de cerrarla, envolverla con papel negro, atarla con un cordel y, al terminar, se los quedó mirando y sonriendo.

—Es hora de que los tiremos a la chimenea —anunció.

—Siempre lo hemos hecho así —replicó lady Susan con una mirada que su amiga reconoció—. ¿Por qué este año no los enterramos en el jardín?

Calpurnia negó con la cabeza, sonriendo.

—No, no, no, que ya te veo ordenando a uno de los lacayos que lo desentierre para saber lo que hemos puesto.

—Yo nunca haría eso.

Todos vieron sus dedos cruzados sobre el regazo, y se rieron.

Se levantaron de sus cómodos sillones y se acercaron a la chimenea. Cornelius le tomó la caja de las manos.

—Yo lo haré —le susurró con una mirada encendida—. No quisiera que te mancharas este vestido, que te hace la mujer más bella del salón.

—Adulador.

—Contigo me sale solo.

Después de aquellas palabras, le guiñó un ojo.

Todos se quedaron mirando cómo ardía aquella caja, y se los oyó:

—*Good riddance!!!*^[1]

Volvieron a la mesa que ocupaban.

—Me has fastidiado el plan, Calpurnia. Nadie se habría enterado. Y me intriga sobremanera lo que ha escrito Transilgate.

Lady Susan hacía una mueca con la boca, y todos rieron ante aquella expresión.

—Pues, milady, se quedará con las ganas.

Cornelius sonrió y miró a Heather, quien enganchó sus ojos con los de él.

—Los otros años hemos hecho lo de la adivinación del futuro —les recordó Eddie.

—Vamos empezar una nueva tradición, lo haremos con la Biblia —terció Calpurnia.

Heather miraba a las damas con admiración. Aquellas mujeres no se achicaban ante nada; siempre daban pasos al frente, nunca para atrás.

—No conocía esta tradición —admitió Cornelius.

Calpurnia explicó cómo funcionaba. Se trataba de que, con los ojos cerrados, se abría una página y, con un dedo, se apuntaba un pasaje; luego, se leía y se interpretaba lo que el año nuevo depararía a quien lo hubiese señalado.

—Nunca lo hemos hecho —aclaró Eddie—. Es posible que no sepamos descifrarlo.

—Si no probamos, no lo sabremos.

Calpurnia deseaba hacer cambios para dejar atrás los problemas de los últimos días.

—Puede ser interesante —asintió Eddie mirándola con amor.

En un momento, tenían la Biblia en el centro de la mesa.

—¿Quién empieza? —preguntó Heather.

Eran las primera Navidades que pasaba en el Wharrington, y debía reconocer que habían resultado ser de lo más entretenidas, quitando el episodio de la muerte de Morgana. Allí no había quien se aburriera.

—Uy, ya veo que no hay voluntarios. —Cornelius sonreía como un demonio—. No se preocupen, yo haré de conejillo de indias. Espero que no sean muy duras y me predigan algo bueno.

Cerró los ojos, abrió aquel tomo y plantó el dedo sobre el papel. Sin moverlo, miró y vio a Eddie, a Calpurnia y a lady Susan inclinados hacia donde señalaba.

—Es el Cantar de los Cantares —dijo lady Susan mirando a su amiga, quien estaba sonriendo—. Eso solo puede decir que este año se va a casar.

Eddie soltó una carcajada al escucharla, era evidente que se lo estaba inventando. Heather levantó sus finas cejas y abrió mucho sus ojos verdes.

—Se lo acaba de inventar —dijo mirando a Cornelius, y lo encontró sonriendo con satisfacción—. ¿Por qué pones esa cara de tonto?

—Me da lo mismo si se lo ha inventado o no, la verdad es que ha acertado.

—¿Qué dices?! —exclamó ella, quien se quedó muy sorprendida cuando lo vio hincar una rodilla en el suelo y cogerle la mano.

—Lady Clover, ¿me haría el honor de convertirse en mi esposa? —El asombro de ella la había dejado muda—. Prometo amarla hasta la eternidad, hacerla feliz todos los días de mi vida, regalarle gozo y risas hasta que le duela la barriga. Mi amor, mi alma y mi corazón son suyos para que haga con ellos lo que quiera; aunque espero que no los pisotee, que llegue a amarme tanto como lo que siento dentro del pecho. —La boca de Heather estaba tan abierta que él deseaba perderse en ella—. Me ha cambiado la vida; ahora no la concibo sin una mujer que me devuelve mis impertinencias, la cual se ha convertido en la sangre que corre por mis venas. Siempre está ahí, y ahí quiero que se quede. La siento tan dentro de mí que no puedo vivir sin

usted.

Escuchar aquellas palabras emocionó a Heather, quien se arrodilló frente a él, lo cogió por las mejillas y, acercando su boca a la suya, susurró:

—Sí, sí, sí. Te amo, te amo, te amo.

Cornelius aprovechó aquella cercanía y la besó con todo el amor que anidaba en su corazón.

—Te prometo que no te arrepentirás —dijo y sacó el anillo de esmeraldas que se había guardado en el bolsillo, y se lo puso en el dedo anular—. Te amo, vida mía.

Ambos se miraban con amor en los ojos cuando escucharon:

—¿Acabamos de ser testigos de una pedida de matrimonio?

La voz de lady Susan los sacó de aquel momento mágico.

—Creo que sí —asintió una más que sorprendida Calpurnia.

Todos pudieron escuchar los relojes de pie del hotel anunciando el año nuevo.

—Esto se merece una celebración a lo grande.

Eddie hizo una seña al camarero para que les llevara champán.

Cornelius y Heather se levantaron y todos fueron testigos de aquellas miradas emocionadas de felicidad. Nadie dudaba de que estaban hechos el uno para el otro.

Epílogo

*V*arias semanas después

—Jacquetta, tuvimos que ir a un funeral —le anunció lady Susan a su amiga nada más sentarse en el sofá de la habitación 222.

Tras esa primera frase, tanto Calpurnia como lady Susan la pusieron al corriente del fallecimiento de Morgana en la cena de Nochebuena, de la investigación, de cómo Cornelius Transilgate había recibido unas extrañas tarjetas que procedían del personaje con quien nadie contaba, un canónigo, el cual había sido detenido. Lo explicaban con todo detalle, pues ambas sabían muy bien que, para Jacquetta, las festividades navideñas no eran felices, ya que añoraba a su marido y a su madre. Por eso, todos los años se refugiaba en su *cottage* que tenía en Chingford, un pueblecito a las afueras de Londres y muy cerca del río Lea. No salía de allí hasta que no pasaba el día de Año Nuevo.

—¿Un canónigo asesinó a Morgana?

Jacquetta no daba crédito.

—La envenenó —apuntilló lady Susan.

—Y estaba enamorado de su hermana —añadió Calpurnia.

—¡Vaya! —se quejó—, en mi ausencia pasa de todo.

—Sí, no te lo voy a negar, porque no lo has visto todo. —Lady Susan cogió un periódico de encima de la mesita y se lo tendió—. Salimos en la prensa.

Al cogerlo, Jacquetta leyó:

Wharrington Palace

Después del asesinato, el hotel de «entredicha reputación», se ha convertido en el palacio predilecto para ricos ociosos en busca de aventuras desconocidas, vicios ocultos, gozos prohibidos y un sinfín de vivencias que estimularán los sentidos. Toda la alta sociedad busca su refugio entre sus habitaciones ricamente decoradas.

Sus amables trabajadores los recibirán con una sonrisa y al soniquete de

«Bienvenidos al Wharrington Palace, que tengan una buena estancia».

—Esto es una señal para que no te vuelvas a marchar —le advirtió lady Susan con cariño.

A ello le siguió la gran noticia del compromiso entre Cornelius y Heather, quien Jacquetta también conocía por Margot.

—¡Cuánto me alegro por ella! —exclamó Jacquetta con una amplia sonrisa—. Era hora de que el destino le sonriera.

—Tras la boda se irán a vivir a Edimburgo, donde Cornelius tiene sus negocios —le informó lady Susan.

—Me parece muy bien —asintió Jacquetta, que cogió su taza de té para pegar un buen sorbo.

—Jacquetta, ¿no te suena raro el nombre de Cornelius? —quiso saber lady Susan.

—No.

—A mí me suena a cuernos —musitó desconcertada lady Susan, mirando la copita de madeira, por que su amiga no le diese la razón.

—Nos aseguraron que, cuando tuviesen una fecha elegida, nos invitarán.

Calpurnia también obvió el comentario de lady Susan.

—¿Sabéis dónde se celebrará? —les inquirió con curiosidad.

—A Heather no le importaría que fuese en Escocia, de hecho, está dispuesta —le dijo Calpurnia.

—Qué ilusión, ¡una boda! —A Jacquetta la emocionaba la idea de asistir a una boda—. Hace mucho que la sociedad secreta no tiene una boda.

—Es verdad.

Calpurnia no se había percatado, hasta ese momento, de que Jacquetta había hecho referencia a ello.

—Señoras mías, ¡a celebrar una boda escocesa! —Lady Susan alzó la copa y sus dos amigas brindaron con sus tazas por la felicidad que le deseaban a la joven pareja recién formalizada, para que tuvieran la misma suerte que ellas en su matrimonio—. Y ahora me pregunto...

—Miedo me das cuando piensas —la bromeó Calpurnia.

—¿Cuál será nuestra siguiente aventura?

Nota de autoras

Esta novela está escrita a cuatro manos, entre S.F. Tale y una servidora. Al embarcarme en esta aventura, no podía imaginarme lo bien que me lo iba a pasar, las risas que íbamos a compartir. Ha sido una experiencia enriquecedora, que sin duda vamos a repetir.

Espero que nuestras locuras se vean reflejadas en cada página y que las disfrutéis tanto como nosotras.

Marian

Siempre he dicho que escribir, aunque parezca solitario (esa parte la tiene), desde hace ya unos cuantos años para mí no lo es tanto, y esta novela es el culmen. Haber escrito con Marian, una escritora brújula me ha ayudado, he aprendido, he reído y he alucinado con las locuras que salían de los cajones de nuestras cabezas. Fue una experiencia única que sí quiero repetir.

S.F. Tale

Si a ti también te ha gustado, háznoslo saber en cualquier red social.

Redes sociales de Marian Arpa:

Facebook: Marian Arpa

Instagram: @marian_arpa

Twitter: Marian Arpa15

Redes sociales de S. F. Tale:

Facebook: SF Tale

Instagram: @s.f.tale

Los escritores nos alimentamos de vuestros comentarios. Muchas gracias por leer.

Agradecimientos

A Lola Gude, quien siempre nos está apoyando y nos anima a regalaros estas locuras con mucho amor. No sabíamos lo que iba a salir de este experimento a cuatro manos y, aun así, nos dijo: «Adelante». Eso, en sus labios, es un «Vosotras podéis, va a salir algo chulo». Y creo que lo hemos conseguido. Te queremos, Lola.

Y no nos olvidamos de ti, lectora, que siempre estás ahí y que les has dado una oportunidad a Cornelius y a Heather, junto a todos sus amigos.

A Nuria Pazos, a Mariam, a Fransy y a Marian (mi compi de aventuras), por vuestro apoyo y por vuestras charlas. Sois geniales.

A Merce, a Eva, a Mari Paz y a Carmen, por todos nuestros años de amistad.

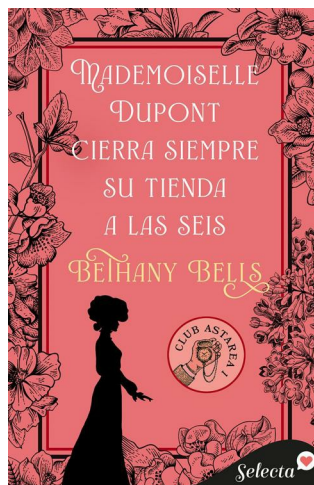
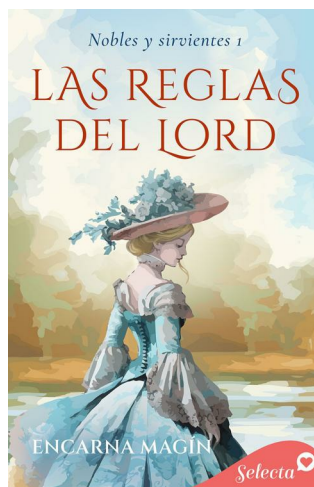
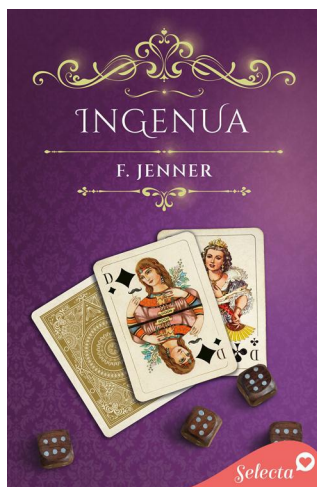
Muchísimas gracias a todos.

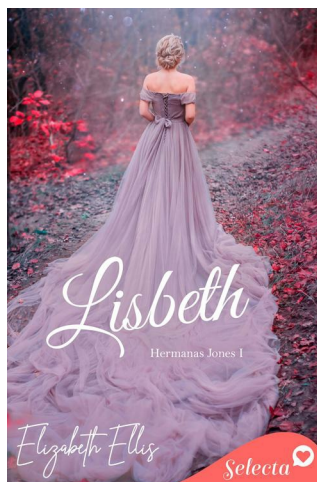
[1] En español: «¡¡Hasta nunca!!».

Si te ha gustado

Las impertinencia calientes de lord Transilgate

puedes disfrutar de estas





¡¡¡BIENVENIDO AL WHARRINGTON PALACE!!!

Un hotel de placer para ricos ociosos, en busca de aventuras desconocidas, vicios ocultos, gozos prohibidos, y un sinfín de vivencias que estimularán los sentidos.

¡¡¡LA ERA VICTORIANA COMO NUNCA LA HABÍAS VISTO ANTES!!!



Lord Transilgate no busca el amor, no hay mujer que se resista a sus susurros calientes y atrevidos, y él disfruta con el gozo compartido sin hacer promesas.

Que el señor se apiade de un alma vengativa.

Cornelius Transilgate vive en Edimburgo, tiene una destilería de whisky que abastece a los paladares más exquisitos del país. Es un hombre con la lengua larga, que le gusta escandalizar a todo el mundo con sus comentarios fuera de lugar. Viaja a Londres para pasar las Navidades y se hospeda en el Wharrington Palace, donde se verá sumergido en un caos surrealista.

¿Saldrá ileso de los líos en los que se ve envuelto?

Heather Clover necesita encontrar esposo con urgencia y acude a las amigas de su abuela, esas mujeres que forman un grupo muy peculiar. Junto a ellas espera encontrar un hombre que haga honor al título y la herencia que perderá si no se casa. Sin embargo, lo que ella creía un trabajo afanoso se complica con un hombre que rompe con la imagen que ella tiene de un buen caballero inglés.

¿Se desposará por amor, o será un matrimonio por conveniencia?

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

S. F. Tale es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.



Edición en formato digital: diciembre de 2024

© 2024, Marian Arpa y S.F. Tale

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano

Imagen de SHUTTERSTOCK: alex74

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-35-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinbooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



Penguinlibros

Índice

Las impertinencia calientes de lord Transilgate

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autoras](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Marian Arpa y S.F. Tale](#)

[Créditos](#)